



Cautivos de un sueño

Tbone Tvesky

26 Marzo 2026

Ninguno de los personajes que acoge este libro es del todo inocente. Mis personajes nunca lo son. Pero, como en la vida, intentan seguir hasta el final de sus historias sin justificar. Si lo natural no le gana a lo pretencioso, estaremos en manos de los banqueros y los empresarios.

Está vez voy a intentar algo parecido a lo de siempre, nunca sabremos qué es real, los personajes se ven sometidos a situaciones no deseadas como la guerra. No luchan con su conciencia, bastante tienen con sobrevivir. Pueden parecer víctimas de las situaciones, se desenvuelven buscando una salida prescindiendo del fastidio de lo sutil y lo cultural. Si bien, las historias pueden saber dónde se posiciona el final antes del primer párrafo, no siempre es así. Aunque pueda parecer que nada nos va a apartar de un posible desenlace concebido primordialmente para llevar el resto hacia él, la idea del momento que se lee es lo importante y por lo tanto capaz de prescindir de una conclusión. Precisamente, el hábito de la lectura debe nacer, en este caso, de historias y personajes que no desean jugar con el lector, simplemente se exponen y se dejan acompañar, como aquí pretenden. Tal vez sean cuentos ensamblados, aún no sé qué saldrá de aquí, pero tengo una idea.

Me gustaría que mis historias fueran guiones para cómics, pero los dibujantes ya tienen bastante trabajo como para soportar las ideas extrañas de guionistas principiantes e inadaptados como yo: por eso me conformo con las palabras, que no es poco.

Nacimos para ser amados, el soldado en la batalla, el hombre de éxito en su búnker de cristal, el astronauta solitario o el intrépido cowboy, todos tienen un amor al que permitirán romperle el corazón.

A los treinta años empecé a sospechar que sólo los que llegan a los sesenta, dirán algo interesante, porque sólo entonces tienes elementos para posicionarte. Hay algunos que ni con setenta años han aprendido nada interesante, porque se asocian al éxito y la popularidad, y lo ponen por delante de todo.

Durante al menos treinta años, desde muy joven, hice lo que muchos escritores, usar la disciplina como los crucigramas, escribir como distracción, casi como terapia. No daba ningún valor a la historia. Analizaba párrafos, complicaba lo que decía con metáforas irrelevantes, porque improvisaba y le iba dando forma sobre la marcha a lo escrito; ocultaba el argumento. Es lo que algunos llaman escribir sin decir: ni explicar, ni aclarar, convertir leer en un placer en sí mismo, sin argumento.

Ahora, antes de saber de qué va la historia, no empiezo. No es mejor ni peor, era un camino que había que andar.

Me he posicionado en un mundo que resulta muy cruel e injusto, el trabajo no ha sido fácil, he vivido la muerte de familiares cercanos. Los años han pasado implacables. Envejecer es una lección de humildad.

He sufrido lo que todos, desprecios, ingratitudes, traiciones, mi propia ambición, el ego. Vivir es peligroso, y surgen traumas inesperados.

Cuando empiezas a perder energía todo es más triste. La juventud es energía, eso da mucha felicidad, sabes que puedes, aunque no siempre lo demuestras, pero intentas superar todos tus hándicaps, porque crees que puedes.

Concluyendo, a una edad madura crees conocer tus límites, eres mayor pero te has situado en la vida y, también alguna cosa acerca de las injusticias que te rodean. Puedes proveerte de una idea general de cómo lo has visto todo, cualquier historia por rara que sea. Además es una terapia, siempre lo digo, se escribe para saber lo que piensas y conocerte.

Eso de que la fortuna no hace al hombre, es muy cierto, la prueba la tenemos en el presidente Trump y el multimillonario Musk, son dos monas, dos niños ricos jugando con el sufrimiento de la gente, en sus empresas y ahora con los inmigrantes y las guerras desde el gobierno. ¿Los que lo votaron son como él? Algunos sin tanto dinero les votan porque creen que se pueden dar importancia, en este caso, el traje no hace al hombre.

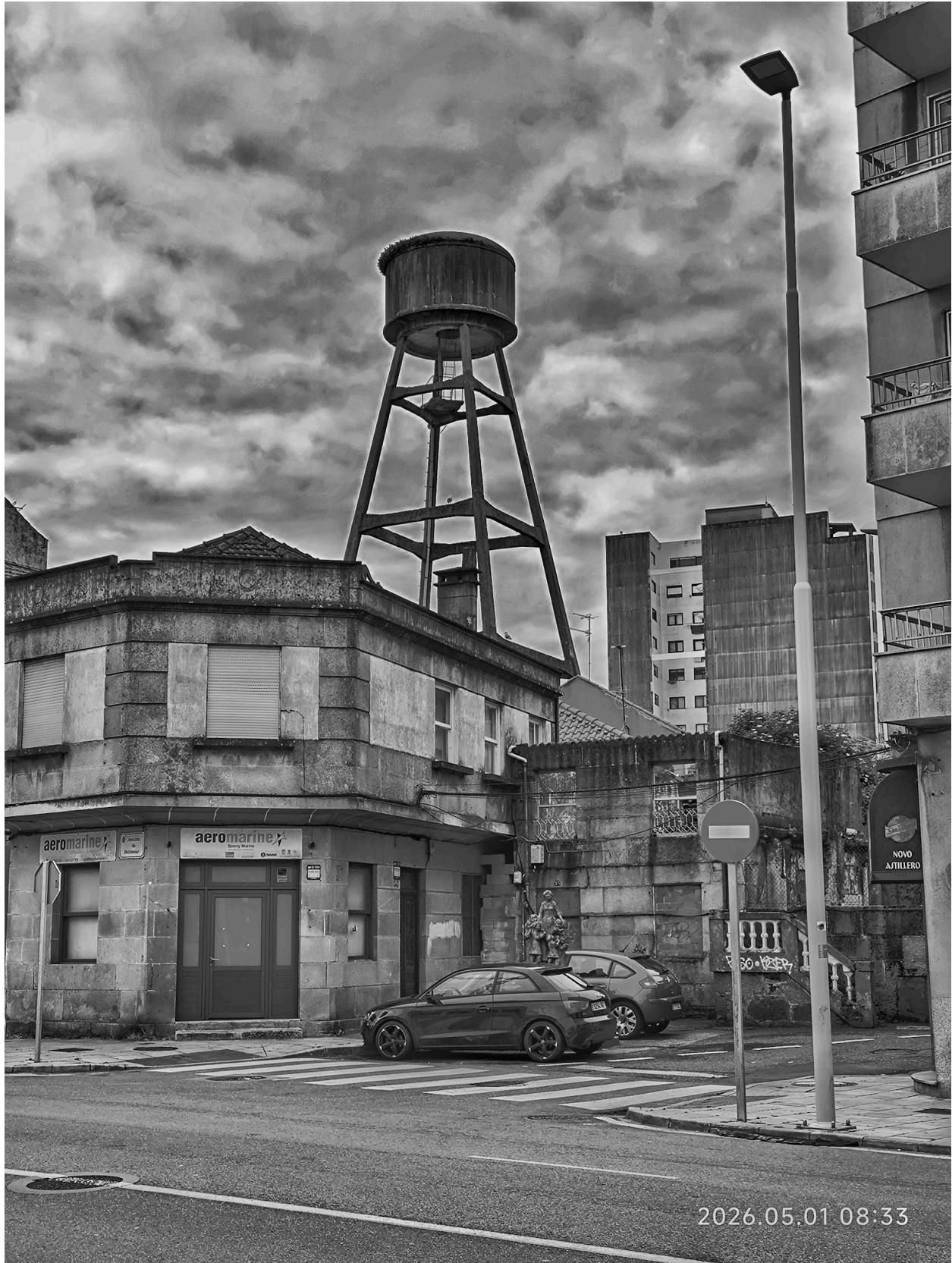
Supongo que otros pueden escribir sin posicionarse sobre Gaza, pero deben ser letras muy pobres. Gaza no ha sido una guerra, es un genocidio.

Cualquier historia de ficción lleva grandes verdades aprendidas entre líneas. También somos lo que la vida ha hecho de nosotros, a nadie se lo pone fácil

Relatos

- 1 Cautivos de un sueño
- 2 El viaje sobrevenido por la ceguera de un mártir
- 3 Ella también tiene esa llave
- 4 La promesa de la mujer sin nombre
- 5 Se rinde al mar desde una rosa
- 6 Los Cicutienses
- 7 La mirada torva de un dios pagano

En construcción no se impacienten



Cautivos de un sueño

Tenía que haberle escrito a Valery, ella se lo había pedido con tanta insistencia... no era un ruego pero se le parecía. Ella había empezado a salir con un tipo solvente que trabajaba en la bolsa, o eso le había dicho. Si se sentaba a escribirle es probable que expusiera lo fuera de juego que había quedado y que terminara por arrepentirse. ¡Que mujer más extraña! Durante años no había demostrado el más mínimo interés por él, y ahora le decía eso de que necesitaría una carta suya para tenerlo y sentirlo cerca y saber que estaba bien. Durante un tiempo casi se la tomó en serio con eso de que se preocupaba por él.

Era el mejor momento para hacer aquel viaje con un amigo porque lo había estado aplazando tanto tiempo que ya tocaba. La playa en primavera no estaba muy llena, pero acompañado de Tasúo iba a ser lo de menos, él conocía los peores ambientes, los más sucios, le gustaba el juego, las mujeres fáciles, y ni siquiera llevaba bañador. Lo conocía bien, era culto, bien vestido y perfumado, ir con él ponía de evidencia que los dos eran de buena familia y dispuestos a divertirse y gastar algo de dinero extra. A Roger le iba a costar un poco más, algunas chicas lo rechazaban por la cara desfigurada, y precisamente por eso necesitaba con apremio sentir aquella dulzura, las caricias y un poco de ternura, aunque fuera amor falso, como de costumbre.

De niño había sufrido el peor de los accidentes por encontrarse en el peor sitio, debajo de la caldera de la casa de sus padres cuando explotó. Se quemó la cara, el torso, un brazo y la mano. Salvó la vida porque lo atendieron a tiempo. Por eso a algunas mujeres les resultaba repulsivo y el interés de Valery le parecía poco creíble, o como mínimo, exagerado.

No quería perder el control de su amistad con Valery, y por eso decidió que no le iba a mandar ni una postal marinera, porque casi seguro que se la iba a enseñar a su novio y se iban a reír a gusto los dos. Si algo no soportaba era inspirar lástima, mucho menos la de un extraño entrometido aprovechando su relación con Valery para ver sus cosas, lo que era como entrar en sus intimidades. No sé si eso encendería su deseo. Hay chicas que buscan poner celosos a sus novios, y a veces funciona, pero jugar con dos hombres poniéndolos a competir es de lo más sucio. En su caso no tendría sentido, si el otro viera su cara desfigurada, comprendería que no era un rival para nadie.

Poco después de que se apagaron las luces, un grupo de mujeres casi desnudas, salió al escenario. La música, su propia música, estaba tan alta que apenas se las oía cantar, pero no importaba mucho. Era un espectáculo obsceno. Los focos, dirigidos directamente sobre sus cuerpos, sobre el enredo de brazos y piernas, hacían sus formas más caprichosas. Parecía que la atracción final no se iba a producir, el hombre tremendamente dotado que, cómo una estatua de alabastro, esperaba en un lado del escenario no intervino. Tal vez muchos esperaban que

las mujeres lo utilizarán, pero no fue así y se marchó antes del final. No son espectáculos para lucir las voces de las sopranos, sólo persiguen excitar la imaginación y el deseo de los caballeros, algunos acompañados de sus esposas. Las contorsiones de una coreografía tan apabullante y rotunda eran suficientes, para conseguir su objetivo, por eso las canciones terminaban antes que los revolcones. Eran el tipo de indecencia que hacía pensar a los burgueses que el mundo les pertenecía, porque algunas cosas no estaban al alcance de cualquiera. Lo prohibido era lo más excitante. Es difícil imaginar, qué clase de espectáculos semejantes se realizan a puerta cerrada, auspiciados por los hijos de los millonarios, la clase política, la nobleza, el clero, y con representación de cualquier otro estamento parte del poder, en cualquier parte del mundo. Es posible que Roger y Tasúo fueran es escalón más débil entre aquellos señores, y tal vez eso les facilitó quedar con Regina, Samantha y Marky (el chico superdotado) para ir a la playa la noche del lunes, el día en que El Palas cerraba por descanso del personal. El primer día de las vacaciones no podía haber sido más prometedor, sólo comparable con una montaña rusa de incansable excitación. La chica que en el espectáculo se dejaba atrapar por una serpiente que se deslizaba con profesionalidad, era Regina, mientras que Samantha, no tenía mucho sentido del ritmo, pero su piel blanca y la rápida eficacia sirviendo mesas también la hacían ser muy valorada.

Tasúo odiaba la playa, pero no de noche. Bañarse en pelotas en una noche de luna acompañados de dos chicas guapas, le podían hacer olvidar por unas horas cualquier aversión que tuviera por las colillas, los trozos de bocadillo, las gaviotas y la arena húmeda pegada al cuerpo.

-¿Venís para quedaros o de vacaciones? -le preguntó Regina.

-Vacaciones. No creo que estemos más de quince días.

-¿Eres capaz de enamorarte en tan poco tiempo?

Samantha, Marky y Tasúo se desnudaron a toda velocidad y se fueron al agua corriendo y gritando. Regina se desnudó lentamente.

-¿No vienes al agua? -le preguntó mientras se alejaba. Él negó con la cabeza.

-Tu amigo es

Un tío raro -le dijeron a Tasúo.

-A mí me parece un tío genial -replicó mientras salía para reunirse con Roger. Los otros jugaron un poco dando grititos y salieron para seguir persiguiéndose entre risas y carreras.

Es posible que Roger no causará la mejor sensación en tales circunstancias. Se reunieron para secarse y vestirse. No querían enfriarse.

-¿Te avergüenzan las quemaduras? -preguntó Marky sin vergüenza. Él negó con la cabeza.

-¿Los sentimientos están en juego? -preguntó Regina-. Dejadlo, lo estáis molestando.

-No me gusta la arena. Estoy bien.

-¡Vamos Roger! Muéstranos las quemaduras, no seas tímido -Marky estaba haciendo todo por incomodar, era claro, pero tenía una personalidad tan simplista que era difícil saber si tenía mala intención o sólo se trataba de divertirse.

Roger se puso en pie y se quitó la camisa. Acto seguido, Regina se acercó a él, le tocó la carne quemada, a continuación, lo besó en la mejilla y se retiró.

-¡Joder! -exclamó Samantha. Pareces el cara pizza de la peli Johnny Kruger, o algo así. Era una asesino en serie, debía estar muy resentido por sus cicatrices. Una vez conocí un tipo, tenía sus partes llenas de verrugas, pero ni comparación.

-Yo no soy un asesino.

Cómo ya se había reído de él otras veces, estaba seguro de poderlo soportar. Tasúo salió en su defensa y les dijo que ya estaban bien, que se acabó el espectáculo. Roger solía ser cauto y no enojarse en situaciones parecidas, procuraba mostrar indiferencia, como si una situación así permitiera descubrir a la gente tal cómo era. Marky no le estaba pareciendo demasiado listo. Bueno, con los atributos desmadrados que tenía no le hacía falta, las mujeres no buscaban en él precisamente su inteligencia.

Los días siguientes a la fiesta en la playa, salió a menudo con Regina con paseos tranquilos, intentaba recuperarse de la botella de ron barato y el frío que había pillado por sacarse la camisa.

Estaba a gusto con Regina, le gustaba y hacía todo lo posible porque ella también estuviera cómoda. Tampoco quería mostrar sus cartas y ocultaba su interés por ella. En aquellos aseos hablaban de sus amigos, él le contaba cómo era su ciudad y ella hablaba de que un día dejaría el espectáculo y el show tendría que continuar pero sin su trasero. En cuanto a lo que podían tener en común, Roger no encontraba nada que pudiese ser un buen motivo de conversación, ni siquiera en la música o el cine encontraba coincidencias. Nada, ni una escena memorable de alguna película romántica, encontraba coincidencias. En una ocasión se sentaron muy pegados en la mesa de una cafetería, sus brazos se rozaban, ella no llevaba sujetador y él no podía evitar echar furtivas miradas a la parte oscurecida. ¿Por qué se había sentado tan cerca si sólo hablaba de lo buena estudiante que había sido en el bachiller? Aquel día parecía un loro, no paraba y apenas podía seguirla. Enlazaba sus notas, con sus compañeros, los profesores y la vez que la había castigado por fumar puros en el baño (estaba segura de que alguna mala amiga se había chivado). En otro de sus encuentros quedaron para ir correr. “Una pareja deportista”, le decía Tasúo riendo. Estaba claro que eran buenos amigos. Tal vez ella se había encariñado, o simplemente le resultaba cómodo. Podía ser muchas cosas, pero no eran pareja, eso lo tenía claro, aunque le gustaría, y las vacaciones llegaban a su fin, después de que el grupo saliera unas cuantas veces por la noche los días libres y como solía suceder, bebieran más de la cuenta e hicieran idioteces como subirse a una farola, o orinar en prohibido. Tal vez son conductas de falta de educación, poco limpias y no ordenadas, pero pasa mucho porque después de una copa se rompen las reglas, creo que es un sentimiento de libertad. Los compromisos sociales pueden llegar a agobiar a los más jóvenes. No hubo peleas ni discusiones con extraños. La vida le daba a Roger la oportunidad de moverse en los peores ambientes sin verse metido en líos, lo que no quiere decir que en ese tiempo no hubiese visto a algunos muy pasados, haciendo el burro, gritando y rompiendo papeletas por pura diversión. Creo que ya nos hacemos una idea y lo hemos hablado antes, Tasúo y Roger, se consideraban dos caballeros de buena familia, bajando a las cavernas, abriendo los ojos a otros mundos, seguramente, al mundo real

Se despidieron el día antes de su partida y ella le prometió que le haría una visita. Eran muchos kilómetros los que separaban las dos ciudades y tal vez por eso, o por otros convencimientos más personales, ninguno confiaba en que sucediera.

La acompañó hasta el club nocturno, era de día y estaba cerrado. Las chicas entraban antes para prepararse. Ponerse guapas era un concepto tan respetado como difícil de comparar, les llevaba tiempo, por eso iban entrando una tras otra tan temprano mientras ellos se despedían.

Ser un tío raro, con media cara y el torso quemado le hacía atraer las miradas a plena luz del día. Nunca terminaría de acostumbrarse del todo. Intentó seguir con un psicólogo privado después de recuperarse y salir del hospital. No duró mucho, no avanzaba, las obsesiones estaban muy presentes en un niño. Creía que todos se reían de él, no avanzaba y dejó de darle tantas vueltas con loquero que le hacía preguntas tan personales. Para un niño no era fácil. Pasaron los años y se hizo un hombre, en ese tiempo volvió alguna vez a hablar con el psicólogo, pero seguía sin avanzar. No lo había exteriorizado, pero que Marky se riera de él en la playa, no le había gustado ni un poco. Además, tener que quitarse la camisa para hacerlo callar de una vez, había sido tan humillante como otras veces. En el colegio, en las clases de gimnasia, en la piscina, en las reuniones veraniegas, de una forma o de otra, intentaba ocultar esas partes de su cuerpo. Una chica en el instituto le había preguntado si sus genitales estaban también arrugados, "la cobra, ya sabes", había dicho ella y a continuación había expresado su deseo de verla. El respondiera, "No, la cobra no está quemada". De todas formas se la había enseñado. Aquella chica era una fresca que había estado con muchos chicos, por eso no le hizo mucho caso y no la había vuelto a llamar. Lo curioso es que a pesar de haber pasado por tantas relaciones personales y considerarse una mujer moderna (lo que quiera que quería decir con eso), seguía pensando que los hombres la engañaban y parecía que su interés por comparar unas cobras con otras era manifiesto. Con el tiempo había entrado en una secta, tal vez intentando encajar las habladurías. Regina no era como ella, no engañaba a nadie, era lo que era y quedaba claro desde el principio. Eso le gustaba de ella, no le pedía cosas imposibles, sólo eran amigos. Dicho así, que fácil parece todo, pero siempre algo falla en el amor, los poetas, otros artistas, y los hombres con problemas físicos y adicciones, se enamoran de las mujeres ligeras, ni siquiera ellos pueden renunciar a tanta ternura.

Al volver a la habitación que había sido su casa durante las vacaciones, encontró que Tasúo había organizado una fiesta. La música se oía desde la calle y a medida que iba subiendo por la escalera y acercándose a su puerta, iba teniendo más claro que algo pasaba. Tasúo no le había dicho nada para no arriesgarse a su probable negativa. Mientras él se lo había pasado quedando con Regina, Tasúo no había perdido el tiempo y había hecho nuevas amistades en el colegio de secretarias.

No le pareció el momento más adecuado para ponerle a Tasúo las peras al cuarto, o empezar una discusión con su amigo, que resultaba más que evidentemente borracho. No era un simple mareo por el alcohol, le costaba hablar y se apoyaba en los marcos de las puertas para no caerse. Posiblemente, aquellas chicas se habían besado, o algo más, con él, porque se le veía feliz, otras se besaban entre ellas en el sofá, y dos bailaban como hippies bajo los efectos del LSD -pero no eran los 60, y sólo habían tomado vodka con limón, que para el caso había sido suficiente-. Se trataba de la típica fiesta de estudiantes donde algunos terminarían durmiendo en el suelo y otro en la bañera, lamentable. Roger se fue directamente a su habitación e intentó dormir, lo que le resultó imposible hasta que todos o se fueron o cayeron agotados. Subir a un tren con pocas horas de sueño no era tan terrible como si hubiese tenido que salir conduciendo, pero lo peor fue tener que ayudar a Tasúo a moverse, porque la resaca era supina. Si fuera tan buena persona como pensaba de sí mismo hubiese parado el taxi en una farmacia para comprarle unos analgésicos, pero camino de la estación todo prometía encontrarse con algún atasco y no convenía perder más tiempo, ya bastante le había costado ayudarlo a vestirse. Intentó no dejarse intimidar por la arrogancia laboral de la chica de la

ventanilla -parece que hay muchos trabajadores a los que les pones un mostrador para atender al público y se le suben los galones-, en fin, que no estuvo tranquilo hasta que estuvieron sentados cada uno en su asiento y la enorme maquina de largo recorrido se puso en marcha.

Sabía que en cuanto pusiera un pie en su casa, aparecería Valery interesada en saber todo. Seguramente acompañada de su novio, y haciendo preguntas muy personales con soluciones muy pacatas a las distracciones nocturnas de dos solteros frecuentando locales de mala nota, la mayoría de dudosa reputación. De ninguna manera iba a compartir con ellos tanta excitación.

Tasúo abrió un ojo, casi no podía creer que llevaría dos horas durmiendo en el tren.

-¿La princesa ha dormido bien? -bromeó Roger.

-Muy bien. Ha sido un viaje bien aprovechado. No sé puede pedir más.

-¿Aunque el lisiado te haya jodido algunos planes?

-Tu no eres un lisiado. Hay gente con enfermedades graves, de pulmón, de corazón, y otros con tendencias suicidas. Lo tuyo es estético. ¡Anda que no hay tíos feos en el mundo!

-Yo no soy feo. No te pases.

-No claro, perdona. Yo nunca le llamaría feo a un amigo.

El mejor amigo de Roger no era Tosúo, pero los dos coincidían bien en su necesidad de moverse y conocer. El mejor amigo era Arty, porque siempre el mejor amigo es aquel del que te puedes fiar. Arty nunca le había mentido, ni siquiera con sus silencios y, aún no estando presente, lo había defendido frente a los que se dedicaban a malmeter. Si tienes un amigo que te defiende frente a los; infundios de los mediocres, tienes que valorarlo y eso hacía. No era por hacer una comparación innecesaria y poner a Tosúo en un plano menor. ¿Qué pensaría Tosúo de todo esto?

A Arty lo apreciaba como si fuera familia, a pesar de que se podía decir que era amigo reciente, quiero decir, los que conocía de toda la vida se movían, encontraban su sitio en la vida, una familia, se casaban, ese tipo de cosas, y finalmente les perdía la pista. Si alguna vez volvía a ver a alguno de ellos, ya no le parecía aquel que había conocido, bueno, la gente cambia. Tener esa sensación en un reencuentro era habitual en él, como si le hubiesen cambiado algunas partes de su vida pasada. No sé sentía igual de incómodo, no eran las mismas personas. Arty era una renovación de los viejos estrechos lazos de amistad que iba perdiendo con otros. Sabía hacerse respetar y hacer lo que debía; inspiraba confianza. Una vez le había contado que su abuelo había llevado al hombro a un compañero herido durante horas para devolverlo entre los suyos. No fue condecorado, pero todos lo apreciaron por aquel acto de lealtad. Aquella historia, para Arty era algo especial y no se la contaba a todo el mundo. Tal vez pensaba que se trataba de una seña de identidad, de su identidad. Era la primera vez que algún amigo podía proponer una historia familiar, como muestra de su naturaleza, o él así lo creía.

Algunas chicas creían que Arty era gay, pero los gays no cuentan historias como la que acabo de referir. Estaba concentrado en sacar sus estudios, trabajaba duro, no era de familia desahogada económicamente, y no se podía permitir fallar. Sin embargo, alguna vez salía con los otros chicos y se divertía. No era, lo que se dice un asiduo de la fiesta, pero aparecía de vez en cuando sobre todo si no había exámenes.

Tanto Tosúo como Roger insistieron en que los acompañará en su viaje, pero como siempre, refiriéndose a sus estudios y el exceso de trabajo, había rechazado el ofrecimiento.

Al volver a verlo, Roger le había contado los pormenores del viaje, los clubs, la playa y las chicas. Incluyó en su relato a Regino y afirmó que era la chica más bonita del mundo, pero que no sabía si la volvería a ver. Se había quedado con las ganas de tener algo más con ella, a pesar de que su intuición le decía que debería haberlo intentado, aunque fracasara en el intento.

-Sabes Arty, yo no creo que seas gay, hubieses tenido oportunidades con aquellas chicas
-Roger no lo decía con mala intención

-Todo el mundo quiere saber cómo respiran los otros, aunque no los conozcan, especulan sobre los profesores, los personajes de la tele, los amigos, los violentos machistas, hasta los astronautas. En la iglesia el cura dijo que debemos entender, que no todo el mundo está tan seguro de su sexualidad como nosotros mismos.

Roger se quedó mirando sin saber qué decir. Después de un silencio respondió.

-¿Sabes qué? No deberías ir tanto a la iglesia.

¿Qué había querido decir? Estaba claro que a la gente en general, no le gustaba que les pusieran una etiqueta y cada uno podía ser lo que quisiera. Tener amigos gays, cuando tú te consideras un machito como Roger, debe ser arriesgado, nadie apreciará tus esfuerzos, unos creerán que eres una cosa, otros creerán que eres otra y todos te rechazarán. A Roger no le metían presión por eso, no le gustaba justificarse, de lo único que estaba seguro era de que Regina era la chica más bonita que jamás había conocido y le gustaría volver a verla.

Aquel fue un tiempo de avance y nuevas posiciones con respecto a las chicas, porque empezaba a creer realmente que tenía una oportunidad para su cuerpo arrugado.

Hacía ejercicio dentro de sus limitaciones estaba sano. No necesitaba demasiado. Su padre lo enchufó en una cadena de radio para que aprendiera el oficio desde abajo. Se expresaba bien y una vez sugiere perfiles que distan de la realidad físicamente. Cobraba de juventud y no dejaba de soñar, lo que no se había permitido antes de conocer a Regina.

Se sentía fuerte y capaz, se alimentaba bien y engordó un poco, nada sorprendente para muchos, pero para él era un logro.

Valery se dejó con su novio, no funcionó. Se vieron y ella volvió a tratarlo como si fuera su madre o su hermana, lo que era muy incómodo. En eso también estaba cambiando, aquel interés casi médico le había gustado hasta no hacía tanto, pero ya no. Tenía claro que sólo podían ser amigos, le dijo simplemente que había una chica que le gustaba y que pensaba en viajar para volver a verla. Eso dejaba claro que ya no le daba en Valery dejándose atraer. Estaba seguro de que ella lo había notado con frecuencia porque hasta que él día que le dijo que ya tenía un amigo íntimo (así lo llamó), él había dejado que se le notara su interés.

Viajar, vidas separadas por la distancia. En realidad, si existiera un compromiso tendría que abordar una solución de muchos kilómetros, pero de momento no le iba a hacer falta. No mucho tiempo después, apareció Regina en la ciudad para pasar unos días acompañada de su hija de seis años. Lo primero que hizo nada más llegar, fue llamarlo y pasar tiempo con él. Nada podía ir mejor. Empezó a creer que la conocía de toda la vida, cuando sólo había pasado unas vacaciones paseándose, y también, que ella podía compartir algunos de sus sueños, y para una bailarina de club nocturno, que deja a su hija al cuidado de su hermana, no parecía, no era lo más adecuado. Tal vez Regina necesitaba un hombre fuerte y solvente, sería lo mejor para ella.

Todos pudieron observar un cambio positivo en el humor de Roger. Sus amigos, también los compañeros en la radio y hasta Valery parecía sentirse celosa. Los cambios eran obvios, se movía mucho, llenó la nevera e hizo cambios de mobiliario en el piso para invitar a Regina y a la niña a estar allí, eso les ahorraría el hotel, pero él fue listo y esgrimió la convincente idea de que le harían compañía.

No era la primera vez que Regina salía de viaje, había visitado las ciudades más grandes del país, como si fuera necesario respetar ese rango. Estaba tan centrada en el ajetreo de maletas y de cuidar a su hija, que apenas tenía tiempo que dedicarle a Roger. Él volvía tarde del trabajo, y a veces no estaba en casa, o la encontraba durmiendo.

Preparó una fiesta para intentar convencerla de que no iba a estar mejor en ningún otro sitio. Fue una cena alargada hasta medianoche. A la niña la mandaron para cama mucho antes, pusieron música suave y estuvieron hablando mucho rato.

Arty hizo buenas migas con ella, no tanto Valery que mostró desconfianza y fue la primera en marcharse.

Entre un tema y otro, Regina demostró una timidez que no se le suponía. Parecía esconderse detrás de los cojines del sillón. No respondía de forma elocuente, lo suficiente. Como suele suceder en esos casos, se espera más del personaje objeto de tanta atención. No sabían qué pensar de tanto secretismo. Roger pensaba que si se mostrará tal y como era, los fascinaría con su desprendimiento capaz de opinar casi de cualquier cosa, pero no quiso presionarla.

Lo que no podía haber esperado, como resultado de su idea, era que Arty se sintiera tan cautivado que los visitará a diario. Solía hacerlo cuando Roger tenía alguna novedad que ofrecer, al menos hasta que se cansaba. Mientras iba a la radio, y ya que tenía tanto tiempo libre, le pidió que la llevara aquí y allá, que le enseñara la ciudad, y que la distrajera. Era lo menos que podía hacer, devolviendo las atenciones de los maravillosos días de playa.



2026.04.03 09:17

Por unos pocos viejos ideales

Por unos pocos viejos ideales vale la pena comprometerse. Pero no todo el mundo piensa igual. Roger no iba a adivinar que las intenciones de Arty eran tan directas y pasionales. Se le adelantó y nadie pudo evitar que hubiera algo entre ellos. ¿Hasta dónde llegaron? Nadie lo supo.

-¿Pero tú no eras gay? -le preguntó Roger a su amigo.

-Bueh, un poco gay, sí. Pero no soy tonto y las mujeres así no se encuentran.

Después de aquello, la inquebrantable amistad se deterioró y fueron dejándose de ver. Arty siguió adelante con su brillante carrera de notas sobresalientes, y a Roger el trabajo lo ocupaba y eso lo distraía de sus obsesiones.

En la ruleta de la vida, a veces toca perder, nadie se salva.

Regina siguió durmiendo en casa de Roger hasta que terminó su visita. Fue un mes que pasó rápido, por la mañana salía con su hija y no volvía hasta la noche, cuando llegaba, él hablaba un rato con ella y le hacía la cena, pero ya no estaba interesado en encontrar un momento para salir juntos. También se podía imaginar que mucho tiempo del que ella pasaba fuera, iba a buscar a Arty a la universidad, ya no era un secreto.

Era cuestión de esperar unos días, ella volvería a su casa, a su ciudad, a su trabajo y a sus amigos, él haría limpieza general como símbolo de pasar página, y todo volvería a la triste y aburrida normalidad de la piel sucia, muerta y sin expectativas de una caricia de amor compasivo.

Había perdido el control de la situación y deseaba recuperarlo. ¿Alguna vez tenemos el control de nuestras vidas? Hay gente que se emplea a fondo, creen que pueden rechazar cualquier cosa que ponga en peligro su autoridad y se equivocan. Hasta los más autoritarios hombres de negocios y mandatarios militaristas se equivocan, nadie tiene tanta fuerza como las combinaciones del destino. En la radio ponían mucho una canción de Manolo García que le servía de inspiración, decía, "prefiero el trapecio para verlas venir en movimientos", o algo parecido. Él interpretaba que se refería a las calamidades, y tal vez no era así, pero que buena metáfora de cómo hay que tomarse la vida.

Había puesto a Regina en un lugar importante él solito, y al presentársela a sus amigos había perdido la iniciativa. ¿Cómo iba a suponer que Arty...? Había puesto de manifiesto cuánto le importaba la chica. Era una evidencia que no disimulaba. Lo recuerdos de unas dulces vacaciones, ahora lo desquiciaban.

Tanta entrega había culminado en un choque inesperado, era como ver caer un avión en llamas cómodamente sentados en el sillón de sus casas. Viendo la televisión a mediodía, todos sus amigos parecía haberse puesto de acuerdo para ver entrar el segundo avión en las torres gemelas en directo. ¡Qué horrible que todo se convierta en un espectáculo! Había algo que no podía sacar de su mente, una cuestión acuciante que surgió del día en que volvió a casa del

trabajo y Regina había hecho las maletas y se había ido sola a coger su tren para volver a casa. Se despidió con una nota corta, "Que sepas que te aprecio y que sé que no me he portado bien. Un beso, eres un gran amigo". En fin, en esas circunstancias, prefería no hacer una valoración. Pero como digo, ese fue el preciso instante en que le asaltó una duda grimosa, ¿Todos habían sentido lástima del pobre chico desfigurado mostrando su amor sin pudor? Y lo que era peor, ¿todos consideraban una pérdida de tiempo sus esfuerzos tortuosos por alcanzar al lado de Regina un estatus poco probable desde el principio?

El entretenimiento nos atrae hasta captar toda nuestra atención, los había divertido a todos lo suficiente. Ese era el argumento de la que le inspiraba la casa vacía. La grotesca e improbable relación de dos cuerpos separados por un abismo de cicatrices lo había puesto de manifiesto desde el día en que ella había hecho sus vacaciones cerca de Roger. Cómo dicen que el amor es ciego, tal vez sólo él no lo supo ver, Regina tenía muchos hombres a sus pies reptando y dejando un rastro baboso como caracoles en celo.

Hasta entonces, nunca se había tomado en serio la posibilidad de compartir su vida, y apenas lo había visto de cerca había aprendido que lo mejor que siempre había hecho, debía seguir siendo su razón de ser, la obtención.

De nuevo los largos paseos con Valery, y las salidas de fiesta con Tasúo, nada era tan malo como podría parecer.

-¿Te gustaba mucho? -preguntó Valery-. Si te sirve de consuelo, yo tampoco confío demasiado en mis posibilidades. No es algo que se note con facilidad. Tal vez está oculto al ojo humano, pero por dentro soy tan rara que no creo que nadie merezca una persona tan mala como yo, y eso sí que es un obstáculo.

Las mujeres no suelen reconocer nada que ponga en peligro su imagen de diosas inalcanzables. Esa confesión la ponía con los pies en el suelo. Se hacía estimar cuando intentaba animar a su amigo. Está vez Valery había sido natural y directa, si es que eso era lo mejor.

-Ya, nadie es perfecto - viniendo de él, sonaba a reproche.

-En ocasiones hay que dejar de serlo -añadió ella poniendo la radio. Sonó la voz de los informativos. Él conocía perfectamente al dueño de aquella voz tan segura y varonil, era de un hombre diminuto, no debía pesar más de sesenta kilos, con una cabeza enorme y un vientre desproporcionado. No intentaba ser cruel con los defectos ajenos para justificarse, era sólo que los cuerpos deformados de los extraterrestres de Roswell ya salían en muchas revistas y tenían un parecido con la estrella de la radio. En estos casos una voz vale más que mil imágenes, y era mejor seguir guardando el secreto. Ella manipuló la radio y la puso a un volumen que no pudiera interferir en su conversación, y a la vez, tener de fondo aquel murmullo de sucesos. El mundo no paraba de dar malas noticias. Valery tenía su propia conversación, por encima de aquel hormigueo de fondo-. Estar contigo me renueva. Sé que no hice bien conduciendo nuestra amistad a una situación poco clara y presentar mi noviazgo como un hecho consumado. Soy muy mala dando explicaciones, ni siquiera aclarando situaciones. Cuando estamos juntos ya no hay la misma agradable confianza. De hecho tuvo que aparecer esa chica, para que yo entendiera que tenemos que estar ahí si nos necesitan.

-Se llama Regina -replicó con severidad-. Somos amigos Valery, no quieras hacer de esto algo superior o maravilloso, no somos la seguridad social.

Tal vez el misterio más grande de todos los tiempos, eso que lleva a todos a jugar a adivinar, tiene que ver con parecer lo que no se es. Juzgar a la gente por su aspecto sería propio de jugadores principiantes. Valery no tenía suerte con los chicos, en cuanto descubrían que no era la dama delicada, de buenos sentimientos, ni la chica de gustos elevados y comportamiento y comportamiento refinado, se sentían estafados. El juego consiste en descubrir a la persona que está detrás de cada disfraz, se sexual, clasista (nivel social o educacional) y de las represiones familiares de origen y diferentes culturas. Todo el mundo quiere parecer lo que no es, e ir por la vida sin ese escudo de secreto es para valientes o inconscientes. En problema en el caso de Roger, era que a él le gustaría parecer seductor a pesar de la costra, se vestía con mucho estilo, conforme a la elevada posición de su familia, pero el aspecto es mucho más difícil de ocultar, digamos que sería la parte más básica del juego de descubrir al otro. Los feos, con nariz y orejas grandes, aquellos a los que nacieron careciendo de algún miembro, los excesivamente dotados, o los que tienen un problema de piel, de verrugas, heridas abiertas o cualquier deformación a los ojos de todos, esos tienen que ser muy fuertes, porque no les está permitido jugar ni esconder con la misma habilidad y posibilidades que los que simplemente necesitan dar una imagen con su forma de vestir y no abrir demasiado la boca para parecer otra cosa. Regina, por ejemplo, con un vestido caro y cuatro clases de Pigmalión podría pasar por princesa rusa exiliada, en una fiesta de la alta sociedad española, con bombones caros y joyas. No ser de origen plebeyo era la única baza que podía haber jugado con ella, exteriormente, y había entendido demasiado tarde que la amabilidad de las mujeres no se debe confundir con romanticismo. Nunca había pensado en serio en Roger.

Hay gente que intenta convencerte de que las necesitas para poder manipularte a su antojo. Con las mujeres, Roger estaba especialmente alerta. Si Valery era así, esa podría ser una de las razones de que no encontrase nada a su gusto. Al menos, si a Roger lo sometía a un estricto marcaje futbolístico, y si en otro tiempo él lo había malinterpretado, ya no. Era una amiga concurrente en los momentos difíciles, pero al tener ese punto claro, la manipulación quedaba desmontada, y tal vez por eso, más de una vez no le respondía al teléfono. Se estaba convirtiendo en un tío duro, un optimista defectuoso.

Y si Valery no era tan importante como en otro tiempo, ¿Por qué no podía dejar de pensar en todo el daño hecho?

Debería haber cortado por completo en aquel momento, el día que le dijo que había encontrado algo mejor, en lugar de andar jugando a ese juego de volvamos a vernos, podemos ofrecernos consuelo.

En cierto modo, la amistad entre un hombre y una mujer es más íntima que en otros casos. ¿Se puede llegar a ver la amistad como algo material y tener un sentido de posesión intransferible? Después de todo, pasa mucho con el amor. Debió pensar que no iba a ser la última vez que lo perdiera todo por una decepción. La falta de cálculo es propia de los jóvenes. Era como jugar a la ruleta, todo al rojo, y vuelves a perder, no has aprendido nada si vuelves a jugar tan en serio. Es intolerable que vuelvas a apostar todo al mismo número. De niños eran vecinos, Valery era una repipi insoportable. Tuvo que empezar a ayudarla con las tareas del instituto para hacerla bajar su escudo de puñales afilados y miradas imperdonables. En estos casos en los que se conocen desde niños es más difícil. Se prestaban los libros, la bicicleta, compartían la merienda, y más tarde el tabaco, algún día esos recuerdos dejarán también de pertenecerle porque sospecha que ella ya lo ha olvidado.

Durante un año no ha dejado de pensar que si él se alejó de ella todo lo que pudo, fue porque lo puso en esa tesitura, lo obligó a saltar al abismo. No es que lo hiciera salir de su zona de confort, es que la hizo desaparecer y no tenía a dónde volver con sus nuevos fracasos. Debería haber apreciado más lo que les unía. Amigos sí, pero durante un tiempo y sin confusiones, decía aquella sonrisa de Barbie sin mala intención.

Supuestamente, Roger debería asumir que Regina no quería nada con él, pero los seres humanos tenemos tantos motivos para calmar nuestras voces y desarreglos emocionales, como argumentos para justificar traiciones imperdonables. No le resultaba fácil aceptar que ninguna mujer lo iba a aceptar, a menos que fuera ciega y no pudiese ver su cara y su cuerpo desfigurado. Los tíos duros, en sus peores momentos, no se quedan lamiéndose sus heridas. Sin embargo, esperar de un chico de su edad, con todo lo que el rechazo femenino suponía, le diese igual llevarse un chasco como el que acababa de darle en todo el morro, sería mucho asumir. De ahí que más de una vez aún seguía acostándose algunas noches pensando en ella.

Regina no dejaba de creer en que si había una oportunidad para ella y para poder salir de aquella vida de clubs, estaba cerca de Arty, pero Arty no pensaba lo mismo. De hecho no pensaba en ella.

Habló varias veces con Regina por teléfono, la escuchaba pero eso no quería decir que compartiera todos sus planes. No obstante cuando aceptó que ella le hiciera una visita, está vez sin su hija y por más tiempo que unas simples vacaciones, se sintió aliviado. Increíblemente desposeído de toda responsabilidad. Preparó el piso para su llegada y de nuevo se amaran como si no hubiera en el mundo dos enamorados igual de locos, ni en el presente, ni en siglos pasados. En un momento así de irracional, les hubiese convenido reflexionar sobre el significado y los malos entendidos del enamoramiento. Otros lo han hecho antes. El cansancio llega después, sin transición. No habían tenido tiempo de acostumbrarse el uno al otro. Sexo, pasión, fluidos, culpa, perdón y desahogo, pero no le llamen amor.

Ni siquiera Roger con su fantasmagórica forma de imaginar lo sublime de, alguna vez ser atendido tiernamente, podía decir que amor, era lo que él esperaba.

Arty se percató de que la chica estaba cada día más delgada, nerviosa y violenta, y las pastillas para dormir y los tranquilizantes no la ayudaban, al contrario, parecía saturada de pastillas. No era extraño, si te tomas tranquilizantes, y a continuación no crees que es lo que te hace falta y te hinchas a caféina y cognac barato, es muy posible que te acabes desquiciando, todo el mundo lo sabe.

Hasta entonces, Arty se había comportado como una mosquita muerta, estos son los peores, están esperando el momento para demostrar con una traición que siempre se consideraron a otro nivel. Apenas conoció una chica capaz de seguirlo en su deriva se desfiguró; esa chica era Regina. Había sido un buen alumno, un amigo con el que todos creían que se podía contar, un tipo equilibrado, casi formal. Parecía tener una parte más prudente de su cerebro desactivada, cercenada, cerebro trepanado por una idea equivocada de diversión que cortaba más que un cuchillo. Una lobotomía que desconectaba los nervios y ya no le avisaban de sus errores. Eso era lo más cerca que había estado de la conciencia y el reproche medular, la locura y el cansancio lo ocupaba todo. En el camino compartido con Regina, al dejarse llevar, también había algo de intentar construir una forma de seguir. No podía durar demasiado, por muchas esperanzas que ella hubiese puesto en el reencuentro.

Al renunciar a la falsa imagen creada durante años, al creer que podría resistir en aquella loca fiesta juvenil e interminable, no solo dejaba claro que no era aquel muchacho formal que así se presentaba ante el mundo, sino que destruía la posibilidad de creer en el nuevo personaje que representa. ¿Quién era él?

Hubo discusiones, disputas y finalmente episodios de violencia, y cuando él le dijo que debía irse ella gritó, lloró y lo golpeó con sus brazos sobre la espalda mientras él se hacía un ovillo e intentaba encajar la rabia del castigo. Regina hizo sus maletas. Sólo había una persona a la que podía recurrir en la ciudad, Roger, y por alguna razón desconocida, incomprensible para todos, lo seguía considerando un fiel amigo.

Cogió un taxi, metió la maleta en el maletero y la mochila a su lado en el asiento. Sonaba la radio, era una emisora mixta, música y noticias. Reconoció la voz de Roger presentando una canción de los Thanes, Esta canción me recuerda a una chica que conocí no hace mucho, el amor mueve nuestras vidas también en la distancia, "Now is your turn to cry". En ese momento, después de diez minutos de carrera, el taxista apagó la radio.

-¿Puede dejarla un rato más? Me interesa -dijo Renata mientras el coche iba perdiendo velocidad, se acerca a la acera y se detuvo.

-Hemos llegado.

Bajó del taxi y esperó en el portal. Sentada sobre su maleta hasta que se hizo de noche y Roger volvió a casa.



3

No deberías volver a lamer tus cadenas

Los padres de Regina eran muy religiosos. Su abuela rezaba mucho, pedía por sus nietos y la unidad de la familia. No le salió nada bien, todos andan desperdigados por el mundo y Regina le salió muy ligera de cascos. De adolescente se hacía respetar como ninguna otra niña, una vez le dió un golpe a un chico y le puso un ojo morado. Pero tanta pureza no dura para siempre, las mujeres lo saben bien. Era firme en no dejarse tocar sin motivo, pero un día conoció a un chico que le gustaba y todo cambió, supo hacerse entender, y luego otro, y así hasta que se cansó de tanta novedad. Eso que dicen de que todo cansa no lo comparto, hay cosas que van contigo para siempre y cuando las pierdes, lo lamentas amargamente. Una de esas cosas es todo lo que te inspira el deseo.

Allí, sentada sobre su maleta tuvo tiempo de pensar en las vueltas que había dado su vida y como había llegado hasta allí, casi siempre persiguiendo oportunidades. Solía ser de las primeras en la cola de las rebajas, pero no me refería a eso.

-¿Qué haces aquí? - preguntó él al encender la luz de la escalera.

Regina estaba cansada y empezaba a asumir que si tardaba un poco más se acurrucaría en el rellano, delante de su puerta e intentaría dormir. Las chicas como ella siempre encontraban algún alma cándida que se apiadó de su situación y estaba dispuesta a ayudarle. Ese tipo de almas salían a veces interesadas e intentaban aprovecharse pero ese no había sido el caso de Roger, se había portado siempre como un caballero. No se había equivocado con él, era lo mejor que le había pasado, a pesar de saber que cómo suele pasar con los hombres, lo estaba deseando.

Los hombres mayores son más correctos y en cierto modo, Roger era un viejo prematuro.

Le contó lo que le había pasado y lo decepcionada que estaba con Arty. El amor iba de decepciones por lo que parecía. Le resultaba difícil decidir qué decepción era más auténtica, la que él mismo sintiera, o la que llegaba ahora como el karma para darle a Regina, una vez más, a probar de esa medicina, un jarabe con un sabor a demonios.

“Sólo podía recurrir a tí. Era eso o dormir en la calle, me he quedado sin dinero. Además, sabes todo lo que te aprecio, y lo creas o no, me ilusionaba volver a verte. No eres del tipo de hombre que conozco, de esos tercos que les gusta inspirar miedo, no sé cómo puede haber tanta gente así.”

A Roger todo eso le sonaba a canción de sirena, pero aún así le dijo que podía subir y quedarse unos días. Tal vez se diferenciaba de otros chicos y de otros hombres. Él prefería pensar que ya era un hombre. A la gente buena todos los toman por tontos, eso es un hecho. Los chicos crecían buscando un respeto que los hacía valorarse. Él, al menos con Regina, se había entregado con facilidad, pero como un joven, o un hombre, si se desea, puede darse a valer, con media cara quemada.

No tenía buen aspecto, los ojos hinchados la delataban, había estado llorando. El piso de Roger no era muy grande, eso les hacía estar muy cerca y podían verse hasta los poros. Para ser las caras de dos jóvenes no parecían dispuestos a sonreír con la naturalidad tan propia del momento más positivo de la vida. Si esperas mucho de la vida te vuelves alegre y tiendes a reír, es un hecho que ellos, los dos, parecían haber perdido sus oportunidades. Eran ese tipo de caras que se le queda a los que han tomado alimentos en mal estado, y una parte tóxica empieza a hacerles sentir extrañeza y que algo dentro, no va como debería. Regina, además, tenía esa dureza en el gesto de las chicas que han rodado demasiado y las han engañado demasiadas veces.

Es sorprendente lo que un sufrimiento psíquico prolongado puede hacer en el aspecto de las personas. Los dos tenían motivos de sobra para sentirse rechazados. Sería incluso peor si a todo ello se añadiera una pequeña dolencia física en un momento así. Cuántas veces hemos pasado por sitios con personas en situación de calle, intentando ser ajenos y mirar para otra parte porque nos resulta desagradable verlos sufrir, y la mayoría llevan un brazo escayolado, una mano vendada, llevan muletas, les faltan dientes, o tienen un ojo golpeado e inútil. La calle es dura, repiten nuestros mayores, y tanto que lo es, defender tu espacio entre borracheras suele terminar en pelea. No quiero decir que el aspecto de nuestros personajes llegasen a tanto, no tenían añadidos físicos a las decepciones, aunque, Regina se hubiese peleado con

Arty no había recibido ningún golpe ni señal que pudiera haber parecido alarmante. Pero tenían esa mirada dura de la gente que se mantiene cuando sientes que no perteneces a la condición social del resto, porque te rechazan por tu repelente aspecto físico -no es la historia del hombre elegante, pero ha Sido común a muchos otros incapaces de superar su úlceras externas, heridas abiertas, cicatrices, deformaciones, etc-. En el caso de Regina, por la forma en que se ganaba la vida, y otros muchos por el alcohol o las enfermedades mentales, adquirirían el resentimiento en la mirada de no haber tenido mejor suerte.

Comieron algo y tomaron café. Regina le contó el desafortunado desenlace de su relación con Arty. Él se sentó y cuando parecía que ya no iban a hablar más esa noche, ella se levantó y parecía que se iba a dormir a la habitación de invitados, pero se paró detrás de él.

-Quiero agradecerte una vez más todo lo que has hecho por mi. Lo bueno que has sido. Sé que no fue como tú esperabas. Me voy a la habitación, puedes venir si quieres. Tal vez terminemos de joder lo todo, pero dormiremos juntos, nos daremos consuelo -no hablaba frívolamente, iba en serio, era un ofrecimiento fuera de lugar, frío, sin contemplaciones-. Creo que te lo debo -Añadió.

Una oferta así pondría a Roger en la posición del ser depravado, que después de todo lo que ha ella le había pasado, con todo lo que sabía y conociendo todo su dolor, se aprovechará de un momento así para intentar tenerla, cuando no había conseguido una aproximación por sí mismo.

El le respondió que no era buena idea. Se indignó, ¿Quién creía que era? Sonó el teléfono, era Valery que deseaba verlo, le dijo que estaba acompañado. Eso despertó su curiosidad pero no preguntó. Continuó expresando lo mal que le hacía sentir su proposición, que podía quedarse unos días pero que fuera buscando un lugar más amable para vivir, un hogar en el que poder tener a su hija.

Roger puede parecer cruel a algunos, y la forma en la que se expresó no fue cuidadosa, ni siquiera pareció comprensiva.

Esté es el final, ella durmió mal y él se levantó temprano para ir a trabajar. Cuando volvió, Regina ya se había ido, pero tal vez debamos imaginar un final alternativo, las cosas no siempre suceden así.

En este otro final posible, quiero poner de manifiesto que de todos los estigmas posibles, incluidas las enfermedades de transmisión sexual o incluso la depresión suicida, el más común entre los hombres es no dar la talla, y no me refiero a la altura física, sino, en todo caso, a la altura social y de clase, lo que viene a ser los estudios y la familia. En los dos casos, Roger estaba servido, pero las cicatrices de una piel quemada no convencían a las chicas de que ser solvente en otros aspectos fuera suficiente.

En fin, en el final alternativo, Roger se queda toda la noche durmiendo en un sillón velando el sueño de su aún amiga. La mira, la oye respirar. En un momento ella sueña, tiene una pesadilla. Roger se acerca y la mira desde muy cerca. No sabe si despertarla, ella grita, se incorpora sudando, aterrada y se abraza a él como un koala.

-Esta bien. Ha sido un sueño. No es nada -la tranquilizó-. No te muevas, voy a hacerte un ponche. Estás débil. Eso es todo.

¿Ponche a esas horas? Se refiere a leche caliente con un poco de aguardiente. Inventos de abuelas supongo.

Ella lo toma, se vuelve a dormir y descansa mejor.

Al día siguiente, al volver del trabajo ella aún estaba allí, lonesperó como le había pedido. La llevó a sitios magníficos, calles viejas con suelos adoquinados. Mesones con nombres mitológicos, y cuadros de sirenas y unicornios.

Pasaron un mes sin dejar de salir todas las tardes a tirarse sobre la hierba de parques no muy concurridos. Se besan, se abrazan, ruedan por el suelo. ¿Será amor? Por fin, ella le dice que quiere ir a buscar a su hija porque hace mucho que no le ve y la echa de menos.

Tenía que cerrar viejos asuntos y tardó tanto en volver que él dudaba de si realmente estaba enamorada. Un día llega con su hija y a partir de entonces todo sale bien. Pasan semanas, meses, un año, después algunos más, años de felicidad. Creo que podemos permitirnos pensar en el poder de la segunda oportunidad, el lugar donde no llegan los que señalan y agreden con sólo mirar. La gente que no es feliz es la más cruel, y son casi todos. Jueces hay.

FIN DEL RELATO



1

El viaje sobrevenido por la ceguera de un mártir

Lily puede recordar las conversaciones con su hermanastra, el tono de su voz y los gestos. Tania se casó con diecisiete años con un marinero Holandés y se fue a dar la vuelta al mundo. Era una chica dura, intrépida y fuerte a pesar de su extrema delgadez. La madre, divorciada de sus dos padres, las crió con abnegada entrega. Es difícil criar a dos hijas sin un hombre que ponga un poco de orden en las pensiones juveniles, y con el sueldo de camarera bastante había conseguido de las dos. Eran chicas listas y cuando la madre murió atropellada por una carretilla elevadora, Tania se embarcó y Lily esperó un tiempo -el necesario para comprender

que ninguna de las dos iban a volver y tenía que poner solución a su soledad y también se casó con el dueño de un cine que estrenaba películas coreanas y chinas de luchadores y artes marciales, la verdad que ese tipo de películas y las de "El Zorro", siempre funcionaron bien en el barrio. El hombre era viudo y tenía que criar un niño de siete años, así que como los dos tenían urgencias que atender, se casaron sin apenas conocerse. Si Lily hubiera sabido que el niño hacía sus necesidades en cualquier parte y que iba a tener que trabajar de acomodadora y tragarse todas aquellas películas orientales, patadas, gritos agudos alargados y el postureo de la posición de la grulla, con frecuencia e insistencia, tal vez se lo hubiese pensado. Pero, en una ocasión, tal vez por equivocación, Jero alquiló el sueño eterno a buen precio, Humphrey Bogart y Laurent Bacall, estaban arrebatadores. Tal vez se quedó esperando que cualquier día pudiera volver una de esas estupendas creaciones de cine negro, pero nunca sucedió de nuevo. Se quedó embelesada mirando la pantalla, de pie en la puerta, sin reparar que se había olvidado de apagar la linterna, hasta que un señor mayor muy enfadado le llamó la atención, ¡Ya está bien señora, apague usted esa linterna! Cuánto le habría gustado tener cerca a Tania para contarle todas estas cosas. Entonces, el cine estaba en un momento incipiente, y en el barco, la más joven de las dos, no podía saber todo lo que se estaba perdiendo. A veces recibía alguna carta, y suspiraba, ¡Tania, si supieras cuánto te echo de menos!

Recordaba que en una ocasión, para poner en apuros a su madre, le preguntaron por el tamaño de los penes. Aseguraban las dos que tenían sus genitales chiquitos y le daba miedo lo que habían oído al respecto. ¡Santo Dios! Había respondido y se había ido a la iglesia a rezar por las dos un jueves por la tarde. Lily se reía sola al recordar ese tipo de cosas, y Jero fruncía el ceño y bufaba como un bisonte contrariado. Sabía que muchas cosas que ella tenía en la cabeza no las iba a compartir con él, pero no le iba a preguntar a qué se debían las risitas.

Cuando su madre volvió de rezar les había dicho que era impropio de dos chicas formales, hablar de penes con tanta soltura.

Bueno el pene de Jero crecía más de lo esperado, pero no parecía un hombre muy pasional, y cuando ella empezaba a acostumbrarse a tener dentro aquella cosa, casi un mes después del matrimonio, sus encuentros fueron a menos y los dos daban por bueno que la falta de costumbre no se convirtiera en artificiosa necesidad. Prosiguió su marido actuando como un hombre satisfecho de su condición. La comparación con su primer matrimonio era positiva, buena comida, buen vino, el cine daba dinero, los domingos al fútbol, el niño atendido y la mujer sin tensiones, para él un resultado positivo, una vida satisfactoria. Dormir roncando con profundidad sin problemas de conciencia ni preocupaciones inminentes.

Aquellos de entre otros que son detestados por sus mujeres por dormir con un ojo abierto y pretender tenerlo todo controlado, no pueden competir con los que son detestados por dormir la siesta a pierna suelta, y de nuevo, por la noche, caer en los brazos de Morfeo como bebés bien alimentados. Lily no era fácil de molestar, y cuando su marido empezaba su sinfonía de trombón desafinado, se iba para el salón a leer revistas por muy repetidas que las tuviera. Ni la boda de Grace Kelly iba a ser tan repasada el día en que la revista de tirada nacional, unos años más tarde, sacará una edición especial para conmemorar tan importante acontecimiento.

Del lado izquierdo del autobús, en el asiento de la ventanilla iba una chica con el pelo rubio, muy corto, sólo podía ser Tania. Escribió para decir que llegaba, el día y la hora. La estación de autobuses no estaba muy llena y la vio enseguida. Llevaba ropa vieja de hombre, un pantalón y una camisa, en cuanto vio a su hermana bajó del autobús de un salto y se abalanzó sobre ella.

-Ya tenía ganas de verte. Volver a casa es lo mejor.

-Cuando se tiene a donde volver -dijo Lily. Se la quedó mirando en silencio. No era la hermana loca de "Un tranvía llamado deseo", en aquel tiempo Marlon Brando aún no soñaba con ser actor. Pero Tania tenía la misma inquietud con altas pretensiones de Stell Kowalski-. Ya no vivo de alquiler. Ya sé que todo el mundo quiere un alquiler de renta antigua, pero me casé.

-¿Te casaste? ¡Oh vaya! Me perdí la fiesta. Nadie me avisa de lo bueno.

-No te enfades, Jero es distante y silencioso, pero no es mal tipo. Encontraremos la forma de hacerte un sitio. La habitación de Raimundo es grande y cabe otra cama. Raimundo es su hijo, no te asustes tiene siete años y haréis buenas migas.

-Ya veo. Supongo que fue muy tonto pensar que al volver lo iba a encontrar todo igual.

-Yo sigo siendo la misma insoportable exigente de siempre. No con él, eso sería un desafío.

-Los hombres creen que nada va a cambiar y las relaciones se mueven bajo nuestros pies. Si es lo que quieres, puede estar bien que sea paradito -al decir esto pegó la barbilla al pecho y la miró desde abajo como si hubiese dicho un inconveniente.

-¿Y Norlumd? -preguntó Lily.

-¿Qué pasa con él?

-¿Ya no lo quieres?

-Estoy hecha un lío. En cuanto tocó puerto en la Coruña, lo planté. Estaba del barco hasta la coronilla. Le dije que volvía a casa. Si le interesa, puede buscarme. Pero es demasiado perezoso para saber lo que quiere y romperse el pecho por conservarlo. Hay hombres así, ¿Sabes?

Tania no dejaba de sorprenderla, decía cosas increíbles, algunas en las que no había caído, y otras, de esto estaba segura, en las que nunca había caído nadie. La verdad es que se dejaba conocer con facilidad, soltaba lo que pensaba a borbotones. Se había preguntado sin quererlo, si habría cambiado, y nada de eso, seguía siendo la misma rebelde irreverente, capaz de soltarlo todo por la boca, porque daba igual a quien molestase. ¿Qué iba a hacer con ella?

Las dos hermanas no habían tenido mucha suerte, pero eran fuertes y dispuestas a salir adelante. La vida no es fácil para nadie, pero tampoco es lo mismo nacer en un barrio obrero, que en el selecto barrio de pijos fascista con herencia. En uno de los puertos en los que Tania había desembarcado, había buenos tatuadores. Norlumd tenía un tatuaje de un corazón y una daga, ella fue una noche sin decir nada le pidió a aquel tipo con pinta de Maorí que le hiciera uno muy simple, una frase con letra sencilla, algo rápido y barato "Nacida para luchar". Tuvo que volver para acabarlo, pero cada vez que salía del barco aprovechaba para comprar frutas y verduras. Cuando Nordlum vio el tatuaje se enfadó porque les hacía falta el dinero.

-Tu tienes tú tatuaje.

-Cuando yo lo hice no tenía que mantener un barco. Es igual, olvídale.

Ella guardó silencio pero no lo olvidó. Se sintió muy ofendida por el trato recibido, ¡Y todo por un maldito tatuaje! ¿Serían tan pobres?

Sólo después de conocer a Jerome y de darse una ducha, Tania tuvo fuerzas para instalarse en la habitación, su cama cerca de la de Michi y la maleta entre las dos (al día siguiente sacaría su ropa y la metería debajo de su cama).

Hablaron un poco después de cenar y se fue pronto a dormir, estaba muy cansada. Y cuando estuvo sobre la espalda con los brazos debajo de la cabeza, recordó que en el barco no se dormía muchas horas de un tirón y si podía, esa noche iba a dormir como si fuera la última; era

imposible no hacer comparaciones en una situación como aquella. Norlund le había enseñado una cuantas cosas buenas, a distraerse para no tener hambre era una de las más notables, a pescar, y a fumar en pipa cuando el atardecer no tenía más que una leve brisa. Celebró su cumpleaños a bordo, en mitad de un desierto líquido, nada en el horizonte. No podía creer que, a pesar de los buenos recuerdos, hubiese terminado detestando aquella vida. A veces, necesitaba salir corriendo. Cuando tenía la sensación de que se había estancado, no miraba atrás. No era la primera vez que recordar a un chico le producía aquella sensación de no reconocerse en pasadas situaciones. No era ella la que había subido al barquito de dos palos entre 10 y doce metros de eslora, no debía tener más. Hay que ser de otra madera para vivir en una cáscara de nuez. Tenía que aprender a pensar dos veces las cosas y dejar de meterse en líos que solucionaba huyendo.

Supongo que el romanticismo juega un papel decisivo en estos compromisos. Era una oportunidad que no se iba a volver a dar, no imaginó lo duro que podía llegar a ser. Su hermana trabajaba en el cine, era fácil soñar viendo películas, pero Tania se las montaba ella sola en su cabeza, eso era peor.

Al día siguiente las dos hermanas fueron al mercado a comprar algo de pescado y arroz. Fue muy fácil encontrar trabajo en una tienda de quesos regentada por una señora mayor. Fue ofrecerse y Herminia le dijo que sí. Pagaba la mitad que en otros sitios, pero a Tania le encantaba el queso. Si algo había comido en el barco era queso y anchoas, y aún le gustaban. Recibir una parte del sueldo en queso manchego no habría sido un problema, si no desconfiara que Herminia cambiaba con frecuencia de chica para todo.

Tal vez comprar pescado para celebrar su llegada, fuera una forma de decir que estaban contentos de tenerla en casa y no debía preocuparse por nada -ya he dicho que Jerome no era mal tipo y que a todo le encontraba un lado práctico-. Las dos chicas tenían un ritmo parecido y caminaron entre puestos de flores, pan de centeno y trapos de cocina, hasta llegar al paseo del río. Todo bien sujeto dentro de una bolsa de cuerda. A mediodía, cuando Michi volvió del colegio, Lily confesó que se había casado en el suelo de la habitación pero que ya lo había limpiado. Habló con él para que no volviera a ocurrir porque ahora compartía la habitación y era algo muy desagradable. No debió de entender el alcance de la petición, porque siguió haciéndolo de vez en cuando. Era un sello de identidad, todos los niños son diferentes y cada uno hace algo que lo caracteriza. Tania sacó la comida del fuego y fue hacia ellos dando saltitos y bromeando con el fin de tranquilizar al niño. ¿Qué hacen los niños?, y se respondió a sí misma, "comer, dormir, estudiar y hacer caca, mucha caca. No te preocupes, duermo profundamente".

Jerome los encontró allí en divertida sociedad, llevaba un taco de entradas para ponerle el sello y las dejó sobre la mesa. Cambiaron de conversación, no había que contarle nada al padre cada vez que Mucho dejaba un rastro, a veces líquido, a su paso, como la estela del barco de Norlund. Incluso, en ocasiones, cuando Jero preguntaba cómo iba el niño con su problema, Lily procuraba ser lacónica y respondía un simple/ " bien, mejorando".

Puede que a los vecinos les resultará extraño que llevarsen la cagatera con tanta paciencia y dedicación, y no se mostrarán un poco más drásticos. Era normal porque también estaban afectados. El portal también era uno de los sitios preferidos por Michi para dejar suarca, pero desde fuera, desde la interesada mirada de un vecino que no lo va a recoger, exigir y criticar, era muy fácil. Si el gran problema de la comunidad era que un niño se cagaba en el portal, el

mundo gozaba de buena salud. El mismo portal estaba en un lugar poco atendido por el concejal de limpieza y jardines. Por emplear un término poco apropiado para gente refinada, "era un barrio feo de cojones".

No todos los tiempos son iguales, pero el mundo cambia tan lentamente que yo no lo aprecio. Los avances tecnológicos no cambian tanto a las personas. El mundo no es el aspecto físico diario de las ciudades, las costumbres laborales, o cómo se mueven todas esas hormiguitas, que a diario salen de casa en busca de un poco de actividad y chismes de los que poder hablar en la comida del mediodía. El mundo de las cosas es diferente, pero el mundo de las personas, sus motivaciones, lo que esperan de la vida, sus relaciones, eso siempre es lo mismo. La madre de las chicas se había defendido con uñas y dientes contra las vecinas entrometidas y fisgonas, por eso solía decir, "la gente no cambia, tenerlo en cuenta para no bajar la guardia".

-¿Sabes por qué dejé a Norlund? Porque su vida es el mar, su otro amor. No podía competir con eso. La gente no cambia -le dijo Tania a su hermana, antes de salir para la quiescencia el primer día de trabajo.

Los hombres que había conocido Lily eran jóvenes, Jero era el primer amor maduro para ella, aún más, un viejo prematuro, en ocasiones. El último antes de su matrimonio había sido Yerry, un taxista que seguía viviendo en la ciudad, y eso no iba a cambiar, allí tenía su taxi y su vida. Alguna vez se había preguntado qué sería de él, o cómo reaccionaría si un día paraba un taxi y al verse dentro se topaba con él y todos sus recuerdos. Se habían dejado porque él no quería un compromiso y hablaba demasiado, por lo demás no tenía muchos reproches que hacerle. Cómo la gente no cambia, seguramente sería un trayecto que se le haría muy largo, escuchando a Yerry exponiendo motivos, razones, excusas y lamentos por todo lo que no había sabido hacer mejor. Hay gente que se culpa de todo sin motivo. Al llegar a su destino le diría, "querido, me casé, no te martirices".

Había mañanas que salía a pasear y se le harían muy largas si no fuera por los jubilados del parque. La miraban, los oía comentar sobre lo mal repartido que está el mundo, y algunos en una ocasión se atrevió a decir, "así, así, pisa fuerte bonita". Ese tipo de exclamaciones dejaban claros sus límites, eran la expresión de sus sueños, por eso jugaba con ellos a dejarse desear. La miraban, cambiaban de banco, pero si no buscaban sus ojos se sentía respetada. Algunos conocían a Jero, sabían que era su mujer, ¿Sólo era un pasatiempo? Este tipo de cosas pasan como si nunca hubiesen existido, no le iba a contar nada a Tania, y si alguien le dijera que los jubilados la miraban, ella exclamaría con sorpresa, "¡Ah, no me había dado ni cuenta!".

Jerome era un hombre ordenado, y todo transcurría en una vida sin sobresaltos, era todo lo que él pedía. Era tranquilo y predecible, pero aburrido.

Cuando bajaba al parque en su paseo matutino antes de ir a la compra, no evitaba pasar por delante de aquel grupito de cinco o seis hombres, no tenía por qué no hacía nada malo. Estaba cambiando, Tania la veía más atrevida, se lo había dicho. Había cosas que en otro tiempo le daban vergüenza y ahora le daban igual. Cuántas más cosas dejan de merecer compartirse por ese motivo, se quedaban en el inconsciente pero condicionadas porque ella se prometía que eran cosas de niña que no tenían ninguna importancia. Es el inconsciente y todas sus limitaciones lo que la hacían volverse más silenciosa, reservada, incluso cautelosa, porque las cosas que queremos hacer crecer sin importancia se le escapaban y se ponía roja como un tomate. Casarse no la había hecho madurar tanto como ella pensaba. Si al menos con todo ese entramado de inquietudes pudiera darle un poco de excitación a su vida, una excitación que las

películas violentas orientales no conseguían. Los amigos de Jero, desde su matrimonio ya no eran invitados a fumar y beber en su casa, hay que comprender que eso no estaría bien. Él se resignaba a perder algunas tertulias y otras costumbres placenteras como ver el fútbol en el bar, y si alguno de los jubilados era un antiguo colega celebrando goles, en cierto modo no había perdido un amigo y podría seguir comentando la jugada siempre que no se pasase de la raya. Cómo cantaba Serrat "con ella quieren dármele mis amigos, y se amargan la vida mis enemigos", tal vez Lily no era la más guapa de entre sus amigas, pero siempre había sabido sacarle partido a sus talentos. Si un poeta tuviera que hacerle un homenaje, tendría que ser un poeta viejo, porque todas las jóvenes son bonitas como una porcelana, pero ella soñaba con ser la mujer madura que siguen deseando los jóvenes, capaz de entender todas las relaciones humanas y los cambios, las sorpresas, los caprichos del azar, dentro de un cuerpo mayor que sonriera con dulzura. Tal vez Jerome era un viejo prematuro, le llevaba al menos, veinte años, pero Lily en sus sueños, era una madura comprensiva mayor que él.

Algún tiempo después de la llegada de Tania y su incorporación al mercado en la tienda de quesos, Lily, después de ver jugar un rato a los viejos a la petanca, se decidió a hacerle una visita. La observó durante un minuto, se desenvolvía como si lo hubiese hecho toda la vida. Era amable y bromista con los clientes, tenía el ritmo propio de un marinero en tierra, envolvía y cortaba con rapidez, ¿Qué más se podía pedir? La dueña del kiosco ya podía estar contenta de su nueva empleada. No faltaba mucho para la pausa del mediodía, se acercó y le dijo que la esperaba en el café para comer algo.

Llegó alegre como solía ser, sin señales de la zozobra de los primeros días después de reconocer que aquello de dar la vuelta al mundo podía ser demasiado para ella. Las dos hermanas se sentían felices de estar juntas, y eso se reflejaba en sus caras. La expresión de felicidad es difícil de reprimir, sería mucho peor, intentar poner cara de póquer si tuvieran problemas, pero las cosas no iban tan mal.

-Tengo una novedad que contarte. He conocido un chico, tiene un taller de motos en la puerta del mercado. Creo que me gusta.

Les pusieron churros y café. Tania estaba hambrienta, mojó dos churros y los metió juntos en la boca. Se había vuelto muy ruda en aquel último año, pero seguía conservando su espontaneidad.

El típico ruido de los carros del mercado animaba a los que llegaban a dirigirse sin demora hacía la compra que buscaban y les resultaba difícil, por mucho que corrieran no tener que esperar la vez. Señaló hacía una de las puertas de salida para indicar que allí estaba el taller de su amigo. Disfrutaba sumida en aquel ambiente, entre el caos, la prisa y el desorden, la vitalidad de una ciudad se descubre en el bullicio de sus mercados. "Mamá cuando veía correr a la gente a la compra decía que era porque temían perderse algo", dijo Tania.

En ocasiones, cuando se había sentido superada por el trabajo en el cine, las casa, la compra, llevar al niño al colegio y limpiarlo al volver a casa, escuchar las quejas de Jerome sobre impuestos o las máquinas de proyección averiadas, Lily había pensado mucho en Tania, y ahora la tenía allí, ¡Ojalá no se fuera nunca! Por eso cuando le habló de Wes no lo recibió con entusiasmo, es más, empezó a contestar de forma escueta, desganada, deseando cambiar de tema. Conocía a su hermana, y no quería que se complicara.

-¿Ni te interesa?

-Perdona, tengo tantas cosas en la cabeza, que a ratos no puedo evitar pensar que ahora que estamos bien, tal vez no sea por mucho tiempo -contestó Lily.

Después de terminar sus desayunos de las once, retiraron las tazas y hablaron de sus razones para desear que sus vidas fueran mejor. A veces compraban lotería pero nunca tocaba más que un reintegro.

-Una vez, Nordlund me dijo que era caprichosa y malcriada, y mandó al carajo. Ya sabes cómo soy, no me quito esa escena de la cabeza.

-¿En serio? Pero te noto que aún queda algo ahí clavado -dijo Lily señalando al corazón. Tal vez señalaba al esternón y no se refería al corazón y quería decir, "aún tienes una espinita en el alma".

- Estoy intentando mantener mis pensamientos alejados de él. Por nada del mundo volvería a una vida tan sacrificada. El mar para los marineros.

-Ya me parecía que evitaba contar -Lily se rió-. Soy muy curiosa e incorregible, ya me conoces.

Dado que siempre se habían contado esas cosas, concluyó que un año la había cambiado mucho. Conversar sobre sus inquietudes, incluidos los chicos, eran el tipo de conversaciones que las mantenían tan unidas, pero Tania ya no mostraba tanto interés como antes, eso empezaba a estar claro. En cuanto a Jerome, nunca tendría con él, la complicidad que tenía con su hermana, eso también lo tenía asumido. Bueno era su forma de ser, los hombres que hablan poco, se pasan el día maldiciendo entre dientes.

Vio a Wes a lo lejos y movió la mano haciendo gestos para que se acercara. Sólo le faltó gritar, pero no fue necesario. Se lo presentó a Lily, y ese momento su hermana comprendió tanta excitación, el chico era un guapito musculoso, con camisetas y pantalón apretado. Tenía el trasero más redondo que el de una mujer, y a Tania se le abrieron los ojos como platos, "está chica está a punto de volver a liar una de las tuyas", pensó.

Pasaba el tiempo y la nueva situación no iba mal. Jerome comprendía la situación, no podía hacer menos por la familia, porque a Tania la consideraba familia. Para él, que hubiese encontrado trabajo tan pronto la convertía en una chica despierta, estimable y merecedora de cualquier ayuda. Además, desde el principio se lo había dicho, no la veía una carga porque también ayudaba en casa. Cómo podemos ver, era un hombre práctico por encima de todo. Eso no gustaba a Tania, pero sabía que aún lo estaba conociendo, sólo esperaba descubrir en él más cosas buenas que malas.

Un día, después de preguntar a su hermana si era adecuado, Tania invitó a cenar a Wes. El chico se presentó en su moto, luciendo una cazadora de cuero negro con botones y cremalleras. Tenía una figura intimidante allí de pie en la sala sobre sus enormes botas también negras.



Ideas intrusos

Hay mundos que entran en nuestras vidas sin que podamos evitarlo. Hay personas que están en nuestras vidas sin que las hayamos elegido, algunas violentas no dejan de exigirnos, piden que se las entienda con amenazas inútiles. En el barco, Tania no tenía a dónde huir, y Nordlum pasaba días enfadado sin hablarle. La radio era el peor intruso, con los discursos fascistas a todo volumen. Wes no era de nada, obeso decía. No ser de nada es corresponder a la dictadura, le dijo Lily. Jerome le dio una patada bajo la mesa, podía tratarse de un chivato y meterse en líos. Todos sabían lo que debían ignorar y lo que tenían que tener presente, no se puede bromear con los militares violentos y con los comisarios políticos. No lo conocían lo suficiente, Wes hablaba poco, eso crea desconfianza. Un silencio así también es un intruso. Bueno, era el nuevo amigo de Tania, sería aún peor uno de esos que no paran de hablar, dados a discursos políticos, o te cuentan su vida. ¿Qué clase de intrusismo podemos soportar sin quejarnos?

“Este chico tiene la evidencia de un estilo tan americano que cuesta creer que sea un espía del Reichstag, además, su moto es inglesa. Es un intruso ajeno a todo, parece inocente”, le dijo Jerome a Lily.

-Entonces, ¿Puede volver? No es mal chico y mi hermana necesita compañía. Les daré entradas para el cine. Seguro que le gustan de Bruce Lee, no hay que pensar demasiado.

-Eres demasiado buena y confiada.

Terminaron de cenar y los tortolitos salieron a pasear a la luz de luna. Andaban muy despacio, entre camiones de frutas y hortalizas que descargan de noche. Nunca hay prisa para volver a las ocupaciones cotidianas, pasear era olvidar. De vez en cuando, los trabajadores maldecían, otros se reían de verlos enojados. Supongo que reírse del mal de otro es de mala gente. Imaginan en un funeral un tipo riendo por dentro porque el difunto prometiera vivir unos años más. Algunos podía hasta insultarlo: ¡Idiota!

Hay intrusos con viejos rencores en todas partes. Tanía no tenía ninguna gana de hablar, o de que el le contara cómo le había ido el día, sus ojos decían, “bésame tonto”, pero estaba oscuro y no la miró directamente. Wes disfrutaba del paseo, lo único que quería era montarla en su moto. No era tan difícil de entender, que lo único que se podía esperar de un mecánico de motos, era que le hablara de grasa, aceite, kilómetros por hora, frenos bloqueados y cosas por el estilo. Sin embargo, lo que se espera no suele salir igual a como lo concebimos.

-No entiendo a la gente que se conforma con poco -empezó Wes el discurso que solía soltar cuando quería darse importancia-. En el origen, todos deciden lo que quieren hacer con sus vidas, pero aspirar a mucho tiene riesgos. Sin duda soy un caso raro. Tengo un socio en el taller, si llego a abrir uno nuevo, más moderno, ese será sólo mío y tendré la oportunidad de empezar a hacer dinero en serio.

En los pormenores pasionales de su sueño, la ambición lo encuadraba todo. Le hacía recordar el tono invencible con el que Nordlum hablaba de dar la vuelta al mundo, se creía capaz y preparado. ¿Estaría destinada a formar parte de los sueños de otras personas? En lo que respecta a sus propios sueños, se hubiese confirmado con encontrar un hombre normal al que poder amar, con expectativas asumibles. ¿Cómo lo había hecho Tania? La envidiaba. Era la más segura de las dos, la que sacaba más partido a la vida, la más estable y previsible. Eso era importante en los tiempos que corrían, no era fácil inspirar seguridad con las tensiones políticas tan presentes. Nadie decía realmente lo que pensaba, a menos que estuviera a favor de la dictadura, los presos políticos y los desaparecidos. Mientras Wes se esplayaba construyendo la historia de un triunfo que estaba por ver, ella ponía cara de conformidad ilusionada, y pensaba en lo que su propia vida necesitaría para salir de la provisionalidad con inmediatez. Cabía la posibilidad de que con el tiempo y las dificultades, Wes se fuera bajando de su nube y se conformase con no correr riesgos. No sabía si eso lo convertiría en un buen padre y si algún día debía darle la posibilidad. Por otro lado, después de lo que le había contado, estaba la posibilidad de llevar la relación a un nivel superior. Tuviera una vez un novio, que estaba muy orgulloso de ser porta maletas en la estación de ferrocarril. Presumía de tener buenas propinas.

-Tu no necesitas más -le había dicho en uno de sus discursos de conformidad.

-¿Y eso es bueno o malo?

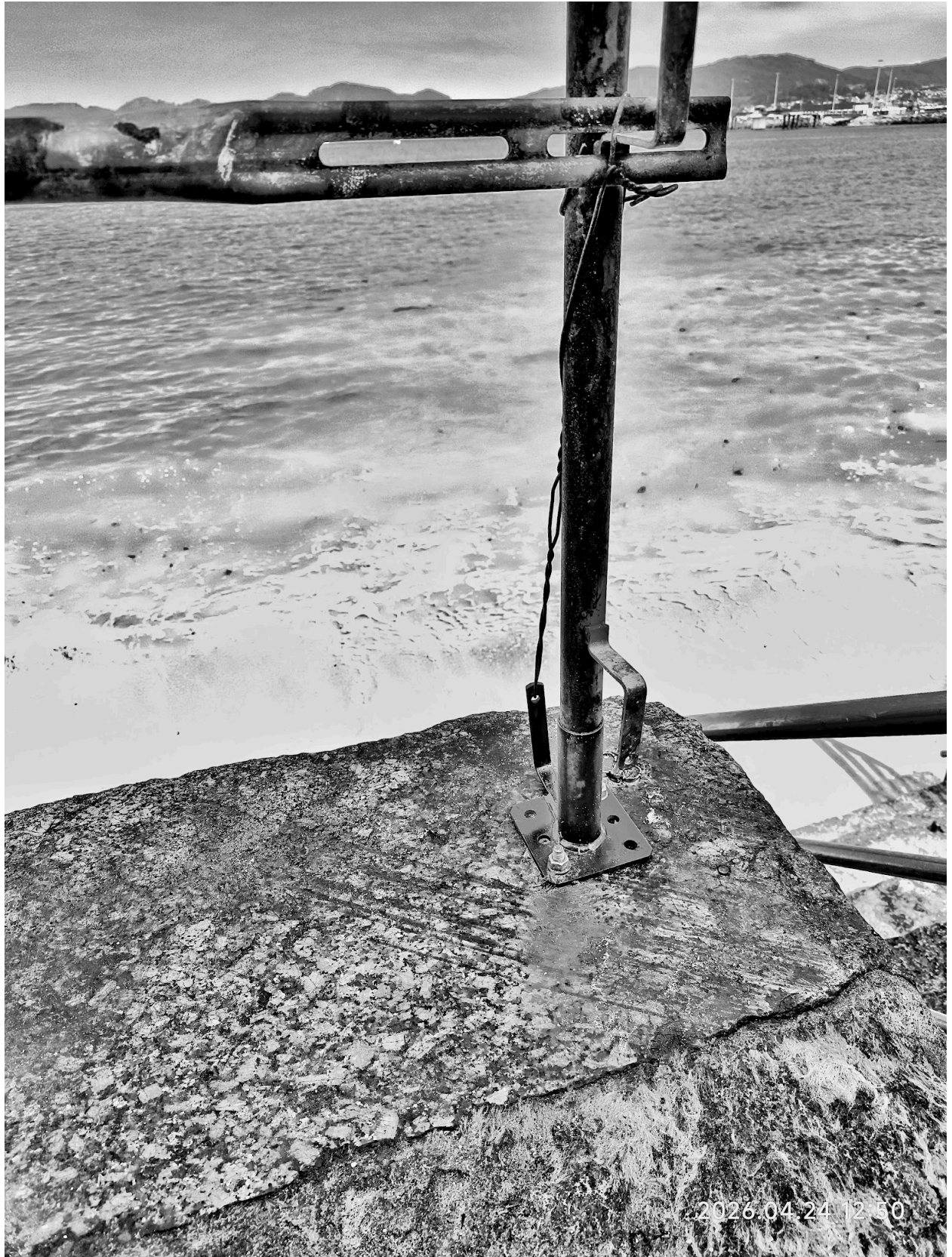
Nunca le contestó, tardaron en romper menos de una semana. Luego apareció Nordlum, y la verdad que lo de dar la vuelta al mundo, así de principio, le pareció un sueño romántico.

A los hombres les gustaba hablar de sí mismos, se creían capaces de grandes hazañas, pero casi todos fracasaban, bastaba con escucharlos y poner cara de sentirse admirada por tanta grandeza contenida.

-Sé que me falta mucho para demostrar lo que puedo conseguir y a dónde quiero llegar -él no lo sabía, pero ya no se trataba del ego, cuánto más tiempo pasaba sin avanzar en sus planes, todo se complicaba y lo que estaba en juego era su autoestima-. No lo olvides, "no se es lo que se es, sino lo que se puede llegar a ser" -este tipo de frases lo mantenía en la carrera.

De vuelta a casa, Tania arrastraba la duda de si había sido buena idea invitar a cenar a Wes en casa de su cuñado. No había protestado, pero su silencio era elocuente. Apenas había conversado, se había limitado a pedir, pásame el pan y pásame el vino, eso sí con un gracias perfectamente acomodado en cada momento. Al entrar procuró no hacer ruido, todos estaban dormidos, el silencio era total. La despedida de Wes fue rápida, perdón no besó de una forma que daba pie a más, él lo entendería.

El guión de su vida aún iba a necesitar algo de tiempo. Se llevaba sus pensamientos consigo cada vez, allí donde fuera. Sólo necesitaba darle unas vueltas más a cómo había ido todo hasta llegar de vuelta, como pensaba que podía ir todo a pesar de ese momento, y lo que tenía que ver el mecánico con todo ello. Para Lily era un descanso tenerla a mano, que le pudiera ayudar con el niño, mandarla a la compra y que le ofreciera dinero. No le parecía mal, no iba a estar a la sopa boba, pero Lily no había cogido su dinero, al fin y al cabo comprendía que lo iba a necesitar, no se iba a quedar para siempre.



Vivir y morir en una postal de vacaciones desde alta mar.

Con Wes, pasar al siguiente nivel era una cuestión de tiempo y todos los daban por hecho una semana después de visitar su taller fuera de hora y consumarse como una experta en cambiar el aceite (perdonen la vulgaridad), el primer día libre que tuvo en la que sería londededicó a limpiar a fondo los restos que aparecían de las aventuras informales de Michi. No eran trozos muy grandes, a veces, sólo una media salchicha, o simplemente se trataba de alguna mancha de una pasada limpieza sin terminar. Pensó que jabón espumoso, agua y un buen cepillo, sería suficiente, no le tenían tanta desconfianza al niño como para salir a comprar desinfectante.

Quizás porque Tania colaboraba y era tan natural, hasta el punto de haber revertido los olores en algunos rincones de la casa, pero también porque Jero se sentía afortunado al tener dos mujeres en casa -debemos suponer que en esos tiempos, cuánto más grandes eran las familias más importantes parecían todos sus miembros-, el marido de Lily, exiguo empresario, y aficionado al cine, tampoco creyó en ningún momento que aquella incorporación pudiera causarle ningún problema. Al contrario, podía haber tenido una reacción violenta de su mujer si hubiese puesto algún problema en ayudar a su hermana.

Esa semana de limpieza, tan cercana a su extremo sexual con Wes, Lily llegó de hacer la compra muy excitada y enfadada. La noche anterior, Tania le había contado que su relación avanzaba en todo lo relacionado con el mundo del motor y toda la energía que desprendía. Este tipo de confidencias entre hermanas es muy necesario, no esperaban menos de su confianza. Lily le sacó el cepillo de la mano y le dijo que se sentara.

-¡Me estás asustando! ¿Qué pasa? No me digas que Wes es comunista y se lo han llevado detenido. Ya sabía yo que iba todo demasiado bien.

-Tu abuelo fue fusilado, ser comunista no es tan malo. En nuestra familia nunca nos lo pareció. No tenemos la URSS en la frontera.

-¿Qué puede ser peor que la policía política de franco? ¿Lo van a fusilar?

-No es tan grave, pero no te va a gustar. Nordlum ha estado en el mercado preguntando por ti. Te busca.

En ese momento recordó cómo era marinero, robusto pero sin acritud. Era de esos hombres que se enfadan encerrándose en sí mismos. Cuando estás en alta mar y nadie puede intermediar para solucionar una mala discusión, saber tragar la rabia es lo más indicado.

Intentó aparentar que no le daba importancia a lo que acababa de escuchar, como si fuera tan fuerte que hubiese superado en tan poco tiempo todos aquellos momentos, los buenos y los malos, a bordo del dichoso barco. Creía que su primer amor de verdad había terminado al huir sin decir ni adiós.

-¡Oh, vaya! Con esto no contaba -estaba a punto de decir algo más pero se giró apoyándose en la mesa en el centro de la cocina. Puso esa mirada perdida de quién se ve invadido por

viejas sensaciones. Era una pose, un viejo gesto que Lily reconocía en ella cuando estaba albergando pensamientos inconvenientes.

-Espero que no estés pensando lo que creo que estás pensando.

-No sé qué puede ser eso -le contestó sin dejar de percibir que su hermana empezaba a enfadarse.

-¿No volverás con él?

-No creo.

-¿Qué no crees? -fue una respuesta que contenía la indignación por cada vez que Tania había metido la pata con los chicos.

Era cuestión de tiempo que Nordlum pareciera por la quesería. No había motivo para no hablar, todos los desencuentros no les habían hecho olvidar tanto amor, al contrario de lo que suele suceder. Entre los que se enamoran con facilidad, y las que olvidan aún más rápido el mundo va sin dirección.

Lily, sentada a la mesa del salón esperaba noticias. Los había visto hablando. Estaba intranquila, como si Tania no fuera capaz de manejar la situación y estuviera a punto de rechazar su amparo.

Llegó y se sentó a su lado. En esos momentos, sin aspirar a ser entendida, ni demasiada gana de hablar o explicar nada, le comunicó los nuevos detalles del amor aún no reparado, ni siquiera el mecánico con todas sus expectativas lo había conseguido.

Casi siempre, cuando en el pasado Rabia se había sentado así a su lado le producía esa sensación de irresponsable peligro a toro pasado. Lo que recordaba de situaciones parecidas, era que su hermana le daba al amor una importancia superior a cualquier otra cosa. ¿Cómo no iba a estar nerviosa? Era su hermana y a veces creía haber ocupado el lugar de la madre ausente.

Era una estupidez pensar que tal vez se sentía molesta por atender el niño y ofrecerle libertad para atender otras labores estaba claro que el amor lo ocupaba todo en su mente. No veía más allá, el amor nublaba el resto como un virus que te cierra los ojos con la fiebre

-Te has enganchado de nuevo, ¿Verdad Tania? -era la pregunta definitiva que lo iba a cambiar todo. Directa, sin rodeos.

-Me ha dicho que va a vender el barco, que me ama y podemos empezar de nuevo. No sé aún qué hacer

-Pues por tu aspecto se nota que te ha tocado el corazón, estás perdida. No creo que tengas fuerza para superar lo que sientes. ¿Es que no has aprendido nada? El amor es otra cosa.

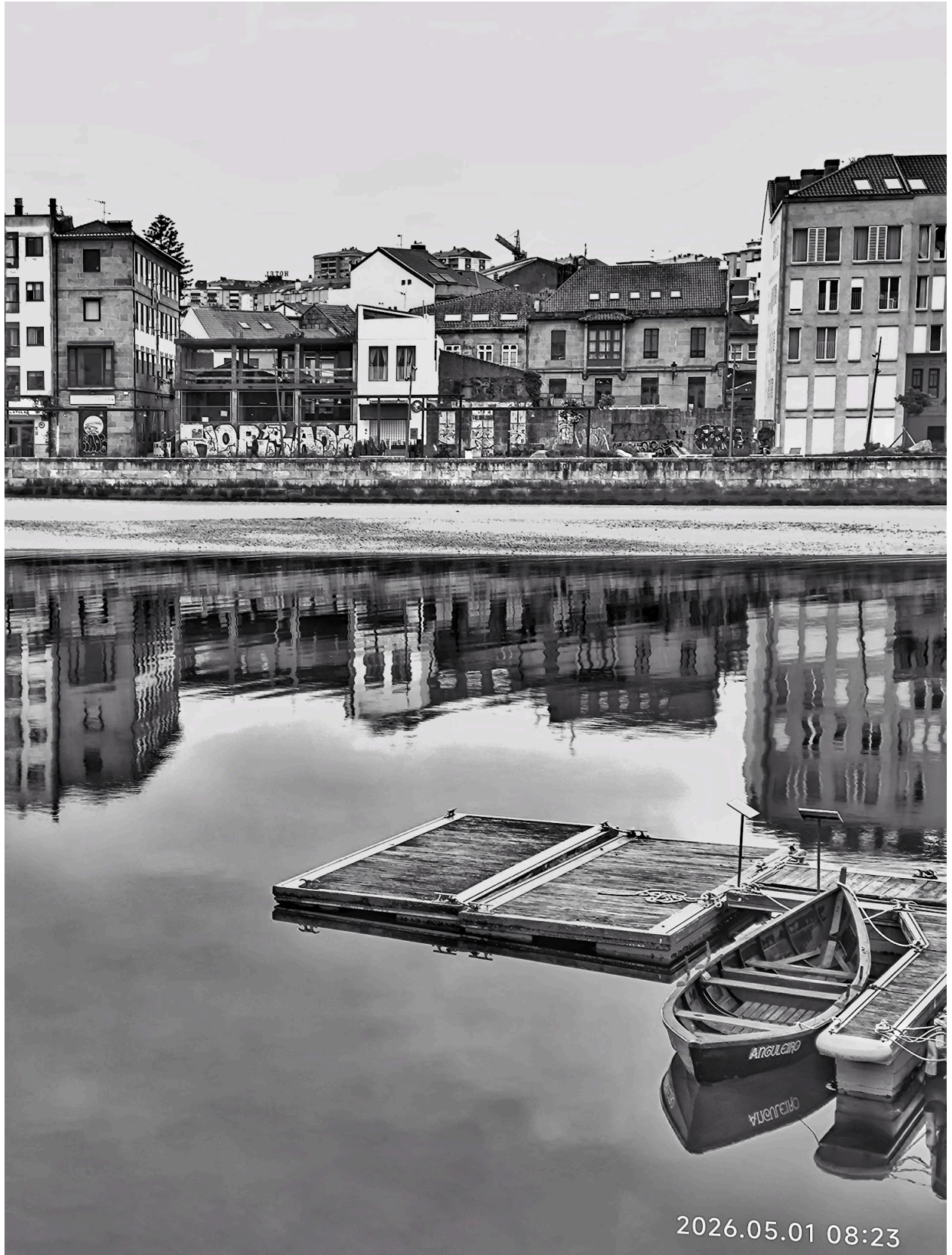
La enojaba que la tratara como una niña del parvulario. Demasiado cómodo atribuir lo que sentía a su falta de sentido práctico. Pero ella no era la misma, sabía que había madurado, incluso al dejarla hablar y no llevarle abiertamente la contraria, estaba demostrando un cambio. Al final haría lo que ella quisiera. Escoger su futuro y equivocarse, era parte de la vida. Quería tomar sus propias decisiones y equivocarse ella misma, que seguir otros consejos, por buenos que fueran, y también equivocarse.

Un mecánico o un marinero, lo que no iba a hacer era jugar con ellos, eso estaba muy mal visto, tenía que decidirse y pronto.

-Tu no lo entiendes. Me aterra pensar que los hombres me miren sin mirarme, me hablen sin interés o crean que soy una chica fácil. Eso es terrible. Tu has huido también con rapidez para

no verte en esa situación. Debo elegir e intentar no dar tantos giros como una gallina sin cabeza. Podía haber sido peor.

FIN DEL RELATO



2026.05.01 08:23

Ella también tiene esa llave

Berny era su único hijo, así que cuando la llamó por teléfono para decirle que iba a salir con su amigo esa noche y que no pasaría por casa, se dio cuenta de que, de todas las cosas que había hecho bien en la vida, una de ellas no había sido meter un poco de prudencia en la cabeza del muchacho. Le hubiese podido colgar el teléfono con rabia, que él se habría encogido de hombros sin darse ni cuenta. No se trataba de ninguna novedad, estaba en la edad en la que necesitan independencia y hacía ese tipo de cosas. No se daba cuenta de que ella pasaría una noche de sábado más, viendo una película clásica que ya había visto antes, que se quedaría esperando que volviera, en la duermaveja de su sillón de loneta florida, y que si al menos se pasará para cambiarse y cenar, eso la tranquilizaría.

Del divorcio le habían quedado tres cosas innegociables, la casa porque ya no estaba en edad de empezar de nuevo, la custodia de su hijo que ya había cumplido los dieciocho y no le hacía mucho caso, y Ras, el perro labrador que se pasaba el día durmiendo. De los labradores decían que no valían de perros guardianes, y que si entraba un ladrón en la casa no estando ella, debía esperar que se acercara al caco moviendo el rabo para hacerse su amigo. Ya era un poco tarde para cambiar de perro o de trabajo, porque aunque no le gustaba el laboratorio, al menos le servía para pagar las deudas. Cómo investigadora era un desastre, y llevaba poco tiempo en su nuevo puesto, por eso se conformaba con ser la ayudante del doctor Yakamura. ¡Ese hombre sí que era un genio!, de eso estaba convencida.

Es posible que Ronna quisiera demostrar que ella podía algo más, de lo que había conseguido hasta ese momento. ¿Demostrar? Puede ser, a su hijo, a su familia, a sí misma. Tal vez no lo crean, pero estaba segura de que podía llegar a presidenta del laboratorio en el que trabajaba. No había sido difícil acceder al puesto de apoyo, sólo tuvo que presentar su currículum y hacer una entrevista con Yakamura. Le gustaría hacerlo por su autoestima, por sí misma y por nadie más, pero también necesitamos un poco de reconocimiento general, no sé si es una debilidad. Algunos de los candidatos al puesto, dijeron que tener buena figura y llevar la ropa ceñida, la había ayudado. Bueno, a sus cuarenta y nueve años se veía muy bien. Muchos pensaron que si quería hacer una carrera rápida, no estaba preparada para tanto. Después de un divorcio, tienes que hacer algo, no puedes quedarte en casa a mirar la vida pasar, ni aún en el caso de que tengas una posición acomodada y no te haga falta el dinero.

El miedo a la soledad e ir muriendo todos los días un poco, también juega en esta liga. Así que tuvo que ponerse en marcha, para algo había sacado su título. Era exactamente lo que quería hacer, a Berny no le iba a parecer mal y Ras por pasar unas horas solo en casa no se iba a morir. Igual le daba por ladrar y darle lata a los vecinos, pero eso era un riesgo que había que correr.

"La estampida" era una empresa nueva, las investigaciones iban desde buscar un remedio para la proliferación de los virus en garganta y estómago, hasta perfeccionar una crema para la

sequedad de la piel. No era un lugar muy grande, sólo Yakamura sabía de dónde venían los fondos y quienes eran sus patrocinadores, pero algo estaba muy claro, alguien había puesto mucho dinero en uno de aquellos proyectos, y todos tenían salarios altos, estaban contentos y no hacían preguntas.

Berny llegó a cenar acompañado de Simón, a pesar de haber asegurado que no iría.

Estaba amodorrada en el sillón. Se abrochó el pijama porque no llevaba sujetador y lo que se podía ver era más de lo conveniente para chicos de esa edad.

-¡Tu madre está imponente! -declaró Simón.

-¡Idiota! -respondió Berny.

En realidad, Ronna se veía con un joven apenas unos años mayor que los dos potrillos, pero los veía tan niños que no pudo enrojecer mientras componía su figura. Sacó una pizza del congelador y se la comieron con la habitual ansiedad propia de la edad.

Erlich acudiera enviado por un servicio veinticuatro horas de electricistas. Una noche de tormenta se había ido la luz, y desde entonces no había podido dejar de verlo. Sabía que estaba mal, que nadie lo aprobaría, pero algo tenía que hacer con su vida, aunque de una forma provisional.

Estaba preparada para empezar a olvidar sus errores, y el recuerdo recurrente del discurso de su suegro el día de su boda. La voz grave y autoritaria de aquel hombre, aún tantos años después, despertaba en ella los peores sentimientos hacia su familia política. ¿Qué culpa tenían ellos? Se reactivó la rebelión de la perdida impertinencia en los años de aburrimiento marital. En momentos así, podía creer firmemente en el divorcio y alegrarse de haber dado ese paso. Ni siquiera le importaba que para los hombres, también en eso fuera todo mucho más fácil, y ni siquiera se escondieran si salían con una chica a la que doblaban la edad, es más, la exhiben en lugares concurridos presumiendo de su hombría, capacidad y resistencia. Siempre había pensado que ella misma tenía que haber hecho aquel discurso sobre dos cuerpos que se entregan para construir... En fin, ese tipo de cosas que se suelen decir. Después de todo, siempre había sacado notas magníficas en lengua y literatura. Podría haber contado a los comensales todo lo que esperaba como mujer de un buen matrimonio, una casita en las afueras, viajes, vacaciones en el lago, tener su propio coche y trabajo, amigas con las que ir a cenar y contarse todos los cotilleos y que el nombre que había elegido para su hijo era Berny, porque no iba a tener más que un hijo. Y así fue, de todos sus sueños, el único que se había cumplido. Si al menos pudiera dar el discurso de todas sus frustraciones el día de su divorcio, eso compensaría, aquella vieja voz grave retumbando el día de su boda.

Tendría que haberse levantado antes de firmar y contar lo mal que le había ido, y que les hubiesen dado por saco si les molestaba, hasta que firmara no les quedaba otra que escucharla. Entonces firmó y apareció aquella chica que podría ser su hija para besar a su ex y salir con él cogidos de la mano

Berny y Simón se fueron a bailar, le avisó de que tuviera cuidado de dónde la metía, no quería un embarazo de adolescentes. Se lo decía mucho, y parecía que a base de repetírselo, él lo había entendido.

El lunes llegó temprano al laboratorio. Los que los lunes llegan temprano al trabajo y con ganas de llenarse de actividad, sin duda pasan un fin de semana tan aburrido y largo como el que le acababa de tocar.

Yakamura ya estaba allí, tan elegante y perfumado como siempre. Para su edad lucía unos pectorales de gimnasio bajo la camisa que ella quisiera para sí, pero tener poco pecho nunca le había tratado éxito con los hombres, otra cosa era, que hubiese tenido que rechazar a muchos tan bien parecidos como su jefe.

El se acercó y le dijo que cada día la encontraba un poco más guapa. No sé dejó intimidar por la seguridad que mostraba, y cuando sentó su enorme culo de macho cabrío sobre su mesa arrugando los informes del último experimento, entendió que estaba a punto de decirle algo apropiado.

-Verás Ronna tengo que pedirte algo uno sé cómo hacerlo. Por supuesto eres muy libre de decir simplemente, no. O si lo deseas argumentar una de esas excusas que escucho con frecuencia sobre las responsabilidades y que debe atender a su hijo y hacer que su casa funcione -estaba bien pensado, pero dar un rodeo así no facilitaba las cosas-. Verá, tengo que salir de viaje para Tailandia a recoger un virus muy comprometedor y peligroso. Necesito que alguien me acompañe, y sería estupendo que esa persona fueras tú, ¿Puedo tutearte?

La respuesta fue sí, inmediata y sin contemplaciones. Al fin algo la iba a sacar de su languidez, y cuando supo que iba a cobrar un extra por dietas y que por ese concepto podía cobrar, casi tanto por una semana haciendo turismo, como lo que cobraba por un mes de trabajo, todo le pareció aún mucho más conveniente.

Cuando volvió a casa, descubrió que Simón se había quedado a dormir en el sillón y que los dos chicos seguían durmiendo. Preparó espagueti y comieron juntos. Simón llamó a sus padres para decirles dónde estaba, ellos creían que dormía la mona en su habitación. Durante la comida, Simón no dejaba de ver fijamente a Ronna. Un rato la miraba al escote, después al rostro -ni que decir tiene que era una mujer hermosa, nariz pequeña y boca bien dibujada-, y en un alarde de valentía la miraba fijamente a los ojos. A ella le hacía gracia aquella situación y le tocó la cabeza moviendo el pelo para que la ayudara a llevar la loza al fregadero y la ayudara a lavar los platos. Simón nunca había lavado unos platos más felizmente. Estaba encantado secando los platos, tan cerca de la madre de su amigo, que se rozaban sus brazos. Berny los miraba incómodo y en cuanto pudo se lo llevó con idea de pasear encima de la comida y ayudar a hacer la digestión, los dos eran muy delgados, pero como excusa para alejarlo de Ronna está tan buena como otra cualquiera.

-Tengo que decirte que no me gusta tu actitud. Deja de mirar a mi madre. El divorcio no la convierte en una pieza de caza. Por lealtad a nuestra amistad, deberías dejar de hacer eso, lo que sea que pienses que puedes hacer-. Intentaba poner un poco de orden en aquella cabecita sin extremos, todavía los dos afectados por la resaca.

-Por lealtad a nuestra amistad te digo que tienes alucinaciones. No pienso nada malo, es sólo que es la mujer más hermosa que he conocido y no tengo autoridad en mi corazón. Bueno, tal vez me estoy enamorando, me hace sentir confuso y torpe. ¿No te pasa con las mujeres mayores?

-No, y te lo repito, deja de hacer eso o me voy a cabrear.

De alguna manera se las arregló Simón para conocer el signo del zodiaco de Ronna, posiblemente preguntando distraídamente su fecha de nacimiento.

-¿Ves? No hay tanta diferencia de edad Tauro, ahora entiendo que cuando vengo a tu casa siempre salgo con la tripa llena. Me encantan las mujeres Tauro.

Los días posteriores, Simón ya no vio a Ronna porque ella le estaba dando una oportunidad a Yakamura. Iba a comer con él, se subía encantada a su descapotable deportivo y se sentía a gusto a su lado. Era uno de esos hombres que siempre, en todas las ocasiones, huelen bien.

En una de las salidas de Ronna con Yakamura, el joven amante al que casi no veía se la cruzó en la cola de un cine. La saludó con una sonrisa, pero ella apenas le respondió. Hay cruces de enamorados furtivos que es como si no existieran, apenas dos desconocidos arrogantes, expertos en simulaciones inesperadas. En realidad hacía tanto que no se veían que no sabían si seguía habiendo algo íntimo entre ellos. Erlich se puso un poco triste, pero tenía algunas amigas con las que podía entretenerse.

Ya ni lo recordaba, pero en su último encuentro él había dicho algo prohibido. Eso que nunca debes decir a una mujer alrededor de los cincuenta, y eso había sido, “Si te hubiese conocido cuando tenías dieciocho...”

Lo peor fue llegar esa noche a casa y encontrar a Berny “de morros”. El chico no hablaba, ni siquiera respondió cuando lo saludó. Estaba en el sillón tomando un bocadillo de atún y viendo Seinfeld. ¿Qué pasa con la juventud, que pueden tener un enorme cabreo, y a la vez ver una serie de humor sin moverse un milímetro?

-¿Qué te pasa ahora? -preguntó Ronna.

-No me gusta el juego que te traes con Simón.

-¿Qué pasa con Simón? No seas celoso. Nunca competiría con mi hijo por uno de sus novios.

-No me quieras confundir, soy hetero.

Berny se fue a la cama y dejó medio bocadillo en el plato sobre la mesa de la cocina. Se lo comería si le daba hambre a media noche, por eso no era buena idea meterlo en la nevera.

Algunas chicas del laboratorio parecían incómodas con su viaje, le recordaron que la última de ellas que había ido con Yakamura a Tailandia nunca había vuelto. Parecía una tontería, pero algunas se lo tomaban muy en serio. No se iba a dejar intimidar. Pensaba que era como siempre había sido, cuando se movía un poco en busca de una posición mejor, alguna de sus amigas se encargaba de desanimarla con algún comentario fuera de lugar. Sin duda, lo de ser la niña bonita de Yakamura, era ir un paso más allá.

El último día antes de la partida, fue muy malo. Parecía existir un pacto de silencio implícito entre las compañeras para ponérselo todo un poco más difícil.

Ahí estaba, a su edad lidiando con un divorcio en un momento que ya no era ni sombra de lo que había sido, intentando hacer algo útil con su vida, y teniendo a pesar de todo, que seguir luchando con los peores consejos y las rivalidades. Pero la vida siempre trata de esto, ¿no es así?

A su edad ya no iba a enamorarse, pero estaba muy cómoda con Yakamura. Cuando bajaron del avión él le puso la mano en la espalda y la bajó ligeramente como una caricia protuberante. Al llegar al hotel descubrió que el científico había reservado una habitación para los dos con una enorme cama. Parece que no se trataba de guardar las apariencias y que no era la primera vez que Yakamura se veía en tales tratos de trabajo mezclados con asuntos privados. Al ver la familiaridad con la que lo trataban en el hotel, se sintió ligeramente menospreciada. ¡Joder, si hasta lo conocían por su nombre! Supuso que el recepcionista le haría algún comentario del estilo, “tiene usted muy buen gusto señor Yakamura, siempre se lo digo”. Tal vez estaba ayudando a crear la leyenda del Playboy, y eso no estaba pagado, pero era un poco tarde para

volverse atrás. De cualquier modo tenía que ponerse al día, después de un matrimonio largo había perdido el hábito físico de darse placer y lo tenía todo un poco deshabitado ahí abajo. Ni Erlich con su ímpetu juvenil había conseguido frenar esa forma de pensar.

La mayoría de la gente piensa, que si reprocha a otros se pone en un plano superior, y se inventan reproches, lo que les importa es ir de exigentes superiores por la vida. Les gusta que les tengan miedo y creen que eso los hace superiores o algo parecido. Van de serios y distantes. ¡¡Idiotas!! ¡Trepas! Gente tóxica que le gusta decir a otros como tienen que vivir. Yo a estos los podía poner en un modelo de ultraderecha pero por desgracia no son los únicos, el exmarido de Ronna era uno de esos tipos insoportables. Yakamura era dulce, educado, elegante, tenía un trato exquisito, tenía todo lo necesario para ser un fake, y Ronna no sabía cuánto. Erlich era un chico despreocupado, irresponsable y charlatán, también le gustaba estar con él, no podía ser de otra manera, le daba lo que necesitaba sin esperar nada a cambio, sin embargo la diferencia de edad era tan grande que sabía que había entrado en punto muerto, probablemente en un callejón sin salida.

Desde muy joven, había pensado que iba a hacer un buen matrimonio, si es así como se dice. Entonces ya pensaba que su novio de siempre, le iba a dar todo lo necesario porque ella se iba a encargar de hacerlo triunfar diciéndole dónde fallaba y lo que tenía que hacer para mejorar. Era como conducir a un hijo en el colegio, controlando que hiciera sus tareas, exigiendo que se centrara y controlando sus amistades. También pensaba en aquel tiempo que ella era la mejor mujer a la que él podía aspirar, si conseguía engancharla y convencerla para que se casara con él. Ronna se tenía por inteligente y ardiente, las dos cosas que un hombre puede valorar en una mujer, y a pesar de todo ello, cuando habían conseguido una posición y habían criado a un hijo a punto de acabar el bachillerato con notas excelentes, cuando el esfuerzo descomunal de conseguir lo más difícil ya se había hecho, sintieron la necesidad -en eso también estuvieron de acuerdo-, de separarse. No voy a decir que se trataba de dar rienda suelta a su naturaleza salvaje, pero sí, que debieron sentir la llamada de la selva de un perro medio lobo, en busca de una mina de oro.

No todas las chicas de su clase tenían el mismo aguante, a fin de cuentas, nadie podía haberle asegurado que con otro de aquellos chicos llenos de granos con los que se había relacionado, habría tenido más suerte



El tiempo se desmayó y nadie se dió ni cuenta

También podría decir que Yakamura se había aprovechado de ella, pero eso no sería del todo cierto, al menos en lo que al sexo se refiere. Pasaron la última noche copulando hasta sudar. Por la mañana ella despertó aturdida y le pareció que había sido drogada, ¿Cómo saberlo? Yakamura le dijo que se apoyara en él y lo cogió del brazo. Subieron al avión sin más problemas, y un poco antes de aterrizar ella se dió cuenta de que había cogido la gripe, o eso creyó. Él la llevó directamente al laboratorio con la excusa de hacerle pruebas y cuidarla.

-¿Dónde vas a estar mejor? Nadie te puede cuidar como yo.

-Sí, claro -respondió en su humilde inocencia.

No quería ser una carga cuando el servicio de urgencias estaba dos calles más abajo. Él le hablaba con dulzura y no la dejaba moverse, estaba claro que actuaba con absoluta profesionalidad, por consiguiente no le resultó difícil descubrir que había descubierto algún virus en los análisis. Estaba como pez en el agua, hasta podría decir que se encontraba feliz actuando de aquella manera. Más aún, Ronna hubiera jurado que cuánto más se acercaba al resultado de sus pesquisas, más escotado parecía.

Ronna no estaba descargando, sin embargo, era obvio que no podía pensar con claridad, lo que se podía atribuir a la fiebre. Esa noche, Yakamura se quedó a dormir a su lado en un sillón, pero cometió el error de tomar un sombrero y en cuanto pudo, Ronna huyó sin hacer ruido y sin mirar atrás.

Al día siguiente se encontraba mejor. No tenía fiebre, se sentía descansada y hambrienta. Se levantó, se dió una ducha y notó que tenía un leve sarpullido, pero no le dió importancia. Se dió sus cremas, se masajeó, e intentó ponerse guapa con maquillaje y crema hidratante. Tenía ojeras, había adelgazado, sus manos temblaban, todo eso no lo podía negar, resultaba evidente. Se puso unas medias muy sexys, escogió aquellas que más le gustaban. Debía tener en cuenta que pese al renovado intento de estar bien, se exigía mucho, y relacionó que el desaforado y liberado deseo sexual que sentía, podía deberse a la vacuna que Yakamura decía haber probado con ella. Lo relacionó todo, el viaje, como la sedujo y la sensación de haber sido drogada, ¿era posible que el científico la hubiese probado como cobaya, portando el virus en su cuerpo y sometiéndola a experimentos y pruebas? Y lo que empezaba a ser algo más que una suposición, ¿Lo había hecho con otras chicas?

A los ojos de sus compañeras no era más que una oportunista dijera de cascos, a todas les exigían tener los informes de sus experimentos, deshacerse de los animales muertos, dar de baja servicios caros y pocos prácticos y llevar cuenta de vacunas y drogas que se utilizaban, con fechas y sujetos, por último reunirse en la oficina con Yakamura con frecuencia para interpretar sus informes y responder a sus dudas. ¿Cuántas de aquellas chicas habían ido a Tailandia y no habían vuelto? Tal vez estaba alucinando. Eran chicas con contratos cortos, cualquier día se cruzaría con una por la calle y sus dudas desaparecerían. Lo único

verdaderamente cierto era que no quería volver a trabajar al laboratorio, que tenía una calentura sexual fuera de lo corriente y que si llamaba a Erlich, aún podría decirle cuánto lo amaba y recuperar el tiempo perdido.

Desayunó con Berny, que le soltó una irónica puñalada al señalar que esperaba que hubiese aprovechado su viaje y se hubiese desahogado porque Simón no dejaba de preguntarle por ella. Por lo visto intentaba que su amigo se olvidará de ella y no podía volver a invitarlo a su casa, se estaba convirtiendo en un obseso de madres maduras divorciadas, y la rehabilitación pasaba por fiestas con jovencitas y resacas interminables. Debemos suponer que este tipo de problemas son más habituales entre los jóvenes, de lo que la sociedad bien pensante está dispuesta a reconocer.

Por su parte, sólo le dijo a su hijo, que no tenía ningún interés en crear calentura en Simón, pero que debido a eso no se iba a vestir como una monja cada vez que pareciera por casa.

Cómo se sucedieron los acontecimientos después de escapar de las garras de Yakamura y la desaforada actividad que desarrolló desde ese momento, dejaba claro que el virus era imprevisible. Berny estaba leyendo un cómic del increíble e inconmensurable Hulk. Empezaba a sospechar que el virus que la dominaba no era un virus corriente, no quería pensar que si se enfadada le haría crecer los brazos y las piernas, incluso los pechos y la cabeza, y desencadenar un furia violenta difícil de controlar.

Cómo venía siendo habitual en la vida del joven, esa noche tenía otra fiesta, y le preguntó dónde. Salió de casa buscando actividad, no podía dejar de andar. En un parque con máquinas de ejercicio, se descalzó e hizo todo tipo de gimnasia. Hacer muscle-up en una barra era lo que siempre había deseado, un desafío, pero nunca había pasado de tres subidas; hizo veinte y paró porque temía hacerse daño en las articulaciones

Durante ese tiempo no se percató de que tres chicos se acercaban y se paraban a verla en silencio. ¿Qué clase de gente atrevida se adentra en la soledad de los parques de la gran ciudad de noche? No tardaron más de uno minutos en comenzar sus burlas, sus risas y las proposiciones más obscenas. Enrojeció de furia. A todas luces no iban a intimidarla. Se dirigió a los chicos, les hizo frente, estuvo a un palmo de sus caras, y debieron de pensar que era una loca capaz de cualquier cosa, porque sintieron miedo, los tres aceptaron que estaban en peligro y se acabó la fiesta. Dieron un paso atrás y se llegaron poco a poco, cuando tomaron un poco de distancia la insultaron y salieron corriendo. Si hubiese corrido detrás de ellos, sin duda les hubiese dado alcance, bajo el efecto del bicho en la sangre se creía capaz de eso y mucho más. Los escuchó gritar, " loca" y cosas peores que no deseo repetir. En condiciones normales habría disfrutado de lo que acababa de suceder. Se sentía fuerte, capaz, optimista. Desde luego si lo que el doctor Yakamura en su maldad, buscaba el soldado invencible el asesino definitivo, estaba a punto de encontrarlo. Le habría complacido que aquellos chicos hubiesen pasado tanto miedo que aquella noche tuvieran pesadillas. Los insultos eran lo de menos, pero así es como reaccionaron en su cobardía.

Fue esa misma noche, después de bañarse en la playa de la ciudad y vestirse aún con la piel húmeda, que se fue corriendo a la fiesta en la que estaría Bernie. No lo vio inmediatamente, bebió sin límite, cantó las canciones con su nueva ronquera y bailó de forma acrobática. No podía parar. Era el centro de atención, los chicos le dieron espacio para que pudiera dar saltos y giros imposibles. Todos se acercaban a ver el espectáculo, también Bernie. No la reconoció inmediatamente, pero cuando lo hizo se sintió avergonzado. Se acercó a su madre, intentó

pararla, la abrazó, retuvo sus brazos, y pudo llevársela de allí porque ella estaba encantada de acompañar a Bernie, aunque escuchando la reprimenda del hijo hacia la madre.

Simón estaba besándose con su reciente novia y no se enteró de nada, suele suceder. Dicen que los perros cuando comen pierden oído, a los humanos jóvenes, en su momento más pasional, les pasa lo mismo cuando besa, pierden fuerza en el resto de sus capacidades. ¿No les parece gracioso, o como mínimo curioso? Igual exagero, pero en su nueva condición de supermujer, el sexo con Ronna podía tener riesgos difíciles de medir.

Toda aquella actividad no redujo el deseo. Tal vez había corrido, nadando y bailado, intentando reducir el impulso que la conducía a llamar a Erlich y al final lo hizo.

La civilización nos hace fríos y distantes. Los asesinos fascistas consideran que matar en favor del orden es propio de las sociedades avanzadas. Las clases populares sienten un amor natural por los suyos difícil de igualar. Sufren, lloran a los muertos como si se les estuviera rompiendo el alma, aman y demuestran sus emociones con desgarró, sin vergüenza. Cuánto más naturales somos, más nos identificamos con el mundo animal, a pesar de sus crueldades. Los fascistas matan como un virus, con la elegancia de la civilización más insensible. En este punto no puedo dejar de preguntarme, ¿Qué es la civilización?

Ras no ladró, el silencio empezaba a ser su yo pasado más odiado. No sabía si eso también podía atribuir lo a la enfermedad y la necesidad de loca agitación que le provocaba. En cuanto habló con Erlich y le dijo que podía ir a “dormir”, echó de menos no sólo los ladridos sino la presencia habitual del animal. Dejó el teléfono y dió una vuelta por la casa. Lo encontró en el baño sobre su propio vómito. No estaba muerto pero parecía incapaz de moverse. Frotándole la cabeza se compadeció de su mala suerte, ser perro no era lo mejor del mundo, pero había caído en una casa que lo quería. Lo tapó y lo dejó descansar. En ese momento no relacionó su estado con el virus, creyó que había comido algo que le había sentado mal. Claro que ella había estado más de dos días bajo la amenaza para la salud, algo nuevo e imprevisible. No supo relacionar que Yakamura le había administrado algún medicamento o vacuna fruto de sus investigaciones. Que ella no hubiese caído como Ras no era motivo para pensar que el perro no estuviera contagiado.

La posibilidad de que cayera en un estado parecido, sumida en lo peor de la fiebre, era muy real. En el caso de que los síntomas se agravaran empezaría a tomarse en serio su estado. Era su estado lo que la hacía creerse inmortal, capaz, fuerte, dispuesta, ¿cómo iba a ser lo mismo? La tranquilizaría saber que si realmente existía un virus, una posibilidad de contagio, y en tal caso, también un antídoto, todo eran dudas y cuestión de esperar, sobre todo si estaba bajo el influjo de un cerebro tan estresado.

Era una novedad que Ronna pusiera a disposición de Erlich su casa, ¡Su propia cama! Para su reencuentro. La extraña inestabilidad que le provocaba la situación, tal vez la enfermedad, le hacía olvidar los innumerables desencuentros de los dos, y que se había ido a Tailandia con otro hombre, como castigo definitivo. La superioridad que había mantenido en su relación, chocaba con sus necesidades. Aunque llevaban tiempo intentando demostrar que el otro se equivocaba, estaba dispuesta, esta vez, a portarse como un corderito por conseguir lo que quería, vaciarlo por completo.

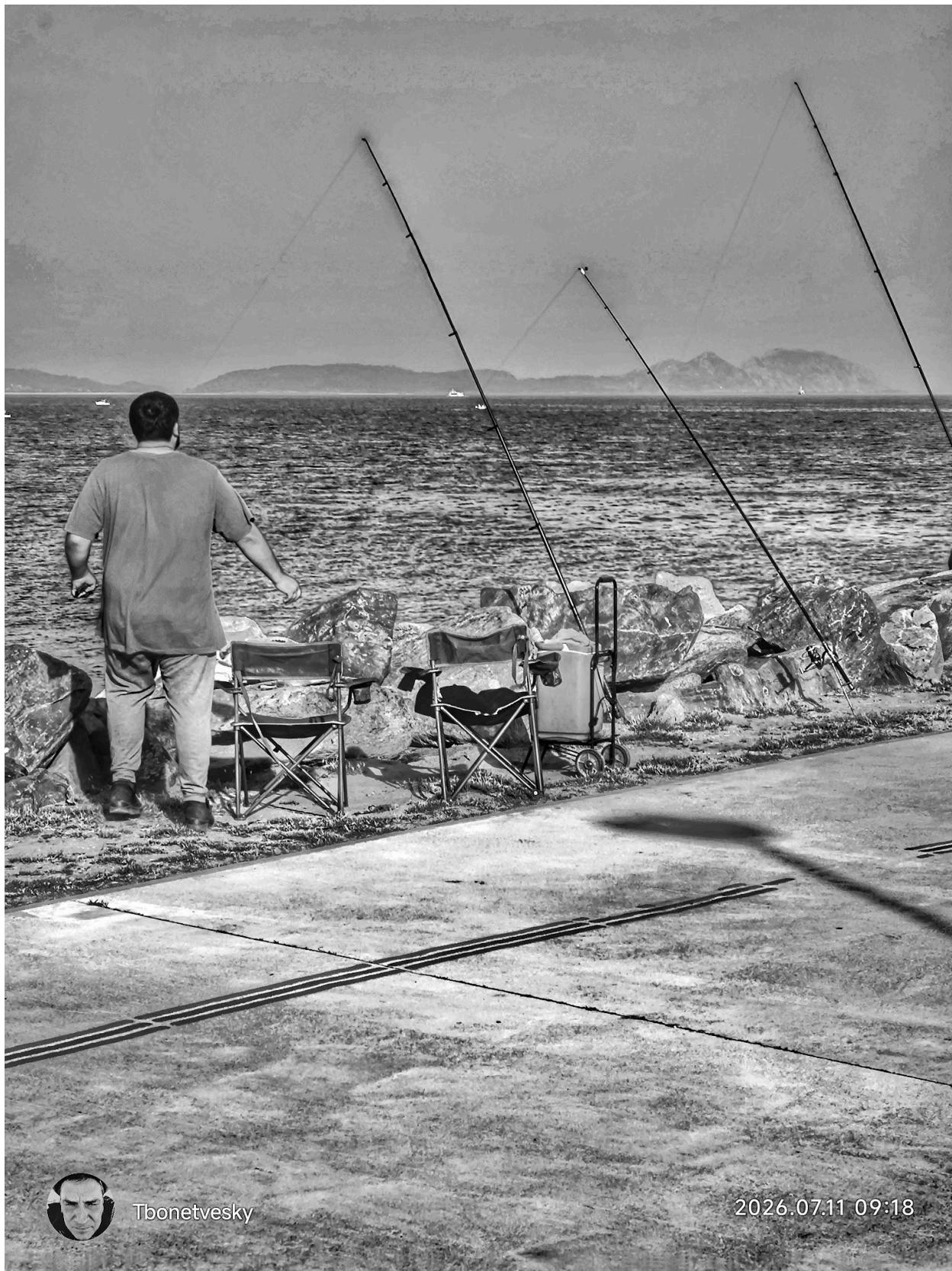
Apenas le dió tiempo a ponerse cómodo, en un momento volvían estar cuerpo contra cuerpo, nada había cambiado, se engañaba. Todo lo que habían significado el uno para el otro y había muerto, parecía que resistía, como una hoja verde que de pronto surge de un árbol seco.

Cuando Erlich se fijó en su espalda se separó de un salto y dió un grito. El sarpullido de Ronna se había convertido en una cantidad muy evidente de llagas, pústulas y supuraciones. A pesar de haber puesto una lamparita diminuta con un pañuelo rojo por encima, Erlich lo tuvo claro, nadie tiene tantas heridas abiertas y se comporta como si no fuera nada.

Ella se empeñó en que no era nada, él se ofreció a llevarla al médico, y no quiso. “¡No es nada, no es nada! ¿Es tan difícil de entender? ¡Déjeme! Si no me deseas no hace falta que te vuelvas tan remilgado.

Y ese fue el fin. Las segundas partes nunca salen bien en el amor. Erlich se puso los gallumbos, y el pantalón, cogió la camisa y los zapatos en la mano, y salió como si lo persiguiera el diablo.

Ronna recordó que su ex le echaba en cara hacer el amor por compromiso, como quien da una limosna, “si lo haces que sea porque te apetece, no por hacerme un favor” le repetía muy enfadado. Con esa perspectiva no era extraño que hubiesen acabado rompiendo. Al menos, tal y como se sentía esa noche, Erlich no podía decir que lo había llamado por hacerle un favor, se le notaba que le ardía la entrepierna como a algunas mujeres muy ansiosas les pasa.



Tbonetvesky

2026.07.11 09:18

El universo marca los tiempos

La obsesión de Ronna de haber sido drogada, haber conducido un extraño virus, y haber sido utilizada por Yakamura, se diluían en cuanto iba sintiéndose mejor, las horas pasaban sin piedad y sentía frío.

Ella le contó los aspectos menos tórridos de su viaje a Berny. “Cogí un virus, pero no pudo conmigo, yo fui más fuerte”, Ronna lo repitió varias veces en días consecutivos, en el curso de su recuperación. Sin que lo pudiese haber previsto Yakamura llamó por teléfono y habló con Berny. Quería saber si Ronna se encontraba mejor.

-Estas fiebres son raras, desconocidas y caprichosas. Cómo no volvió al trabajo, quería saber. No quiero molestar -Yakamura podía ser un conquistador sin corazón pero se interesaba sinceramente por ella, casi lo podemos decir así.

-No me agradas viejo. Deja en paz a mi madre -podemos suponer la conversación no duró. Berny estaba muy enfadado, sobre todo porque su madre se negaba a ir al médico. La necesidad de moverse, de actividad y gastar energía, dio paso a la desgana y cayó en cana sin ánimo para comer. Desde la huida de Erlich (y desde que empezó a asumir que era una tonta por haberse fiado de Yakamura), interpretaba ese último mes como si no hubiese existido, porque descubrir los motivos que la habían llevado a comportarse sin ser lo precavida que solía, la tenía muy desorientada. Podemos admitir que era aficionada a lo fantástico, pero que algún desconocido influjo la había llevado a dejar de ser ella, lo creía firmemente

Cerca de la casa de Ronna había un pequeño parque en el que las jóvenes pasaban la noche del sábado, porque no tenían dinero para pagar la entrada de un Pub, y comprar un par de botellas para mezclar con cola, resultaba mucho más barato. Berny no quería dejar sola a su madre mucho rato, así que quedó en el parque con Simón y hablaron. No llevaba la idea desde el principio de contarle del viaje de Yakamura.

El jefe de Ronna se volvió muy insistente. Habían pasado tres días desde la fuga del laboratorio y no había vuelto a trabajar. Se encontraba mejor y como el teléfono no paraba de sonar, por fin lo cogió, era él.

Estaba muy romántico después de todo lo sucedido.

Le dijo que era algo muy extraño lo que le pasaba, pero nunca se había sentido tan emocionado con una mujer. Que estaba preocupado y que había ido a llevarle unos analgésicos, pero un jovencito no lo había dejado pasar. Al parecer, cuánto había de romántico en él, se había exacerbado hasta un punto difícil de soportar y deseaba volver a verla. Se expresaba como si lo sucedido le fuera ajeno. ¿Cómo saberlo? Sonaba tan natural que Ronna dudó de haber sido drogada y utilizada. Ese era el punto que le causaba tanta confusión, no saber qué era realidad, y qué había sido el resultado de su imaginación y de la fiebre.

Continuó diciéndole que del mismo modo que cuando los europeos van a África sólo deben beber agua embotellada, y que si los centro europeos vienen a España deben evitar las

comidas aceitosas, en Tailandia, su afección era tratada como una gripe común. Eso era terrible, no podía creer ni una sólo de sus palabras. ¡Menudo embaucador! No obstante le dijo que podía pasar con las medicinas y que su hijo las recogería en la puerta. Así lo hizo y la medicación fue muy efectiva, al día siguiente se encontraba perfectamente, como si nada nunca hubiese sucedido.

Estás cosas le pasaban por tratar con hombres que eran capaces de encantar a una serpiente, embaucadores, tramposos, sibilinos. Rsa

No he, de nuevo las dudas, la llevaron a intentar darle un nuevo significado a aquellas palabras. Parecía pretender una trascendencia de lo iniciado, llegar a algo más, o sólo Dios podía saber lo que se proponía esta vez. Yakamura, en aquella conversación telefónica, también le pidió que volviera al trabajo y le dijo que las otras chicas preguntaban por ella. Ya no sonaba tan repetitivo y superficial, si es que eso quería decir algo. ¿Tendría esa capacidad de simular nueva entrega y renovados sentimientos? Bah, ya no importaba, no iba a darle tanto crédito nuevamente

Ras apareció muerto por la mañana, al día siguiente de su charla. Pensó que no había andado muy rápida y le faltaran los reflejos, porque si le hubiese dado una de aquellas pastillas que a ella le habían ayudado, igual Ras seguiría con vida. Sólo era una suposición, pero la duda era muy incómoda.

Yakamura no actuaba como un delincuente, ni siquiera como un espía al servicio de una potencia extranjera en busca de un arma biológica letal. Ronna debería de ir pensando en dejar de leer libros de intriga política y militar. Era una tonta por eso, pero también por haber imaginado a Yakamura como un supercerebro, y si era así, el que se había pasado la vida estudiando y leyendo biografías de hombres y mujeres famosas, para algún día llegar a entender lo que había en la cabeza de la gente, y ahora, llegar a esa edad en que no soportaba a nadie, defraudado con la humanidad, asumía lo inútil de su empresa. Al pensarlo así se había ido a Tailandia con el gran hombre, y había vuelto con el científico mezquino que sólo quería sexo, droga y la música barroca de Bach y Wagner. ¿Quién defrauda a quien, el científico aislado de las corrientes mundanas, o el hombre viejo buscando desesperadamente cubrir sus necesidades?

Haber pasado por semejante situación hacía pensar a Ronna en acudir a la opinión de un profesional, los psicólogos están de moda en Argentina desde los ochenta. Ronna volvía una y otra vez a su virus, su sexualidad desatendida, Yakamura y el viaje a Tailandia.

Pasó concienzuda revista a sus recuerdos y sus motivos. Como había ido perdiendo confianza en aquel hombre elegante, como se le había caído la admiración por capas. Yakamura estaba ante sus ojos cómo una cebolla desnuda, ¿De qué le servía ahora que le dijera que no podía vivir sin ella? Pasaba las noches en vela intentando conciliar sus propios errores con la mala fé ajena. Yakamura, el gran hombre, era un egocéntrico, un seductor, un viejo al fin obstinadamente convencido de que en el mundo había ciudadanos de primera y que el resto eran prescindibles. No tenía pruebas para reconocer a un racista clasista, es lo más fácil del mundo.

Por su parte, ella era una divorciada incapaz de cubrir sus carencias sentimentales por el amor de su hijo -al que por cierto, cada vez veía menos-. Una mujer en busca de la estabilidad que sólo el amor ofrece.

Tanto por la curiosidad femenina -debemos reconocer que existe-, como por la inquietud de su naturaleza (de vuelta después de la frenética actividad febril del virus), llevaba dos noches sin dormir más de cuatro horas seguidas, intentando descubrir de qué manera, su vida y su futuro se habían visto afectadas por un calentón de una semana de vacaciones, porque en verdad, desde el principio, se lo había planteado como unas vacaciones sexuales. Cansada de las opiniones de sus amigas, familiares y médicos, decidió no compartirlo con nadie, y tomar sus propias decisiones. Estaba perdiendo aceleradamente, la respetabilidad de años de aburrido matrimonio, justo en el momento en que debería pensar en su imagen deteriorada, porque había empezado a sentir que todos querían que asumiera su fracaso

Por mucho que pudiera asombrarle la abundante carga de responsabilidad y madurez adquirida en algo más de una semana, y por mucho que reconociera que había empezado a conocerse a sí misma como nunca antes, eso no quería decir que tuviera de ido darle puerta a Yakamura, de hecho, el lunes siguiente empezó a trabajar como si cualquier cosa. La nueva situación paró la transformación de Berny, que se quedó con la gana de ponerle las cosas claritas al jefe de su madre. Visto desnudo, u obviando las arrugas prominentes de mentón, ojos y frente, el cuerpo de Yakamura, a pesar de su edad, era atlético. Lo imaginaba a diario en el gimnasio y comiendo proteína como si no hubiera un mañana. No parecía tener más de cincuenta, la piel estaba sana y se conservaba en buena forma, eso lo sabía ella de primera mano. Seguramente tenía un semen de primera calidad, pero no iba a someterlo a un análisis en el laboratorio para comprobarlo, además, ella ya no iba a tener más hijos. La pregunta que se hacía Ronna y que seguramente iba a condicionar su decisión en el momento en que él se decidiera a volver sobre su conversación inacabada, y la invitar a cenar sería, ¿estoy mejor y más tranquila sin hombres en mi vida? Y si la respuesta era que probablemente sí, pero no podía vivir sin ternura y atenciones, entonces llegaba la segunda parte, ¿Se podía permitir aspirar a algo mejor? No era la primera mujer madura que aspiraba a vivir con un chico veinte años más joven, sino la primera mujer madura que aspiraba a seguir sintiendo aquel vértigo mientras durará. Ni Erlich, ni Yakamura parecían suficientes, y Simón había quedado la noche del sábado para cenar en casa de su amigo. La halagaba con sus miraditas. ¿Qué tipo de cosas le gustaba cenar a los chicos? ¿Italiana, china, mexicana? Algo se le ocurriría. Si se ponía unos chichos y una minifalda, tal vez accedieran a que los acompañara a bailar, Barny estaba curado de espantos y quería que su madre fuera feliz. Cualquier cosa antes de que le metiera a Yakamura en casa. Una cosa tenía clara, si una mujer se arregla con libertad, es difícil calcularle la edad.

FINAL DEL RELATO



La promesa de la mujer sin nombre

A Lambert le costaba creer, a pesar de todo lo que había oído contar, que a la vuelta de su inolvidable estancia en el ejército, le iba a costar tanto encontrar un trabajo, una ciudad no cambiaba tanto en unos años. Nunca lo hubiese imaginado, ni habría podido conceder crédito a un viejo borracho contando historias de crisis y de hambre. Hacía tiempo que contaban que los robots le quitarían el trabajo a los humanos, pero nadie se lo tomaba realmente en serio. Si a él, lo que realmente le importaba era tener la posibilidad de conseguir estabilidad para tener algo que ofrecerle a Lily, no era extraño que se riera de aquel viejo y sus historias de vuelta a casa. Nadie toma en serio una conversación por el estilo en un vagón de tren de tercera, con un hombre que se quedaba dormido en cuanto dejaba de hablar un minuto. No hay mucho más que decir al respecto, Lambert tenía sus propias convicciones y una de ellas era no escuchar a los alarmistas y a los creadores de escenarios apocalípticos. Siempre hay alguien dispuesto a sacar partido de meter miedo a la gente, pero con él nunca había funcionado, esa clase de tipos se distinguen al kilómetro.

En el compartimento de al lado, en mitad de la noche empezó una buena trifulca. Los gritos violentos de una mujer, amenazaban a un hombre con cortarle el cuello volvía a acercarse a ella. También le pedía que le devolviera un pañuelo que él dijo haber encontrado tirado en el asiento. Así lo hizo, pero ella seguía gritando acusándola de haberla tocado mientras dormía. A Lambert no se le ocurrió otra cosa que asomarse a mirar y asistir al drama casi por completo. Algunas parejas organizan estos espectáculos para distraer al personal mientras un tercero les abre las maletas y los desvalijan. A pesar de tenerlo en cuenta, El soldado decidió intervenir y le dijo a la chica que se pasara a su departamento si iba a estar tranquila. Se fío de ella y no tuvo motivo de queja en lo que quedaba de viaje.

-Intentaré dormir un poco, con tú permiso -la chica soltó un gruñido frente al aviso-. Podemos ser amigos, pero los amigos se dejan dormir, ¿De acuerdo?

-El primero que me ponga la mano encima le rompo la ingle. ¿No tendrás un pitillo? -pidió con tono bastante más suave-. No sé qué hice con mi paquete. Ese tipo debió echarle la mano.

-Tener las manos ligeras puede ser de ayuda para jugar a cartas. Tú ya debes saberlo -le Dios un pitillo Mslbiro y le ofreció la llama de su mechero Clipper, todo un lujo de plástico.

-No presumo de ser la más honrada del tren, pero si me la hacen, me la pagan.

Lambert se dio media vuelta, metió la nariz debajo de la cremallera de su abrigo e intentó dormir. Me llamó Lambert, intenta dormir, no por el bien de todos.

-Yo me llamó Lucinda. No suelo dar las gracias. Pero vale, estuviste oportuno. Te debo una.

Puede que la amistad entre absolutos desconocidos, dos personas que se conocen son referencias y sin que nadie los presente en un momento de coincidencia, no constituya un acontecimiento convincente al principio, la mayoría no prosperan. Los encuentros fortuitos en hostias adyacentes, no se construyen de la forma habitual, no crecen juntos, no tuvieron

infancias paralelas, no ha venido sucediendo con normalidad. Este tipo de encuentros, suelen suceder como un choque. Como esa vez que un tipo sale con prisa de una cafetería, y tropieza con la chica más hermosa que jamás había conocido. Ella iba cargada de cuadernos, libros y papeles y todo sale volando. Le puedes pasar a cualquiera, pero sólo en casos muy concretos terminará en romance. Y no, la pareja que tenemos entre manos no terminará en romance, pero no porque ella, tan joven y diminuta no lo hubiese deseado desde el primer momento. Tal vez por eso lo invitó a desayunar en la cafetería de la estación.

-Te lo debo, si no hubieras intervenido, ese tipo habría acabado en el hospital y yo ante un juez -estaba claro que nadie jugaba con Lucinda y le gustaba dejarlo claro desde el principio.

Nuevos tiempos, otros lugares, mejores conocidos y amigos, otra situación. ¿Por qué no? Todo el mundo tiene derecho a mejorar, aunque sólo sea un poco, los grandes sueños no iban con Lucinda, ven eso también tenía los pies en el suelo. Bueno, la mayoría de la gente solía soñar por encima de sus posibilidades, ¡pobres tontos! Si el mundo necesitaba una representación de una chica de la calle, sin dinero ni arraigo, pero que no se dejaba enredar con falsas promesas de prosperidad, esa era ella. Ni siquiera era de esos que decían que la única forma de hacer cambiar las cosas y acabar con la pobreza, era quitarle el poder a los ricos. Vive y deja vivir, se decía y sobrevivía. Hasta ahora lo había hecho, aunque esto último no era tan cierto, en más de una ocasión le rompió la crisma a algún presumido que la había humillado con sus desprecios, suele pasar hasta que les enseñan los dientes. Después del desayuno le dijo a Lambert que lleva su misma dirección y caminaron juntos hasta el mediodía.

Esta vez fue Lambert el que entró en una tienda y salió con queso, pan y cerveza. Se hicieron unos bocadillos.

-No, si eres menor tal vez no puedes tomar cerveza.

-¡Quita de ahí! Tengo veinte años, pero parezco más joven. No soy una niña -llevaba una navaja de llavero y abrió las dos botellas con pericia-. ¿Vuelves a casa?

-En realidad no. Estoy buscando a mi ex, me consiguieron su dirección, ha cambiado de casa con frecuencia.

-¿Estás divorciado?

-No nos iba muy bien. En aquel momento era lo mejor, pero he ahorrado algo de dinero. Me gustaría volver a verla.

-Mal asunto. Las segundas partes nunca fueron buenas. Mis padres volvieron tres veces y las tres veces acabaron peleándose. No me gusta contarlo, pero me llevé algún palo por estar en el medio -su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro.

-No sé qué le pasa a la gente, todos quieren resolver sus problemas a golpes.

Lucinda sacó unas toallitas húmedas y se las pasó por los sobacos. Él se le quedó mirando sin dejar de sonreír. Le hacía gracia la naturalidad con la que lo resolvía todo.

-Tu ex seguramente se duchaba todos los días, pero muy pocas tienen un trasero tan duro como este -dijo dándose un golpe con fuerza en el glúteo a mano abierta. No sonó como una palmada, más bien como cuando un marinero sediento golpea el mostrador de una taberna para pedir más vino. ¿Quieres tocarlo? Está muy duro. ¡Toca!

-¡Déjate de coñas! No quiero meterme en líos.

-¿Qué líos? Joder, sólo te digo si quieres tocar, no te pido que te cases conmigo.

Lambert no quería hacerse una idea equivocada de su nueva amiga. Juzgar a la ligera era lo que hacían los mediocres, había conocido unos cuantos así. No debía ni quería, ella había sido

agradable y se interesaba por él. Las últimas horas del viaje habían sido las mejores, al menos, las más sorprendentes e inesperadas. Pero no era su niñera, no podía hacerse cargo.

¿Debería hacerse cargo de una chica sólo porque la había conocido en el tren? Además, él iba en busca de Lily, sabía que todo les había ido muy mal en el pasado, pero al menos, verla una vez más. Permitámonos imaginar el origen duro del que procede Lucinda, de lo difícil que fue su infancia, y que a pesar de ser tan joven, su corazón estaba sangrando pero ella no lo sabía.

A veces no hay tiempo para pensar, hay que tomar una decisión rápida y actuar por instinto. Ella lo abraza, se le colgaba del cuello y pretendía robarle un beso, entre risas y bromas. Lo iba a meter en líos, o veía venir. La escena del tren había sido más violenta de lo esperado. Ella llevaba una navaja, lo que no era poca cosa. Apenas loncobocía y se entregaba con vulgaridad, y lo peor de todo, no la creía cuando decía que era mayor de edad. Lucinda era una bomba a punto de estallar, y cuando eso pasara era mejor no estar cerca. Se quedaría preñada de un desconocido que la despreciara después de conseguir un rato de placer.

No le resultaba fácil, pero habló con claridad, su viaje terminaba allí. Le preguntó por dónde seguía y él tiró por otro camino, el que lo alejara lo más posible de ella. No importaba que no fuera su dirección, ya recuperaría el tiempo perdido.

Es muy jodido pensar con esa frialdad. Ojalá ella tuviese la habilidad de algunas chicas capaces de jugar con situaciones difíciles, con los hombres y sus necesidades, ojalá la realidad que él podía ver con tanta claridad fuera otra. Admitamos que lo tenía muy complicado. Pero no parecía estar dispuesta a reconocer que era un imán para los problemas, ni jamás aceptaría consejos.

Durante el tiempo que Lambert pasó en el ejército, no pudo dejar de pensar lo grave que podía ser volver a su ciudad convertido en un desconocido, llegó a obsesionarse con esa idea, porque, de verdad, era lo que más deseaba. No sé puede evitar la realidad exhibiendo algunos viejos recuerdos y diciendo a la gente, “esto no era así, ahí había una tienda, han tirado el viejo cine, recuerdo que en esta casa había un perro que me ladraba desde la ventana cuando pasaba por delante, también ha desaparecido”. A la gente le importa menos cómo era antes, que los planes urbanísticos para los próximos años.

Había una ventana llena de plantas muy cerca de su vieja casa, ahora dedicada a apartamentos turísticos. Eso sigue igual. La señora Daupine se dedica a cuidarlas, era amiga de su madre, y vivió de primera mano los problemas de salud que la fueron derrotando. Entre otras cosas ha sido profesora de literatura y hacía empanadas para colaborar el día de la reconquista, que es festividad local. Sólo podía tener buenos recuerdos de ella, y los geranios no huelen mucho, pero al pasar al lado de su ventana se dijo que no todo estaba perdido, que la gente se resistía a cambiar sus vidas por imposición tecnológica, urbanística, política o nuevas modas lo que él podía ver como un símbolo de viejas formas de vida, podía recordarlo claramente de momentos en los que se acicalaba y salía perfumado a buscar a Lily. Casi siempre lo pillaba al pasar y Daupine le decía con sarcasmo, “nadie necesita ponerse tan rumboso si no busca algo”, pero no se lo tenía en cuenta. ¿Sería que tenía un olfato tan eficiente que pudiera olerlo a cincuenta metros y le diera tiempo a salir a la ventana para verlo pasar?

No guardaba un mal recuerdo de ella, al contrario, y lo reconoció enseguida. Volvía de la compra con un par de bolsas y se paró a hablar con él. Él le dijo que volvía de un tiempo en el ejército, y ella que se acordaba mucho de sus padres. El marido de Daupine era gruista en el

puerto y había muerto de un desafortunado accidente. Si una carga avisa que va a caer, pero la salida que tienes para evitar el accidente es ocupada por un vehículo que pasa en ese preciso instante, lo único que puedes hacer es echar las manos a la cabeza y prepararte a recibir el impacto. Lo recogieron muerto, encogido, en posición fetal. Y Daupine ya lo había asumido, por eso se lo contó todo en un minuto sin hacer aspavientos ni pucheros. En la vida hay un momento para el amor, otro para construir algo sólido como una casa, la cultura personal, o una familia, y hay un momento para empezar a asumir que la muerte es lo más real que te va a pasar, que empiezas a ir viendo cómo se van tus mayores y el próximo serás tú, y eso no es negociable, no podrás hacer nada por evitarlo. Por todo esto, el reencuentro con su vecina tenía mucho más sentido que los cambios en aceras y rotondas, nuevos vecinos y un gran centro comercial justo encima del almacén de bebidas espirituosas (no quedó ni rastro de él), aquel reencuentro reducía el temor de sentirse un desconocido en el único lugar que reclama el romanticismo de un retorno. Con la idea de preguntarle por Lily, le ayudó a llevar la compra a su casa y aceptó comer algo y un café, debió de verle cara de cansado. Las viudas no todas son tan remilgadas cuando se les ofrece ayuda, además lo conocí desde niño. Lo que Lambert no esperaba era que le ofreciera una habitación por poco dinero, aquello era un chollo, le dijo que se lo iba a pensar, pero si tenía que convivir con desconocidos en un apartamento compartido, no iba a encontrar la paz que se respiraba allí.

Daupine no sabía nada del paradero de Lily, pero la recordaba perfectamente, “¿Aquella chica delgada que iba corriendo a todas partes? No sé nada de ella”, ese fue su comentario. Sí, así era, corriendo a todas partes, escapando no sé de qué. Lily la dramática, la nerviosa, la única chica a la que creía haberle importado alguna vez. ¿Hubiese podido hacer más para evitar la ruptura? No lo creía. No era tan grave, no se trataba de asumir la imagen equivocada, no daba el perfil del hombre fracasado, no llegaba a tanto. ¿Una viuda y un divorciado viviendo juntos? Sin tristezas, podía ser un arreglo aunque no permanente. La búsqueda sólo se tomaba su tiempo. El refrán, “el perro no cogería al conejo si no se detuviera a mear”, parecía indicado esta vez..



Tierra de sirenas

Hablar de mujeres en general, como si todas se parecieran, es un grave error, no hay dos iguales. Es un planteamiento muy simple y equivocado, para darle sentido a los desencuentros, y a Lambert le había pasado. Tampoco nos vale el modelo de la mujer que necesita seguridad si un día a de plantearse la maternidad, para describir la mujer responsable que un día se cansa de esperar y le da carpetazo al amor romántico de su juventud que había alimentado durante años, como quién alimenta una ilusión. De ninguna manera podía describir la ruptura con Lily como una exposición de argumentos, la clase razonada sobre sus motivos tendrían que esperar a otro momento, a él no necesitaba darle explicaciones. Nunca por hablar se entendió menos, se asumieron los motivos, ni se aceptaron las excusas, en menor medida que en una ruptura sentimental, así que, Lily había hecho bien en cerrarse en banda.

El último año había sido conflictivo, sin embargo, una enseñanza tan útil como otra cualquiera. Desde el punto de vista de Lambert, haber llegado a aquel punto, era como cuando después de hacer todas las comprobaciones, y el pasaje está a bordo, el barco inicia la maniobra de desatraque. En tal situación, el ejército no había sido tan mala idea.

Apenas podía dejar de sonreír frente a tanta amabilidad.

La obsesión por la búsqueda no iba a ceder por un alto en el camino.

Cuando la señora Daupine puso el café sobre la mesa, lo acompañó con galletas caseras, eso era casi un chantaje. Él no protestó cuando le pidió que las probará, olían muy rico y era lo que mejor le podía ayudar en aquel momento después de la caminata.

Entonces hicieron cuentas, y Lambert aseguró que buscaría trabajo lo antes posible. Aquellos años desgraciados, incluido el último año de matrimonio, nadie lo había tratado tan bien. Es posible que perteneciera a una raza extinta de románticos lunáticos, porque reconocerán conmigo, que después de todo lo pasado, su reacción era extraña. Aún diría más, ningún otro hombre actuaba de tal forma.

Daupine había tenido problemas de salud. Había tenido arritmias, subidas de azúcar y colesterol, todo lo relacionado con su exceso de peso, por eso llevaba una dieta sin grasa ni azúcares. Su casa era el único lugar donde se sentía segura, porque si iba a un café o salía al parque, terminaba por inflarse a bollos, pero la gente que tiene como norma huir de las enfermedades quedándose en casa y viven solas, tienen otros problemas derivados de esa forma de vida, la depresión, la actitud y el desconcierto. Todo se lo expuso a Lambert en la merienda, y él entendió que el trato era ventajoso porque a ella también le convenía. Y por todo lo expuesto las normas eran estrictas, había que comer lo que se ponía en el plato, no se admitían visitas y sobre Lily, ya le había dicho que no sabía nada de ella, pero podía ayudarle a encontrar aquella dirección en un papel arrugado. Así las cosas empezaban a cambiar para

ella, salir por la mañana a hacer la compra la relajaba, y tener la excusa de moverse sin pensar en la comida, podía ser también de ayuda.

Alguien vio a Lambert por el barrio y fue corriendo a contárselo a Lily, cuando Daupine llegó delante de la casa de su nuevo marido dijo, “bueno ahí la tienes, es la casa del viejo Reno. Hace años que tiene una gasolinera. No me mires así, es la dirección, no hay otro número igual”. Lambert se negaba a reaccionar, le parecía que estaba quedando como un idiota pero no iba a renunciar. Tragó saliva, se limpió la comida de los labios con la manga de la chaqueta. Algo dentro de él le hacía pensar que se estaba convirtiendo en alguien ridículo, al menos a los ojos del mundo. Si al menos le hubiera escrito para avisarle de que deseaba verla. Estaba concentrado en la necesidad de volver a ver su rostro y oír su voz, tal vez aún era amor, pero a poco que lo pensara, llegaría a la conclusión de que si ella se había vuelto a casar, era porque ya ni se acordaba de él. Ella no lo iba a entender, mucho menos seguirlo a su mundo de fantasía. Aunque fuera la muchacha más soñadora del mundo no lo haría, desde una casa como la que habitaba no se escuchaban las canciones de amor de la calle.

Llamó al timbre. Mientras se alejaba, Daupine se dio la vuelta y dijo, “hay sardinas para cenar, no llegues tarde o se enfriarán”.

Le abrió Reno, estaba esperando a un enfermero y lo confundió con él. Le dijo que era el ex marido de Lily y no pareció importarle. Era la hora de tomarse la tensión y extraer sangre para controlar el azúcar. Parecía tan cascado y lento razonando que lo de menos eran sus análisis.

-Ella no está en casa. Así que si primer marido. Bueno, todos tenemos un pasado.

-Si pudiera ayudarme... tengo algo que tratar con ella.

-Claro, no es un secreto, atiende la gasolinera. Ella y mi hija Catalina lo hacen. Aquí todo el mundo trabaja. ¿Necesita trabajo?

-No, no sé trata de eso.

Habría salido corriendo a la dichosa gasolinera, si no fuera porque todo era tan normal, incluso a los ojos de Reno que seguir pareciendo inofensivo dependía de no parecer tan necesitado del recuerdo de una vieja pasión.

¿Era Lily una mujer enamorada? Reno insistió en que si necesitaba trabajo hablara con él. Tal vez era la mejor forma de tenerlo controlado, si no fuera porque al viejo ya nada le importaba más que sobrevivir a sus achaques.

Por la falta de entusiasmo que demostró Lily al verlo, debería haberle quedado claro que ya nada la emocionaba, parecía seca por dentro, o eso, o la vida la hastiaba y el trabajo la cansaba hasta no reconocerlo. A aquella joven poniendo gasolina en jeans, y mirándolo con ojos verdes brillantes, ¿Se atrevería a decirle todo lo que tenía en la cabeza? Le había dado tantas vueltas a cómo sería aquel momento... ¿qué diría en su reencuentro? ¿Qué le respondería?

Y allí estaba, viéndola cobrar a un tipo con un Mazda descapotable, desde el otro lado de la calle. Era un coche pequeño, no consumía mucho, pero entonces llegó un Toyota enorme, eso era otro cantar, si llenaba el depósito iba a tener que tomárselo con calma. Parecía cansada, se pasó la mano por la frente y resopló. No era el mejor momento para aparecer, se acojonó y dio media vuelta.

De vuelta en casa de Daupine, hablaba de Lily y ella escuchaba con interés. De cómo la había visto, delgada y con evidentes señales de que aquellos últimos años habían sido duros para ella. Él parecía más animado, el discurso parecía fluido, pero en ocasiones se detenía y

miraba la ventana. Al igual que la mayoría de los viejos amantes, obsesionados por un recuerdo, tenía dudas y recaía en un estado de ánimo diferente, se comportaba de manera insegura, errática durante un minuto. Pero no, nada podía ser tan malo como le indicaban las dudas, tosía y volvía a animarse.

-Suelo recordarla en días de playa, volviendo del agua empapada y temblando hasta que la cubría con su toalla. Se quedaba un rato encogida entre mis brazos -no quería ser demasiado explícito, y no lo sería, si no fuera por la sonrisa y los ojos muy abiertos, lo que sin duda demostraba un interés desmesurado.

Algunos psicólogos creen que la obsesión por un amor perdido, que no cede con el paso del tiempo, puede derivar en distorsión de la conducta. Eso justificaría cada uno de sus pasos intentando introducirse en la nueva vida de Lily.

Daupine le daba la razón, "eres un crío", le dijo frotándole la cabeza para dejarlo despeinado y pensativo. Quería demostrar que aquella historia era el tipo de historia que a una mujer le gusta escuchar antes de ir a dormir y que la complacía saber que confiaba en ella hasta el punto de contarle cosas tan personales.

Catalina llamó a su madrastra para que se acercara a la tienda cafetería. Allí era donde se cobraba la gasolina después de repostar. Catalina solía colocarse detrás de la caja y también atendía el teléfono.

-Acaba de llamar mi padre. Tu ex fue por casa preguntando por tí.

-¿Qué quiere? No lo entiendo. Todo había quedado claro entre nosotros.

-¿A saber? ¿Tu aún lo amas? Nunca hablas de él.

-Yo no soy de esas chicas que se ríen de sus exparejas, eso es de gente fácil. Claro que lo quise, sino no hubiese estado aquellos años con él. No es mal tipo.

Era difícil de creer que Lambert hubiera vuelto. Convertir el recuerdo en una nueva realidad, escuchar su voz y compararla con la que aún tenía en la memoria, extraer viejas emociones y convertirlas en prescindibles, lleva su tiempo. Todo indicaba que tendría que enfrentar un reencuentro, ¿Que quería? No se trataba de un mal gesto para no verlo más, pero tal vez Catalina no lo entendiera si no lo hacía así, cortante y rápido. Lo que pensara Reno le daba bastante igual, nunca lo había amado, los matrimonios de conveniencia hacen crecer las distancias sin remedio hasta volverse desconocidos. No quería ser malinterpretada, era atenta con el viejo, pero a él, las buenas maneras tampoco le importaban tanto.

Unos días después se produjo el encuentro, ella volvía a la gran casa sola, Catalina se había quedado a hacer la caja, y él se acercó dos calles más abajo. Eran como dos viejos amigos que se han distanciado y se miran sin saber si no han cambiado tanto, para mantener los viejos niveles de confianza.

-Me gustaría hablar contigo.

-No esperaba volver a verte.

-Es importante para mí, creo que si hablamos se apagará está voz dentro , que me dice que volveré a cometer los mismos errores.

-Esta bien, no sé si hago lo correcto. Dame tu teléfono, yo te llamaré y quedamos cuando tenga algo de tiempo, lejos de aquí. No me escondo, intento evitar desconfianzas.

Ahora que ya no se sentía interrumpido por la búsqueda, podía pensar en cuál era el motivo de tanto desasosiego. Aquello era, sin lugar a dudas, una claridad a la que no estaba acostumbrado. La satisfacción no era completa, tal vez sí recobraba una parte de sí. Ya no era

un niño, el jovencito desasosegado por no tener todo el afecto que esperaba. De algo estaba seguro, era capaz de mantener el deseo a raya, y eso era un signo de madurez. Tal vez la denigrante disciplina que lo despreciaba e intentaba anular como persona había incluído, no era para sentirse orgulloso. Los hombres que son capaces de superar sus adicciones también parecen serenos, enteros, duros, incapaces de soñar, ¿sería eso lo que le estaba pasando y buscaba una oportunidad de mantener vivo el Lambert que había sido?

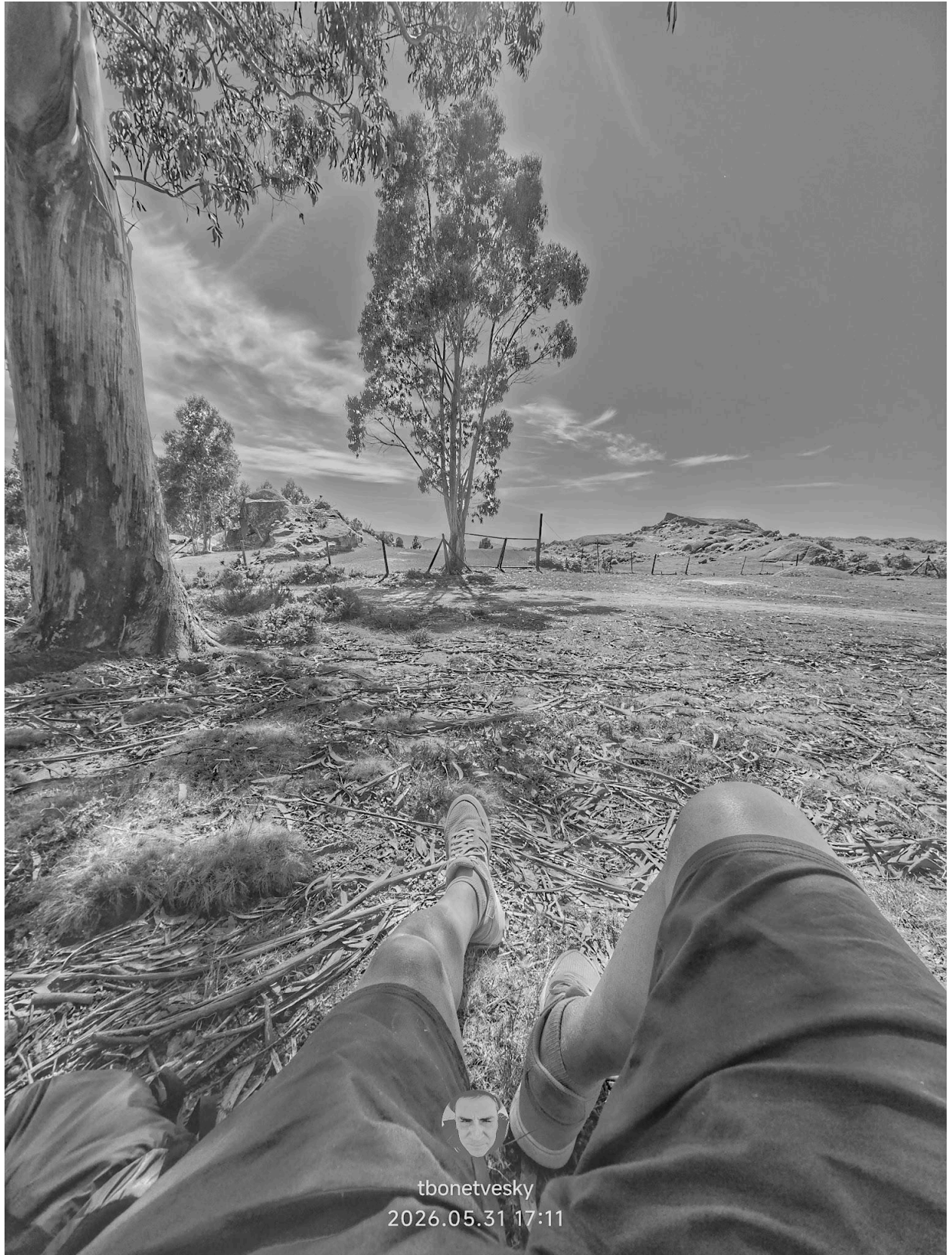
Al llegar a casa, Lily no comentó su encuentro, por supuesto. Reno tenía los pies metidos en un barreño con jabón y los calzones colgaban como si los hubiese estirado a posta.

-Vinobese chico preguntando por tí.

-Sí, ya me lo dijo Catalina. No tengo ni idea de lo que puede necesitar de mí.

Mientras miraba a Reno, trataba de imaginar una vida menos controlada y urinaria, pero cada uno tiene la vida que le toca, y en ocasiones, ni siquiera parece un cambio.

Cualquier respuesta carecía de sentido, si al menos pudiera disimular el tono de disculpa que siempre asomaba en ella. No se sentía obligada ni agradecida por aquel matrimonio de conveniencia, muchos matrimonios se sienten a la necesidad aún sin la diferencia de edad. Con Lambert había sido diferente. ¿Qué ingenua?



tbonetvesky
2026.05.31 17:11

Cuando te aborde una mujer de cera, y el mar aborde sonrisas y rosas.

Daupine tenía mucho tiempo libre y pocas cosas en las que entretenerse, al menos, pocas cosas a las que dar vueltas en la cabeza. Tal vez por eso, y ante la posibilidad de tener la casa ocupada y un poco más de calor humano, empezó a darle vueltas a cómo hacer para que Lambert se sintiera a gusto. La voz se volvió más tolerante y comprensiva. Prescindió de las exigencias del principio para simplemente suavizar las condiciones, el uso del cuarto baño o la posibilidad de sentarse juntos a la mesa para comer, parecían seguir siendo importantes para ella, pero al menos no le hacía rezar antes de cada comida. Su enorme sonrisa empezaba a surgir con más preeminencia sobre viejas preocupaciones, y uno de sus vestidos, Lambert lo hubiese jurado, parecía nuevo.

Pasaron unos días y Lily seguía sin llamar. Daupine observaba que él estaba preocupado e intentaba tranquilizarlo. Al menos no necesitaba acompañarlo de nuevo a aquella casa, y si al final quedaba con la chica en un lugar retirado tendría que buscarlo por sí mismo. En una ocasión le puso la mano sobre el hombro y él recibió su perfume como otra novedad, "no estés tan tenso, lo que tenga que ser será". Ese fue el momento en el que empezó a pensar que Daupine no tenía por qué renunciar al amor de ninguna manera. De hecho, siempre había tenido la certeza de que hasta que morimos, por muchos años que tengamos, aunque lleguemos a los cien, siempre estaremos sometidos a algún enamoramiento, que como cada nueva ilusión le dé sentido a la poca vida que nos quede. Sólo alguna gente fría y robótica, cruel y sin compasión, puede resistirse a sentir, hay pocos así, y al final también sucumben a sus necesidades y emociones. Lambert había conocido a un militar absolutamente frío y distante con todo el mundo, siempre había pensado que era uno de esos tipos a los que les aterra que alguien pudiera descubrir sus preferencias más íntimas. Bueno ojalá ese tipo hubiera encontrado su media naranja y pudiera entenderse sin dramas, porque el amor egoísta era el peor.

-Tal vez ella no te llame. Tienes que asumirlo como una posibilidad -Daupine intentaba ser realista. Él miró una foto sobre la repisa. Ella era muy joven.

-Ah, ¡qué foto! Cara de ángel -Lambert cambió de conversación.

-La juventud es lo que nos hace bellos a todos. Nos volvemos feos con los años, eso es indudable.

Con una extraña luz en los ojos y un brillo desolador que sólo se podía explicar por el brillo en un espejo de la tenue luz de la ventana, e incluso observándola así, sin una certeza absoluta, dijo algo que no debía.

-Pues a mí me parece que conservas toda la belleza de esa foto por muy joven que fueras. Eres una mujer muy hermosa.

-Ella no me parece buena para tí. Estás obsesionado.

-Ya lo sé. No quiero hablar de eso, deja de recordármelo -Él levantó la voz, retiró la silla de una forma seca y acelerada y se fue a la habitación. En ese momento, ella levantó la voz también, “no seas crío, la vida sigue y el mundo no va a dejar de dar vueltas por tu capricho, ¿qué crees que ella ha estado esperando por tí?

Se hizo el silencio durante unos minutos eternos. Entonces, Daupine abrió y se asomó. Estaba oscuro pero vio el reflejo de Lambert echado en la cama.

-Perdona que te haya gritado, las mujeres somos muy tontas, creemos que siempre tenemos razón. Se nos olvida lo fuerte que puede ser el amor y las locuras que provoca. Yo también fui joven y me enamoré. Sentí con mucha fuerza esa emoción. Incluso hice cosas de las hoy no me siento orgullosa. Pero tuve suerte, encontré a un hombre maravilloso y me casé con él, el hombre de mi vida. Lo demás no importa. Los jóvenes creen que la gente mayor se vuelve práctica y que relega ese volcán de sentimientos que nos desequilibra. No soy nadie para decirte lo que está bien, me pasé de la raya, disculpa.

Por extraño que parezca, Lily y Catalina dormían en la misma habitación. Eran como hermanas en camas gemelas y todo lo hacían juntas. El viejo Reno ya no estaba para muchas aventuras, y aunque se cuidaba y el médico lo asistía con frecuencia para ver cómo marchaba de sus achaques, ya no reclamaba a Lily sexualmente ni cosa parecida. Tal vez fue eso lo que llevó a su mujer a ocupar la cama vacía en la habitación de Cata. Así las cosas, el viejo asumía que tenía dos hijas y lo daba por bueno.

Tal vez, nunca debería haber cerrado la comunicación con Reno, tal y como había sido desde el principio, porque apenas hablaba con él y el viejo ya no era prolijo en regalos y atenciones como en otro tiempo. Tendría que haber asumido el afecto de Catalina y sus atenciones, sin relegar el de su marido. Por supuesto, y es bueno aclararlo, tampoco había nada físico entre ellas, si bien, Lily sospechó desde el principio que su hijastra la amaba en silencio. Hay gente que tiene un concepto de amor puro, de compartir, de vivir y soñar en compañía sin poner en juego el resto. Pasado ya un tiempo, era un poco tarde para poner en claro con Reno, por qué se había distanciado. Después del primer día de dormir en aquella habitación aludiendo la comodidad para Reno y su enfermedad y que a él no le pareciera mal, tras el impulso de trasladar todas sus cosas de una habitación a otra, estaba claro que ya no tenía mucha intención de volver. Los celos de Catalina cuando congeniaba con algún hombre en la gasolinera le hizo terminar de asumir que la chica sentía por ella, algo más, algo posesivo y no soportaba verla cerca de los hombres. Por muy inocente que fuera su sonrisa o sus respuestas a las lisonjas de viajeros y camioneros, no evitaba que Cata se pusiera nerviosa, y que saliera con violencia de la caseta supermercado, y a gritos organizara el patio de maniobras, “¡vamos, no se paren, salgan de en medio, conduzcan dejen sitio!”.

Para Lily la situación era cómoda. Le gustaba sentirse protegida. Ser la obsesión de otras personas se estaba convirtiendo en algo menos involuntario de lo que pudiera parecer.

Fue algún tiempo después de darle el teléfono a Lily para que lo llamara -demasiado tiempo, ya había perdido la fé en que ella le fuera a facilitar las cosas, por lo tanto se había puesto a buscar trabajo-, cuando vio a Lucinda pidiendo en la calle como si no tuviera otra cosa que hacer. Tenía heridas abiertas y otras con pastilla en la cara, es posible que de peleas, pero también puede ser que hubiera cogido alguna enfermedad, si había dormido apoyando la cara en el suelo. Estas cosas forman parte de las clases desfavorecidas que no pueden proteger a

sus hijos. Tenía una en la frente, un ojo hinchado, en la cara, y un labio sangrante, nada agradable de contar. Llevaba en la mano un trozo de una botella de plástico recortada para que pareciera un recipiente. Parecía haber tomado algo y no lo reconoció. Puso algo de dinero en la media botella y se alejó. Fue a un bar, tomó licor y se pasó la mano por la cara. Después fue al baño, se echó agua en los ojos y escupió. Algunos meses después leyó en un periodico que una chica con una descripción parecida había sido encontrada muerta en una de aquellas malas calles. Pensó que podía haber encontrado una droga que la liberaba por unos minutos de sus miserias, pasa a veces en gente joven que la obsesión por esas mierdas los acaba matando. Suben la dosis buscando el desahogo que le produce, el olvido, la paz que finalmente encuentran pero sólo cuando sus corazones dejan de latir. Escribir sobre estás cosas es como quitarle fotos a los moribundos, se muestra la realidad tal como es, quizás se busca una imagen documental, pero no deja de ser una mierda.

Lamento haberlo contado, pero no voy a volver atrás, es una mala idea, pero voy a seguir, el final de la historia está cerca y no suelo corregir las ideas como si fueran faltas de ortografía. Seguir, es lo único que podemos hacer, como en la vida, los errores admiten disculpas pero eso tampoco es garantía de reparación ni para un rey.

Debería haber sido más claro, eran jóvenes, pero si entonces le hubiese hablado con franqueza Lily le hubiese contestado con más claridad y los recuerdos hubiesen sido menos recurrentes. Deberían haber hablado con claridad de los impedimentos económicos y la decisión de no tener hijos.

En la séptima compañía había un tipo empeñado en corregirlo delante de todos, cada vez que abría la boca, aquel soldado se afanaba por dejarlo como un idiota. Aquello tampoco acabó bien. Otra solución irreflexiva sin ningún significado positivo, otro recuerdo recurrente en la bolsa de lo que nos viene a la cabeza un minuto antes de dormir. El aplazamiento del sueño, eso sí que era un asco. ¿Quién no tuvo un accidente de automóvil, o se detuvo para ayudar en otro con resultado variable? Había pasado al lado de uno de esos, despacio, mientras el guardia movía su mano, él no podía dejar de ver el cuerpo mutilado sobre la calzada. Pensaba que su encuentro con Lily podía tranquilizarlo. Entendía perfectamente a los veteranos de vuelta de una zona en rabioso conflicto. Las escenas que la mente es incapaz de procesar allí sucedían con frecuencia, volvían a la vida civil y ya nada era lo mismo. Pidieron voluntarios, se cobraba bien, eso hubiese sido más de lo que podía soportar. Agradecía las atenciones y la disposición de Daupine por comprenderlo. Se pasaba la noche con la luz de la mesita encendida. Era una mente curiosa y quería saber, pero ni por un momento se le pasó por la cabeza, compartir con ella que su cabeza funcionaba con reproches en forma de estúpidos recuerdos que no podía controlar. Surgían de la nada, lo entretenía, lo desvelaba y se iban prometiendo volver cuando menos lo esperara.

No podía ser cierto, como parecía, que la otra gente sólo temiera no poder pagar sus facturas, perder sus trabajos, su casa o su familia. ¿No habían cometido errores que los perseguían? Le costaba creer que Lily hubiese querido tener un hijo, y que si se lo planteara le fuera a responder que sí. Tengamos una familia, una casa de algodón dulce y una vida chocolatada. Si el plan hacía aguas por todas partes, la obsesión lo estaba matando. No podemos caer en el error de considerar a Lambert un tío desequilibrado. En la vida todo se reduce a probar y corregir. Decir, elegir y corregir. Había detestado a los que tenían varias

opciones en mente, una segunda oportunidad, pero él no era así. No había una segunda opción. No lo iba a llamar, la vida debía continuar.



Se rinde al mar desde una rosa

Hay episodios repetidos en la vida, a edades muy diferentes y en circunstancias que no se parecen en nada, por eso cuando Serry Leviñe empezó a fumar de nuevo a los cincuenta, sabía que no lo necesitaba psicológicamente, como le había sucedido a los veinte. Su médico telefoneó a su madre -vivir a los cincuenta con tu madre le da derecho a saber estas cosas e inmiscuirse en tu vida, eso siempre fue así-, le dijo a la señora Fontana que el tabaco produce cáncer de pulmón, que estaba científicamente probado, y que si Serry no tenía la capacidad de cuidarse, en conciencia como médico debía hacer aquella llamada. La madre de Serry tenía otras enfermedades y era una mujer muy exigente, pero le daba exactamente igual que su hijo fumara, de hecho, ella lo había animado a volver a fumar porque se estaba poniendo muy gordo y eso lo contenía. Así pues, cuando colgó, se tomó dos somníferos y se echó a dormir hasta la noche.

Para Conny, su novia, era obvio que no estaba en casa, cuando pasaba tarde y empezaba a oscurecer porque las luces estaban apagadas. Además no se oía a Bruno ladrar, que en cuanto la oía no paraba hasta que la tenía cerca. Bruno era un Pincher de al menos doce años, más inflado que su dueño porque a Serry le gustaba echarle comida por debajo de la mesa, eso facilitaba que pudieran comer sin ser molestados, pero ni que decir tiene que la carne en salsa le producía unos gases tremendos al pobre animal. A Conny aquel perro le resultaba insoportable, porque Serry no se separaba de él, y aunque procuraba no decírselo, su novio ya lo había notado. Serry la miraba maliciosamente cuando ella apartaba al perro arrastrándolo con una pierna y por dios que eso tenía peligro, pero hasta el momento se había salvado de un mordisco, supongo que era una chica con suerte.

Fue así como esa tarde, Conny supuso que Serry se había acercado al chiringuito de la playa para tomar unos chinchos y unos pimientos con sus amigos, lo que para él, era como tomar pipas de girasol, simple entretenimiento.

Arturo y Pechi eran unos gamberros, seguramente Serry no era mejor que ellos, pero como había conseguido que una chica lo hubiese podido soportar durante casi un año, eso mejoraba ampliamente su imagen.

Serry intentó encajar en su imaginación todo lo que podía y le iba a pasar, cuando vio a Conny acercarse a la playa. Estaba rodeado de sus dos amigos y tres inglesitas en bikini. Se levantó e hizo como que hablaba con él camarero pero ya de nada servía disimular. Conny echaba fuego por los ojos. Pasó al lado de él y lo ignoró, se desnudó quedando en bragas, y se espantó en la arena a tomar el sol. Serry miró al cielo y al momento se cubrió los ojos con la mano. Los pechos de Conny cayeron como dos tablas, pero tenía los pezones abultados y eso despertaba la curiosidad de Arturo y Pechi a los que alguien debería poner un babero. Frente a tal situación, las chicas inglesas se alejaron sin despedirse. Desde el primer desplazamiento de Serry, hasta que Conny estuvo sobre la arena, los movimientos de los dos amigos no fueron

muy dignos, disimularon, se rascaban, abrían la boca, y elegían un lugar mejor para la observación. El sol caía con fuerza y Conny era de piel muy blanca. Ahora con marcas y surcos por gomas y un relieve de la ropa interior, se puso la blusa sobre la cara e hizo como que todo le daba igual. Era su momento, la venganza, estaba disfrutando. Bruno ladraba, era inevitable.

-Me parece que vas a pasar un tiempo a pan y agua -le dijo Pechi.

-¡Quitare esa estúpida sonrisa de la cara! Esto no tiene ni poca gracia.

El mostrador era de aluminio desmontable, por eso sonó exageradamente violento cuando Serry apoyó la cerveza de un golpe. Era inútil prolongar aquella situación, tendría que buscar otro momento para hablar con ella. Tiró de la correa de Bruno y se alejó cabizbajo.

En esos días, el país vecino, se encontraba sumido en una fiebre nacionalista que los acusaba de invadirlos por medio de inmigrantes, ¿se lo pueden creer? Había movimiento de tanques en la frontera y actos terroristas que Serry consideraba como males menores porque tenían poca repercusión. Los trozos de la información que iban soltando en prensa y radio iban dando forma a la invasión en una categoría secreta no muy creíble. Los detalles tenían al novio de su madre muy atemorizado porque era un hombre que pasaba de los setenta y había vivido una guerra. Ese día dijeron en la televisión que estaban desapareciendo ministros y que el presidente estaba custodiado en un lugar desconocido, pero nadie sabía si las desapariciones se debían a las tensiones fronterizas, o al restos del sistema dictatorial que los había sometido durante años y no terminaba de caer. Ese día, Serry ya no sabía si creer las últimas noticias, había esperado al informativo de media noche y no podía dormir. Esto era muy raro en él, no en su madre que tenía episodios de insomnio y se levantaba sonámbula para andar por toda la casa. Serry estaba deseando que formalizase su relación con Gerard, el pretendiente jardinero, así el hombre tendría más libertad para atenderla y cuidarla sin que pareciera raro.

Ni Serry ni la señora Fontana, su madre, podían recordar a qué hora se habían dormido esa noche, pero se levantaron a la vez y desayunaron juntos.

Todo estaba confuso, la memoria le jugaba a veces malas pasadas, la realidad se disputaba su presencia, con una pesadilla que apenas recordaba. Se preparó para ir a trabajar y hasta se puso desodorante en los sobacos. Después, se despidió de Bruno y le dijo a su madre que no olvidará darle la pastilla para la circulación, decían que no era muy efectiva, pero le gustaba pensar que desde que la tomaba había dejado de pedir comida todo el día.

En la tienda de smartphones había una novedad que podía cargarse a la mitad de la plantilla, se había roto el contrato de colaboración con el servidor y los teléfonos desde ese momento se vendían a palo seco, sin el ventajoso contrato de alta que siempre habían prometido. Así las cosas no era extraño que la tienda estuviera vacía. “¡Por Dios Leviñe, adelgace! Esto es un trabajo cara al público”, solo su jefe le llamaba Leviñe, y desde hacía un tiempo, Conny, cuando se enfadaba.

Nadie podía abandonar la tienda hasta que consiguieran cubrir un cupo mínimo de propinas, nadie podía salir a merendar ni volver a casa, y se quedarían media hora a ordenar el almacén cada vez que eso sucediera. ¿Quién habría puesto esa norma? Se trataba de castigar a los perjudicados. Nadie lo sabía, la norma era antigua y los trabajadores recientes y rotaban con frecuencia. No insistió en preguntar de la política reciente, era un tema desacertado. Sus compañeros agradecían, que al menos no pusiera una emisora de informativos, lo que era equivalente a un rockero que gustaba poner a todo volumen una emisora escandalosa, otros podían poner pop y música melódica pero no de la forma en la que los dos proscritos lo hacían.

La radio en el trabajo, ese tema delicado. Así las cosas, el mostrador dónde sonaba la radio estaba vetado para Serry y para el rockero, según todos, los dos empleados más provocadores de cada mes.

En un minuto bajó el gerente y dijo que debía prescindir de dos empleados porque de ello dependía mantener los puestos del resto -siempre dicen lo mismo cuando no están dispuestos a bajar sus ganancias-, y que casualidad los dos prescindibles eran Serry y el rockero Smith Mente Simple. A continuación dijo algo que dejó a Serry bastante confundido, la culpa era de él por no ver los informativos, "No me está permitido hablar de esto, pero ya todos saben que no vivimos un momento normal, y no sabemos cuánto puede durar".

¿Acaso hablaba de su falta de pericia para contratar otro servidor, o era algo político, como empezaba a suponer Serry?

No protestó, firmó su finiquito, cogió el dinero y se fue a casa.

Su madre y Gerard estaban semidesnudos en el sillón en actitud cariñosa.

-¿Qué hacéis, es que queréis terminar de arruinarme el día?

Se fue a su habitación y Fontana subió detrás, entró de repente y se sentó a su lado en la cama con el ímpetu de un interno el día de visita. Bruno entró detrás y se sentó sobre la alfombra observando la escena. Estaba contento de tener al líder en casa, pero el verdadero motivo de su interés era hacerse el gracioso por si le caía una galletita. Los perros son muy gregarios, se dejan dar mimos y acariciar por todos, pero sólo uno de los miembros de la familia es el líder y a él se debe. Serry era el suyo.

-¿Cómo vienes tan pronto sin avisar? El pobre Gerardo está muy avergonzado -soltó Fontana su reproche.

-Pues siento haber arruinado el plan de ver pelis verdes por la mañana, pero no quería deambular por la calle como un fracasado. ¡Me han despedido! Eso es todo -fue muy sarcástico, pero a ella le daba igual la parte romántica, pero sentía que se hubiera quedado sin trabajo, la crisis lo arruinaba todo. Por fortuna, él no estaba casado y no tenía hijos, y a Bruno le vendría bien ponerse a dieta una temporada, de hecho le vendría bien a todos.

Fontana ya le había comentado lo del hombre de gabardina y sombrero hurgando en la basura. Podía tratarse de un loco, o por necesidad, pero demasiado bien vestido para buscar comida. Había sido Gerard el que sospechó primero de que podía tratarse de un detective privado o de un policía. Seguía en la sala viendo la tele, pero Fontana no dejó de manifestar su inquietud. Serry añadió:

-Bueno, los de la tienda a veces quieren asegurar los despidos, pero conmigo no les hacía falta, ya me hacía falta un descanso de tantas altas pretensiones. Todo el mundo quiere llegar muy alto y sólo los que están dispuestos a vender a sus compañeros lo consiguen y algunos, la mayoría, ni así. No creo que sea un detective.

Serry sacó a Bruno a hacer sus necesidades. Dió una vuelta a la casa, y allí estaba el tipo de negro, entre la farola y los cubos de basura.

Se paró intentando intimidarlo. Lo miró dejando claro que lo había descubierto, porque nadie pasa desapercibido de una forma tan burda, pero iba con ello. Intentaba avergonzarlo o esperaba que se retirara, después de todo, si su trabajo exigía discreción la había cagado. Pero no, nadie juega así con ese tipo de gente. Era la policía política, se le acercó, le mostró su carnet y le pidió que lo acompañará para tomarle declaración sobre el incremento de células juveniles de izquierda en el barrio. Serry lo empujó y salió corriendo. Aún le dió tiempo a verlo

caer y golpearse contra la farola, iba a tener un enorme chichón durante algunos días. El pobre Bruno no podía con el rabo, así que lo subió en brazos y siguió en dirección a la casa de los padres de Conny. No sabía por qué, pero a su madre le caía bien, y siempre le hacía un bocadillo de queso chicloso que él devoraba con fruición.

-Yo sólo soy un vendedor de teléfonos, no sé lo que quieren -le dijo a Margarita sentado mientras ella ordenaba los platos. Conny había salido a comprar tabaco y estaba a punto de volver.

La vida real es muy diferente de lo que nos sucede cuando entregamos nuestro tiempo en cubrir obligaciones, en pagar facturas, en cumplir durante años con compromisos laborales, las rutinas no nos permiten ver lo que pasa alrededor. Ese era el contexto que apenas unas horas después de haberse convertido en un desempleado, empezaba a sospechar como real. Todo lo importante no se deja ver. La dictadura había dado paso a las elecciones pero muchas cosas no habían cambiado tanto. Era como si algún general le hubiese dicho al presidente, "como te muevas mucho vas a salir borroso".

Había algo que le debía preocupar pero aún no había caído en ello, y ese podría ser el motivo que llevaba a la policía a interesarse por él, su última amante había sido una destacada dirigente de la célula local del partido comunista.

El amor nunca le dejaba elegir, necesitaba claridad, era incapaz de saber si una mujer se interesaba por él o sólo hacía como que sentía curiosidad por lástima de un feo gordito. En ese mismo instante la madre de Conny exhibía un escote bienintencionado, supuso que al estar en casa no guardaba las reglas de decoro propias que seguía al salir a hacer recados, o al ir a las rebajas. Esto unido al trasero enorme, ceñido a la bata mandil, le impedía comer y respirar con libertad, evitaba mirar, pero forzaba la posición natural de los ojos, y de prolongarse esa situación mucho rato, podía terminar con un ojo bizco de forma irreversible.

Era una situación muy diferente a nada imaginado. En ese momento Conny volvió a casa y se sentó a su lado. Todo lo que tenía de rabiosa y la hacía reaccionar con la espontaneidad de la playa, lo tenía de buena gente. Olvidaba con facilidad, no era rencorosa -olvidar con facilidad tiene doble filo, cuidado con eso, porque también te pueden mandar al carajo sin sentir nada- y lo mejor de todo, era leal y firme en sus convicciones. Lo besó, dejó su silla y se sentó sobre sus rodillas. A esto me refiero, ya se le había pasado el enfado, es más, parecía no recordar absolutamente nada de la escenita que había montado delante de sus amigos.

Había chicas que si no ibas por dónde ellas querían se hacían las indignadas, él había tenido una novia así, lo había encontrado hablando con una compañera del trabajo y eso le había servido para justificar una ruptura, se dió el piro y no volvió a verla más. Fue como si desapareciera de la faz de la tierra. La compañera en cuestión era una novata, apenas la conocía y sólo hablaban de que cambiar precios se había convertido en el último entretenimiento del gerente, por lo tanto no era una conversación comprometida, romántica, ni nada parecido. Imaginaba a aquella antigua novia cantando feliz en la ducha, por haberse quitado de encima de una vez a aquel pesado que llevaba su perro a todas partes. En eso tenía que darle la razón, si pasaban cosas que no entendía y no le decían claramente el qué, podía convertirse en la persona más pesada del mundo.

Pero quizá había resentimiento entre su recuerdo, y si era así ya no tenía objeto, sentada sobre sus piernas tenía a Conny, y ya se le había pasado el enfado, la otra chica era historia. La falda se había levantado levemente, y notaba el calor de los glúteos, rojos por el sol del día

anterior sobre la arena. Serry tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar ignorar semejante situación. ¿Era posible que no se diera cuenta de que su conducta lo ponía como una olla a presión? ¿Lo haría a propósito?

Salieron a caminar y él aprovechó para contarle lo de su despido, no era para echar cohetes, pero tener un novio que trabajaba en una tienda de teléfonos no era precisamente lo que necesitaba una chica, y mucho menos cuando el novio es un madurito al que se le empieza a tatuar la L de loser en la frente. Después le contó lo de Gerard el comunista, la policía dando vueltas sin rumbo, y su desencuentro con uno de ellos.

-¿Tú no tuviste una amante revolucionaria o algo parecido? Pues a lo peor te buscan a tí y no a Gerard, pero no te preocupes, yo estoy aquí, te puedes quedar en casa. Te esconderemos hasta que se calmen las aguas -Conny era una chica admirable, pensaba que no la merecía y ella actuaba con tanta naturalidad que a su lado se sentía seguro.

-Todo el mundo está empezando a pensar que vivimos en una democracia bajo vigilancia militar. Una seudodemocracia. Nada ha cambiado tanto desde la muerte del dictador y siguen metiendo a gente en la cárcel, arbitrariamente. Los jueces, la policía, los funcionarios, las instituciones no han cambiado. Creo que vivimos un intento de democracia con palos en las ruedas.

-Horrible.



Piel de camándula

Recordaba que en el colegio, en los peores años de los fusilamientos franquistas, repartían rosarios en el colegio para que rezarán mucho. Era una orden, y las órdenes había que cumplirlas. ¿Por qué se había vuelto tan descreído? El fascismo parece un chiste hasta que te enteras de los primeros asesinatos, y algunos de esos hombres horribles, hacen bromas y se ríen de la crueldad que muestran.

Se acercaron cautelosamente, Bruno se cansó de ladrarle a Conny y parecía simpatizar con las precauciones y la voz en un susurro de su amo. Si en vez de ser un perro fuera un hombre se reiría y diría, ¿oigan que divertido y clandestino es todo esto, no creen?

Ya no era sólo un hombre de negro, ahora había tres. Necesitaban prudencia, más precaución y susurros.

-Esta bien, Arturo y Pechi viven aquí al lado, hablemos con ellos.

-¡Otras Serry! ¿Es que no eres capaz de hacer nada por tí mismo?

-Esto no es una broma, las desapariciones son reales -estaban realmente preocupados.

Sabía que a Conny no le caían bien sus amigos, pero en un momento así no podía hacer otra cosa.

Una chica, tal vez la novia de Pechi, abrió la puerta. Llevaban un tiempo viéndose, ya era hora de que se pasará por su casa. Serry le pidió que le dijera que estaban allí. No hizo falta, oyeron la voz de Pechi desde el salón, "¡Pasar de una vez y cerrar la puerta!".

No tardó mucho en contarle a sus amigos el lío en que estaba metido, incluido el despido y la falta de ideas para solucionarlo. Fue totalmente sincero, estaba cagado de miedo. Le pusieron un cuenco a Bruno con leche y galletas y se lo ventiló en un minuto. No era muy buena idea, la leche se descomponía, pero Serry no podía pensar con claridad. Pensaron en pedir ayuda a otros chicos del instituto. Serry no podía creerlo, el tiempo apremiaba, aquellos tres tipos podían entrar en su casa en cualquier momento.

-Oye chicos, si no queréis ayudarme dejen de dar excusas. No tengo los nervios para juegos.

-No es eso Serry, esto es serio y hay que pensarlo bien.

Serry recordaba los ojos hinchados y las costillas rotas de Pechi por pelearse con un tipo más grande que él, de eso hacía un tiempo. Si no le hubiese ayudado hubiese terminado muy mal. Creyó que no era de buen gusto pasárselo por las narices y restregárselo bien.

-Si las cosas fuesen al revés, quizás tú vendrías a pedir ayuda. ¿Sabes qué? Es lo mismo, ya me arreglo.

Conny y Serry salieron y Bruno no pudo aguantar y se lo hizo en la alfombra de la entrada. Aquella cosa líquida tenía mala pinta, al terminar todo aquello tendría que llevarlo al veterinario.

Conny entretuvo a uno de los tipos pidiéndole ayuda. Se inventó no sé qué de un teléfono sin batería y tener que volver a casa pitando porque su madre estaba enferma. La chica tenía una

imaginación a prueba de bomba, y lo mejor, mentía con naturalidad, hablaba rápido y era capaz de liar a cualquiera.

Pechi y Arturo seguían discutiendo si habían hecho lo correcto. La chica se fue lamentando haber perdido la tarde con un tipo tan pusilánime.

Arturo pensó que eso había sido muy descortés por su parte, se asomó a la ventana y dijo, “¿Sabes qué? ¡Vete al carajo, las tengo menos remilgadas!”

Cuando salieron, Serry había entrado en la casa, y los tres hombres rodeaban a Conny. Estaban a punto de llevársela a la comisaría, nunca habían estado metidos en un lío que llegarán tan a tiempo, ni siquiera aquella vez en que Serry le había quitado al grandullón de encima.

El resultado no fue el esperado, los metieron a los dos en un coche, Conny forcejeó y consiguió salir corriendo. Se los llevaron, y uno de los torturadores del régimen se quedó controlando la casa. Era cuestión de tiempo que Gerard apareciera y lo pudieran detener, eso sí Serry no conseguía ocultarlo antes. Conny se coló por el patio trasero, y Bruno la detectó y ladró. Fue la primera vez en que Serry se alegró de la manía que el perro le tenía a su chica.

De nuevo en casa. Serry era muy hogareño, respiró hondo sin olvidar las complicaciones. Fontana le puso sopa de calabacín, Conny la rechazó. Aunque la desmoralizadora detención de sus dos amigos, se veía como poco grave al menos con el estómago lleno, Serry creyó poder hacer algo más por Gerard. Estaba allí parado haciendo que veía la tele pero atento a todo lo que se hablaba. Fontana, una vez más, defendía al jardinero con pasión entregada. Se le arrugaba la cara y abría los ojos como un demonio. Era una imagen muy explícita que comunicaba el poco cariño que tenía a los hombres de negro, y al mismo tiempo exponía, ¡qué no me provoquen porque me pueden encontrar! Serry dudaba de que la madre enfurecida pudiese ser de ayuda. En su casa, la mujer ponía sus condiciones y su perspectiva era la oficial, por así decirlo. Para poder hacer frente a la situación, había que ser conscientes de que se enfrentaban al dictador muerto, que la prensa tenía miedo y no se atrevía a exponer con libertad un tema tan delicado como las desapariciones, es más, si pasabas la noche en un calabozo y te maltrataban, pues igual que en la dictadura, no era noticiable, los jueces no te tomaban en serio y te lo tenían que comer.

En cuanto Serry se acercó a Gerard, el jardinero supo que debía sincerarse. Serry se puso a su lado y le dijo que no se preocupara, que saldrían de aquel momento tan desafortunado.

-Veras Serry, tu sabes el aprecio que te tengo, pero hay cosas que sólo se las he contado a tu madre. He sido jardinero toda mi vida, eso no lo puedo negar. En los peores tiempos de la dictadura, el que no se dirigía a las oficinas de la burocracia política del partido y se hacía el carnet, no tenía trabajo. Me utilizaron durante años como informador. Me colocaban en los jardines de empresarios, jueces, monárquicos, políticos dudosos y amantes del rey, todo para que escuchase conversaciones y las reprodujera, todo les valía. Mientras cambiaba plantas de tiesto o podaba el jardín, escuchaba. No me iba mal, aunque no me gustaba porque no pensaba como ellos. Está pseudo democracia me permitió salir de sus garras y jubilarme. Milité en un sindicato de izquierda y les pareció fatal. No es para sentirse orgulloso. Me consideran un traidor.

-Ya veo, pues sí que parece comprometido.

Una vez más, Fontana intervino hecha una furia para defender a su hombre, “qué se joda la policía política, los torturadores y fascistas. ¡Somos ciudadanos libres!”

Dicho así parecía convincente, pero la libertad estaba en cuestión, desde luego.

En cuanto Conny comprendió la situación, pidió a Serry si podía acercar una silla para sentarse cerca y sentirse inmiscuida. No era del todo su familia, pero quería sentirse como si lo fuera. Se sentó con la espalda muy seguida y las manos en el regazo, como si fuera la persona que mejor y con más respeto escuchaba del mundo.

-Siento mucho que te pase esto Gerard, no nos conocemos mucho, pero me pareces muy cercano y sincero. Espero poder apoyar en lo que pueda -estuvo a punto de cogerle la mano. Por supuesto, la naturaleza de Conny era de extremos, podía darle un golpe a cualquiera que la tratara de mala manera, y también era capaz de pasar la noche de navidad abrazada a su abuela a la que quería con locura, y esas dos cosas ya habían pasado alguna vez.

Gerard sonrió y se fijó en que los ojos de la chica brillaban con la intensidad del momento. Cuando respondió, su magnánima paz y su contagiosa quietud, se vieron interrumpidas por un mínimo nerviosismo, "te agradezco tu apoyo, Serry tiene mucha suerte contigo".

Serry pensó en el suplicio que debía representar para Gerard, verse a su edad en semejante lío, y no poder llevar una vida normal sin ser acosado por él Estado y sus fuerzas represoras, tal y como debe desear cualquier demócrata. Ya no se trataba de multas por mal aparcamiento, de una denuncia por falta de respeto a las instituciones o verse metido en una guerra ilegal que ni le iba ni le venía, esto iba mucho más allá, una fuerza invisible llevaba a cabo detenciones y desapariciones. "Los fascistas no se saldrán con la suya, seremos capaces de mantenerlos a raya".

Llamaron a la puerta, todos se hicieron la misma pregunta, si eran ellos, ¿Dónde iban a esconder a Gerard? El perro ladró. Conny amenazó al perro batiendo un puño cerrado en el aire.

-Dile al Pincher que se callé -le ordenó a Serry.

-No es un Pincher, Bruno es un salchicha, un dachshund -en estos tiempos, por menos que eso rompen las parejas.

Serry se asomó, "no es la policía, decirle a Gerard que se levanté, está detrás del sillón. Es mi ex, Cordelia".

Abrió la puerta intrigado, hacía mucho que no se veían.

-¿Puedo pasar? Creo que estoy metida en un lío y sé cómo voy a salir. Me están buscando, tal vez por algo que no consentí.

-La cosa aquí ya está un poco complicada pero... Si claro, pasa.

A las nuevas parejas no se les cuenta todo, siempre hay frescos a los que se le tiene miedo. Serry le había hablado a Conny de Cordelia, lo que no le había dicho era que vivía una calle más abajo, apenas cincuenta metros. Conny los miraba, analizaba cada gesto, escudriñaba sus miradas y sobre todo, no hubiese cambiado sentido que se dieran dos besitos, ya todos conocemos los arranques violentos de Conny.

Serry se asomó de nuevo a mirar desde los visillos, ahora eran diez o más, los tipos alrededor del contenedor de la basura. Se multiplicaban como extraterrestres, ¿Qué era tan importante?

Las reacciones de Cordelia siempre eran inesperadas, aún después de tanto tiempo. De alguna forma, las dos chicas se parecían, porque, eso todos debemos tenerlo en cuenta nuestros gustos nos definen. Que menos que sonrojarse, una rápida explicación, una lagrimita de urgencia, pero nada, se tomaba su tiempo.

-Saben que soy comunista. Conocen mi pasado. Han estado todo el día y toda la noche ahí delante, en toda la calle.

-Pues nosotros también teníamos, te has traído el resto.

La única forma de enfrentarse a la situación era desterrar los nervios, evitar los enfrentamientos y estar unidos. Solo gente de madera tan dura sabe mantener la calma sin deprimirse.

-¿Habéis notado eso? Todos en la calle han notado su presencia. Nadie sale, vuelven del trabajo y ni tiran la basura, se encierran en cada. Cierran los negocios, todo está vacío

-Cordelia traía toda una forma de verlo.

-Pues yo estaba pensando en ir al bar a preguntar, para ver si saben algo -Conny era la más desconectada.

-¿El bar? Es un bar de fachas. Si alguien ha ido a preguntar algo han Sido los hombres de negro.

Ese tipo chulo que se pasa el día fumando en la terraza es un confidente, un profanador de la solidaridad de las buenas gentes. Ese individuo insidioso ha sido creado para envidiar. Es un chismoso -al menos Serry eso lo tenía claro, nada de ir al bar a preguntar.

-Estamos inmovilizados -dijo Fontana-. Voy a preparar té.

Se estaba produciendo una involución. Las libertades eran cuestionadas, no podían tolerar desde las envejecidas instituciones que se cuestionara con tanta libertad al viejo dictador. Para muchos era una figura intocable y eso llevaba a la represión. Es intolerable, se ofendían algunos jueces ultracatólicos en tertulias televisivas.

Cordelia empezó a dudar. Sentía que no había hecho bien y que Serry era muy generoso dándole acogida. Conny pensaba, como dice el refrán, donde hubo fuego, quedan brasas. No le gustaba una ex con semejante atrevimiento. La intensidad con que sentían las dos chicas era parecida, les brillaban los ojos igual y se miraban con la misma desconfianza. "Las escoges igualitas", le dijo Fontana a su hijo en un susurro, torciendo la mitad de la boca para dejar salir un poco de aire, y sin modificar su postura a su lado de brazos cruzados, nada más que para inclinar la cabeza ligeramente sobre su hombro.

También Serry era un hombre apasionado, aunque tenía esa felicidad risueña de la gente que come bien y disfruta de los pequeños placeres.

Después del té con pastas, Cordelia estaba más animada.

-Creo que me he precipitado viniendo -ella no sabía que las segundas partes no sólo no son buenas, sino que si él interesado ha rehecho su vida, sólo intentarlo es muy feo-. Puedo salir y enfrentarme a ellos. Desafiarlos y preguntarles: ¿Qué coño buscan?

-Esperemos, es muy precipitado.

Sonó el timbre y Fontana acudió a abrir.

-Es uno de ellos -se dirigió al resto que le miraban sin moverse-. Actuemos con naturalidad. Abrió la puerta.

-Buenas tardes señora, necesitaba hacer una llamada, ¿Si fuera tan amable? -le mostró el carnet.

-Sí claro, por supuesto.

El hombre miró alrededor y preguntó, "¿Reunión familiar?"

Fontana era rápida. Tenía los reflejos de un corazón hambriento. Empezaba a sospechar que Gerard no era el objeto de tantas molestias.

-Mi hijo se casará pronto y lo estamos celebrando. Para nosotros es muy importante + mintió.
El hombre del traje negro descolgó y marcó.

-¿Señor? Es para pedir la autorización. Sí, tiene que ser hoy, todo está tranquilo. Si señor, se lo agradezco.

Cuando salió por la puerta parecía una persona normal, incluso se hizo el gracioso, "¡Nada, que tengan muchos hijos!".



Los manuales no sacan fotos

El ambiente entre ellos también se relajó, no sólo porque la visita no parecía interesada en el lugar, digamos que no miraba con sospecha, sino que las galletas caseras eran muy buenas lo que calmaba los estómagos. Serry había pasado las últimas horas, al menos desde que saliera del trabajo, con una insoportable inquietud, y de pronto, aquel tipo entraba y se mostraba confiado sin ni siquiera hacer preguntas capciosas, ese había sido el punto que había llevado a todos a pensar que se podían relajar un poco. Parecía no ser tan grave que Gerard, en otro tiempo, hubiese trabajado de confidente, si siquiera era tan importante, que Cordelia fuera una prometedora política d juventudes de izquierda, o ya puesto que él hubiese empujado a ese tipo, porque ni siquiera lo había reconocido y el chichón no era grande. Los allí convocados se veían llamados a poner los pies en el suelo y no dejar volar la imaginación de forma tan loca. Todo lo que importaba evitaba fricciones, sobre todo entre la ex y la novia, no sería raro, pero el momento exige ponderar cada desagrado o posible crítica.

Mientras Serry ponía la televisión para que pudieran ver las noticias, Gerard se abalanzaba sobre el mando a distancia para hacer la peli más que romántica, y que nadie pudiera conocer sus gustos al respecto. Guardó el video y por fin, el estirado locutor de régimen, de peinado y bronceado empezó a hablar de los daños ocasionados por los manifestantes de la cuenca minera asturiana.

-No sé si ver la tele va a ser lo mejor -dijo Fontana-, sólo manipulan.

-Lo sé, no es por gusto. Tal vez ha sucedido algo -Serry se puso frenético sin soltar el aparato.

-La CIA está maniobrando en busca de un golpe de estado. Eso está claro -lo apoyó Cordelia.

-Si muy claro -añadió Conny con ironía mientras ojeaba una revista distraídamente.

La atmósfera era amistosa a pesar de todo. Siempre ha sido así, el pueblo es uno frente a las amenazas. Los vecinos, cómo había sucedido en otro tiempo, conservaban ese espíritu colaborativo, casi familiar. Sólo podría decir cosas buenas de cómo se comporta frente al fascismo, si en ocasiones no se dejarán conducir y maltratar como corderos. Nadie salía, las calles estaban desiertas, se había corrido la voz de aquella presencia dañina y fantasmagórica, había miedo. Hablaron de eso, intentaban tolerar la condición que los retenía. Las horas siguientes intentaron decidir si salir era una buena idea, y como habían oído a aquel tipo al teléfono liberando de forma inmediata la esperada operación, no podían imaginar que el peligro era más real y cercano que nunca. Cómo el mundo conocido se circunscribía a su barrio, y parecía haber sufrido un derrumbe, en cierto modo empezaban a despreciar el miedo. Analizando las horas que llevaban encerrados, en perspectiva, no habían tomado ni una decisión ni parecían tener prisa por hacerlo. Iban al servicio, se mojaban la cara buscando aclarar las ideas, aflojaban los cinturones, se movían suspirando cada uno en su trocito de sillón, bebía de una botella de licor casero que proporcionó Fontana, todo conduciéndolos a

una terrible modorra. El letargo de las culebras domésticas, incluso Serry había tenido un terrario con ese tipo de animales de niño, no pudo evitar la comparación. Inofensivas, sabiéndose observadas a través del cristal. Gerard, empezó a respirar profundamente, le dieron un coñazo y se incorporó levemente intentando no volver a dejarse dominar por el sueño. Habían respirado tanto aire que ya no era limpio. Fontana abrió un poco una venta y aprovechó para mirar

-Ahí siguen, no son tantos. Hablan y fuman. Podéis quedaros a dormir. Nos arreglaremos con los sillones. Tu Conny, puedes dormir en la misma cama de Serry, no soy tan remilgada -se había hecho de noche, ni un ruido de motor. En aquella parte de la ciudad como si los motores nunca hubieran existido. A las doce llegó un camión militar. Apagaron la luz y se amontonaron para mirar la calle en la única ventana que daba al frente. Entraron en una casa rompiendo la puerta a patadas. Conocían a los vecinos, eran una pareja de profesores. Es lo que tiene estudiar, la literatura, la filosofía, la historia, el comportamiento humano, nada es inofensivo, a veces es un perjuicio violento, sobre todo para ellos, pero algo tiene que haber frente a la fuerza bruta. Tenían un niño de cinco años que lloraba desconsolado viendo cómo metían a sus padres en un camión y se los llevaban. Quedó allí en medio de la calle, abandonado, cuando los fascistas se fueron.

Nadie salió, el niño se quedó horas, sentado en el asfalto hasta que se durmió. Eso provocó situaciones violentas entre los reunidos. Serry quería salir. "Esperemos un poco, puede que aún estén", dijo uno. Lo recogeremos, pero sin arriesgarnos, es lo mejor", sonó otra voz. En USA estaban haciendo lo mismo contra los inmigrantes, parecía que el mundo estaba dando espacio a los asesinos racistas, y una cosa llevaba a la otra. ICE era la forma de vestir con respeto institucional los abusos y el asesinato.

Con el shock del camión militar, las detenciones, el niño llorando y el sofocante verano, amaneció pronto. La vigilia fue dando paso a sueños más tranquilos, durmieron un par de horas. Cordelia salió con la luz del día, llevó a la pobre criatura a la casa y le dió galletas y lo abrigó. Sabía que había vecinos que eran fisgones y chismosos, dispuestos a contárselo a la policía, y que la buscarían pero alguien lo tenía que hacer. Hizo como que salía a pasear al Bruno y lo recogió. No sabía si aquella criatura volvería a ver a sus padres.

El bar de los señoritos estaba cerrado, pero dentro había alguien. Ser chivato es lo peor que se puede ser. Sin chivatos, en cualquier ámbito, en el trabajo, en el ejército, en los barrios, sin esos que gustan confraternidad y cuenta a los superiores pequeñas mezquindades, sin esos mediocres los poderosos están ciegos.

FIN DEL RELATO



Los cicutienses

Erika se enamoró de su profesor de matemáticas, ella era capaz de otros atrevimientos además de algo tan pueril, pero bueno, tal vez no era solo una obsesión y había amor verdadero en ello. Él estaba prometido, y la pareja que había elegido para ocupar un lugar tan destacado en su vida, era holandesa, pero llevaba muchos años en el país y hablaba perfectamente el idioma, lo que no es un dato menor. Ojalá no le hubiese dado a entender que le gustaba, desde ese momento, Patrick la empezó a tratar con cierta distancia, porque la chica no le era nada desagradable, al contrario, y no facilitar las cosas era lo mejor que podía hacer. Muchas chicas simpatizan o se sienten atraídas por sus profesores, pero mantienen sus emociones con la discreción necesaria para no meterlo en un lío. Otras, en cambio, van a saco sin pensar en nada más que hacerse a sí mismas una demostración de poder y empezar a imaginar de lo que serán capaces en la vida adulta. La mayoría de las chicas quiero pensar que no son tan atrevidas, es decir que tienen una vida interior a la que no le hace falta sensaciones tan fuertes y retos tan desafiantes.

Erika no era una chica tímida, pero se supo contener y asistir en silencio a todos los detalles, expresiones de cariño y gestos de afecto que el profesor tenía con Charlotte. Se quedaba viendo a la pareja sin dejar de sentir una profunda envidia. Con frecuencia Charlotte le llevaba a su amado una bolsa térmica con fruta y sandwiches que tomaban en el parque a la hora del almuerzo. Aquellas mesas de piedra estaban repletas de jóvenes que hacían lo mismo, y Erika se sentaba muy cerca para no perder detalle. Estaba claro que Charlotte era una chica inteligente, y su presencia era como un certificado de propiedad que establecía, "el profe tiene novia, que no se os ocurra acercarse chicas", lo de, tengo un arma y sé cómo utilizarla no necesitaba decirlo ni metafóricamente, pero quedaba bastante claro sí por alguna actitud desafortunada, te echaba una de sus miradas.

El amor puede parecer un juego muy interesado, pero lo cierto, es que hay muchas formas de amar. En el caso de Erika, el suyo era un amor loco, incondicional, sin contrapartidas, pero Malena, su amiga de siempre, era tan diferente a ella que en eso no iba a ser menos. Malena tenía en cuenta todo lo necesario para que su amor triunfara, la seguridad, el empleo, la persona adecuada y equilibrada, en fin, todo lo que a Erika le parecía peso muerto en una relación.

-Él juega con los otros chicos a fútbol, se quita la camiseta, suda, su cuerpo se tensa y se enfada cuando pierde el balón. Su chica no anda lejos, pero puedo percibir en él una tensión tan inconsciente como peligrosa -Malena la miraba sin darle mucha importancia, lo conocía lo suficiente para no tomarla siempre en serio-. ¿Has visto alguna vez el cuerpo de un profesor de matemáticas? A mí me parecen todos iguales, fofos, barriguita, poco pelo y brazos blandos, pero no me importa. En su conjunto este tipo de hombres acostumbrados a pasar horas estudiando tienen un atractivo indudable. Es una visión intimidatoria. Tampoco había visto

nunca una cicatriz enorme debajo de uno de sus pechos, un accidente o una pelea probablemente. Una hermosa cicatriz situada estratégicamente debajo de un pezón que hace de inconfundible punto diacrítico, mayúsculo símbolo de la piel alterada.

-Eres mi amiga, pero a veces te pones insoportable -le cortó Malena expresando el cansancio con un sonoro suspiro.

Todo en la vida es elección y compromiso, por eso aquella amistad era tan sólida, del mismo modo que el recuerdo del profesor estuvo tan presente, cuando Erika se fue de vacaciones a la casa de la playa de la familia de Malena.

Ella ya conocía a Fiodor el hermano interesado en causas sociales, y si Erika estaba ocupada estudiando (hay prometedores graduados que estudian en verano), le resultaba muy útil tener a Fiodor de mano para no ir sola. Era un año menor que ella pero no pudo evitar notar cómo la miraba. No había duda, aquel chico era una caldera a punto de explotar. No era el primer caso en el que había sido capaz de adivinar una vida sometida al deseo y a las ojeras permanentes, a esa edad todos quieren experimentar sensaciones nuevas. En sus conversaciones, toalla con toalla, piel con piel, mirada con mirada, había pausas en sus conversaciones en las que Fiodor respiraba profundo y sonreía sin dejar de mirarla.

-¿De qué te ríes?

-Nada, es agradable charlar contigo, la playa y ese olor del mar que lo invade todo. Tu sigues oliendo a mar al llegar a casa, lo he notado.

Era la primera vez que un chico le decía eso ya cerca de su cara. ¡Maldita sea! La había estado oliendo en casa, cuando se sentaba a su lado en el sillón, o tal vez, cuando se ponía detrás de ella de pie, arrimándose a la silla en la que estaba sentada.

Una noche fueron al cine. Malena había quedado con un chico con el que llevaba un par de meses saliendo y al verse solos, cambiaron de idea y fueron a la playa. La parte donde se acaba el paseo es oscura, y tuvieron la mala idea de mojarse los pies. Se mojaron la ropa hasta la rodilla y la pusieron a secar, al menos lo intentaron. Esa noche acabó como están imaginando. Él era tan joven que se sentía confundido. No podemos decir que Erika se aprovechará, fue sólo que no quería volver el año siguiente al instituto siendo la misma niña inocente e intocable, esas cosas se notan. Mientras estaba en la arena sobre Fiodor, imaginaba la cara Patrick, es difícil aceptar que algo así cupiera en su mente, pero unos días después estaba convencida de que había hecho el amor con él profesor. Por su parte Fiodor empezó a sospechar que nunca entendería a las mujeres, se le veía afectado, deprimido, sin ganas de comer y buscándola con los ojos. Ella manejó la situación lo mejor que pudo, fue amable y delicada con él, pero evitó de todas las formas posibles volver a quedar a solas con él.

Erika, que era intuitiva, adivinó que algo pasaba y le preguntó directamente, ¿"Te has tirado a mi hermano?"

-¡Ostras chica, no lo digas así! Me haces sentir culpable.

A Fiodor se le pasó la depresión unos días más tarde que empezó a salir con la chica del kiosko de los helados. En este caso, no hubo ni elección, ni compromiso, sin embargo, el mero hecho de no poder hacerlo también sería decisivo, quiero decir que lo que se mal aprende y se toma como normal, se repite y es decisivo en la formación del futuro. Sólo una chica, años más tarde, pudo salvar a Fiodor de ser un Playboy barato, pero eso es otra historia

No estuvo bien, los dos lo sabían, se había tratado de dejarse llevar por un deseo inconsciente, por lo tanto, ninguno podía decir que fuera un drama por no ser completo, y si lo era, se trataba de un drama disfrutado, no se podían quejar.

Aprendiendo a sufrir por amor, tenía que asumirlo. ¿Iba a ser siempre así? Erika, consciente de su juventud no dejaba de hacerse preguntas al respecto. Si no podía tener a su querido profesor, ¿tendría que vivir en soledad implorando por alguna nueva experiencia sin compromiso? Una nueva cogida por un amor secreto e inalcanzable, ayuda, ternura para estar a la altura cuando un día vuelva su mirada y recuerde que ella podía haberlo amado primero. Tenía visiones estúpidas de sí misma abrazada a solitarios deprimentes, amantes y amores impostores.

Dejar de creer que si hacía todo conforme a lo que se esperaba de una chica formal, si cumplía con su parte, nada iría mal, a ella le había llegado muy temprano, tal vez porque había visto a otras chicas cumplidoras intentarlo y fracasar una vez detrás de otra.

Un entrenador de fútbol decía en la tele que no podían ganar siempre. “La vida nos da muchos momentos de éxito pero por desgracia muchas más derrotas”, nada menos que el seleccionador nacional, Erika estaba de acuerdo y añadía, y sobre toda esa emoción me construiré para ser una persona más fuerte.

De vuelta de sus vacaciones, esperó que terminase el verano asistiendo a los niños huérfanos de la parroquia. Un chico un poco mayor que ella los ayudaba con el deporte, y era el entrenador del equipo federado de juveniles. Sanders había sido futbolista hasta que se rompió el menisco y los ligamentos, una lesión muy fea que bajó mucho sus aptitudes. Se hicieron muy amigos y charlaban amistosamente en largos paseos. Ella lo invitó a conocer a sus padres, y él se resistió todo lo que pudo. Era un chico difícil de manejar, lo entendió desde el principio.

Mientras caminaba a su lado no dejaba de preguntarse, ¿Qué naturaleza era aquella en un hombre, que no había intentado sobrepasarse con ella ni una sola vez? El mundo estaba cambiando y no sabía si estaba preparada para aceptar tanta condescendencia. No era algo tan tierno como la forma en que Patrick trataba a su rubia centroeuropea, pero era un mismo principio, el origen de la atracción que la desmoronaba, no sentirse invadida por unos ojos masculinos la desarmaba.

De vuelta a la rutina, lo que de veras le preocupaba era que Malena estaba muy rara y pasaba tiempo sin hablarle. Le echó una buena bronca de nuevo cuando empezó el curso, porque le aterraba la idea de que su mejor amiga no fuera consciente de que Fiodor tenía que centrarse en sus estudios y que tardaría muchos años en empezar a trabajar y poder mantener una relación como un adulto, mucho menos una familia. Ella la miró como si no la entendiese, ¿Quién se acordaba de Fiodor?

-Malena, eres muy pesada, él no entra en mis planes, ¡relájate!

Es curioso como la cabeza de una chica se podía llenar tanto apenas en un verano. Recordaba cada muestra de cariño de Fiodor sobre la arena de la playa, pero no podía olvidar al profesor y para colmo, ahora no podía dejar de admirar al entrenador de la parroquia, más puro que un testigo de Jehová, y capaz de apartarse cada vez que ella intentaba rozarlo con su brazo. Cuando una cabeza se ve desbordada por tantos frentes abiertos, y el pecho tan colmado de amores imposibles, la ansiedad bajaba a niveles que no recordaba, porque estaba segura de que, incluso sin buscarlo, le iban a pasar cosas nuevas, tal vez no todas buenas.

Sabía que alguna gente era capaz de vivir sin planes, sin riesgo, sin intentos ni posibilidades, de caminos abiertos que no se sabe si, en verdad, se quieren andar. Hay gente que se conforma con respirar, pero ella no era así.

Nunca se había preparado para otro amor, el profesor había sido todo su horizonte, por eso Sanders la pilló con la guardia tan baja. Ni siquiera había pensado que sus escarceos con los chicos de clase pudiesen llegar a más, no pensaba en ellos, no ocupaban tiempo en lo mucho que pensaba en el romanticismo. Podía tener algo con ellos, pero no era ese amor que te quita el aire y no te deja dormir.

Delante de la cancha, mientras veía a su entrenador dirigir a los chicos, aguantaba un nuevo asalto de su imaginación, ¿Y si intentará seducirlo? Estaba claro que era de ese tipo de hombres que les gusta que los deduzcan. La seducción era un arte que algunas mujeres manejaban con voz dulce, pero no, quería mantener las cosas en el punto en el que estaban. Terminó el entrenamiento y lo acompañó hasta su casa, le dijo que le gustaría y que le quedaba de camino, él estuvo de acuerdo.

-¿Sabes Sanders? Para mí eres una prueba, un caso difícil.

-¿Y eso?

-Me gusta ser tu amiga, pero a veces creo que quiero algo más y eso podría romper estos momentos. Además le temo al rechazo.

-Querida, te voy a contar algo que no mucha gente sabe y te puede aclarar esas dudas -por un momento ella se sintió ilusionada-. Yo nací en una familia católica muy practicante, eso me hizo este carácter, o tal vez debería decir está ausencia de él. Era carne de seminario, hasta que una mujer mayor se interpuso en mi camino. Una mujer divorciada que trabaja lejos, esa mujer supo seducirme, cantando, recitando poesía, contando chistes verdes y sacando conversaciones sobre amores pasados y sus atrevimientos. No lo esperaba, sigue trabajando igual de lejos, pero a veces nos vemos y hablamos por teléfono. Creo que eso es por lo que parezco tan inaccesible, y si fueras una chica lista, dejarías de pensar en mí de esa manera.

Erika se quedó con un grado de inocente decepción en su silencio, ¿Qué le pasaba a la gente, se habían puesto todos de acuerdo para no darle ni una oportunidad, para que sólo pudiera amar obsesionándose con amores imposibles? ¿O era ella que inconscientemente estimaba que el amor puro solo puede ser así, en un continuo deseo inalcanzable?

Tanta sinceridad destruía el amor, o lo avivaba. ¿Desistir o un nuevo reto? Ya todos vamos conociendo a Erika como ella se conocía a sí misma, como aquella mujer tuviera un descuido, el instinto felino de la muchacha lo iba a aprovechar dando un salto feroz sobre tanta timidez y personalidad retraída.

-Tu inconsciente me habla, y me dice que todo es posible -ella creyó que debía dar un paso adelante, pero todo está igual de incierto.

-No lo creo. Mi inconsciente no habla si yo no le doy permiso.

Los primeros días de clase y el reencuentro con Patrick fueron conforme a lo esperado, él ignorándola y ella ofreciendo sus ojos para que pudiera leer en ellos, "ya no soy la dulce niña virgen a la que temías corromper, ya sé todo".

En otro tiempo, pensamientos así solo eran confesarles en novelas de gusto muy limitado, pero como el profesor seguía sin darse por enterado, Erika se centró en su joven y fortachón entrenador, al menos con él podía hablar y pasear.

A Malena le entró la prisa por casarse y tal y como siempre había pensado se haría de una forma limpia y rápida. Erika la ayudó en todo, las invitaciones, reservar un restaurante para una merienda y comprar los anillos, que no eran muy caros, porque Malena era realista y quería vivir conforme a sus posibilidades. Cuando digo que amaban de forma diferente, me refiero a que Malena no era capaz de amar si ese amor no estaba vestido con un traje bien planchado de conformidad, dispuesto para los retos sociales y concebido para una estructura familiar resistente. Todo lo que podía hacer al amor más grande, a ella la hacía sentir una pasión sin límite. Por su parte, Erika no necesitaba ni pretendía nada de la estructura centenaria que cobijaba un buen acuerdo. Los dos casos podían llevar a una mujer a la locura, incluso, si me apuran, al suicidio. Si cualquiera de ellas alcanzará los niveles del amor al que lo elevaban, y después sufrieran una decepción y fueran abandonadas, serían capaces de cualquier cosa. Pero no, ya no estamos contando una historia del siglo diecinueve, Madame Bovary nos queda muy lejos. Las mujeres de hoy son prácticas, feministas, se compadecen de los hombres y sus debilidades, y en las rupturas salen dispuestas a superarlos y verlos fracasar en el amor y en la vida. Ni Erika, ni Malena eran mujeres débiles, enamoradizas, pero capaces y sin tendencias al derrorismo. Si habían de fracasar en algo, saldrían adelante con optimismo.

En ese momento, Malena se sentía muy agradecida a Erika por su apoyo y colaboración. Decidió que no la iba a reprimir más, ni a decirle riendo, como si fuera una broma, que era la amiga más casquivana que tenía, porque sabía que no le gustaba. Tal vez se estaba convirtiendo en un blanco fácil para los otros estudiantes de su edad avisos de relacionarse en ese sentido. Eso era mucho imaginar, y no se merecía que la tratara sin ningún tacto. "Eres demasiado buena conmigo. No tengo ninguna amiga que me soporte como tú", le dijo, y Erika se echó a reír como si no supiera de lo que le hablaba.

El día de la boda, Erika ayudó en todo, hasta en ir a recoger la tarta a una pastelería y llevarla al restaurante, lo que podía haber sido una catástrofe, siendo de conocimiento general que no era una hábil conductora.

Intentó coger la mano de Sanders mientras firmaban, era el momento más emotivo, pero él la rechazó, se metió la mano en el bolsillo y la miró con una sonrisa que decía, sabes que eso no está bien, aunque me siento halagado.

Había chicas que al asistir a las bodas de sus amigas, sentían la gana por casarse, les entraban las prisas y no querían ser las últimas en semejante carrera; desde luego, Erika no era una de ellas.

-Hay varios motivos por lo que tú y yo no podemos seguir siendo personas tan agradecidas. Tenemos que madurar y competir, el dinero no lo regalan. Otro motivo es que el resto nos quieren ver en el barro. No podemos mantener la idea idealizada de que la gente es buena y dispuesta a ayudar. Somos mujeres, tendremos hijos y habrá que mantenerlos.

-¿Era eso? Podías habérmelo dicho, ¡maldita sea! estás preñada.

Malena no estaba embarazada, estaba claro que Erika no la había entendido, pero además, tan sólo la idea de imaginar su propio embarazo al ver a sus amigas en ese estado, la escandalizaba y le causaba terror.

En el instituto tuvo que sentarse en una de las mesas de piedra del parque. Estaba mareada y confundida y para colmo apareció Charlotte, la novia holandesa de su amor furtivo.

-Era solo para despedirme. Te dejo el paso franco, se te notaba demasiado, esa forma embobada de mirarlo. Y, también me he despedido de él, y he pasado por su casa para recoger mis cosas.

-A nadie le gustan los amores que se acaban, pero los motores de los coches también tienen un tiempo de vida. No hay que hacer un drama. Tal vez no lo vuelvas a ver, pero eso no querrá decir que se haya muerto, estará vivo, sólo que muy lejos de tí -Erika sonaba con rudeza.

-Todo tuyo querida. ¿Serás capaz?

Se levantó y se alejó sin mirar atrás, sin darle ocasión de remendar cada nuevo comentario. A unos cincuenta metros, se paró al pie de la verja de hierro que rodeaba el colegio, levantó la mano y la movió dulcemente. ¡Qué mujer más rara! Erica no podía estar conforme con nada que llegara desde aquel cuerpo deportista y de la cara bonita que lo acompañaba. Seguía representando una competidora muy peligrosa.



Tbonetvesky

2026.06.28 08:06

En los ojos de la luna no se esconden los lunares.

En ese tiempo, entre novedades y tareas habituales, las chicas no tenían mucho tiempo para aceptar inquietantes pensamientos, o para que su inconsciente las liara con reproches. Malena seguía estudiando pero se organizaba en nuevas tareas habituales que no solía hacer en cada de sus padres. El refrán, “la casada, casa quiere”, en su caso tenía la dimensión más completa.

Las visitas de amigas y también, ¿cómo no? Los amigos de su marido eran recurrentes. Excepto los fines de semana que iban a comer con sus padres, alternativamente, el resto de días si los pillaban en casa al volver de sus estudios ella, y de su trabajo Clark, aunque estás visitas fueran por sorpresa, siempre encontraban un momento que dedicarles. Durante un tiempo después de la boda, Erika la visitó tres o cuatro veces, y llegado un momento, desapareció y no volvió por allí. Nunca se lo diría a Malena, pero Clark le caía muy mal, algo más que eso, tenía todos los ticks de un joven prepotente que creía que se iba a comer el mundo y hablaba con la afectación empalagosa de un monologuista sin gracia.

Erika seguía viéndose con Sanders, no lo podía evitar, era superior a sus fuerzas, y aunque él se resistía argumentando a aquella mujer misteriosa que nadie había visto nunca, se las arreglaba para convencerlo e invitarlo a comer, o a nadar a la playa. Lo miraba con curiosidad, sin poder dejar de sonreírle cautivadoramente. Si él fuera un ratón y ella una gata ratonera, esa sonrisa querría decir mucho más. Sanders no iba a admitir que se trataba de una situación que lo intimidaba, se limitó a cogerle la mano para que le prestará atención y le dijo en un susurro “no sé qué pretendes. Debo parecerte un tipo muy ridículo.”

El dejó de estar inclinado sobre la mesa cuando decidió incorporarse y volver a pegar su espalda al respaldo de la silla.

-Cariño, si supieras cuanto te echo de menos cuando no estás conmigo -parecía totalmente sincera.

El camarero les sirvió dos número 4. Se trataba de milanesa, huevos fritos, patatas fritas y frijoles en una salsa marrón de dudoso contenido.

-Esto tiene una pinta muy contundente -Sanders se dirigió al pobre chico ojeroso con cara de haber dormido poco-. Demasiado aceite quizá, pero seguro que ofrece energía suficiente para terminar un partido.

-¿Es usted jugador? ¿De qué equipo?

-Entreno a los chicos de la parroquia.

Cuando quedaron sólo miró a Erika.

-Siempre pensé que yo terminaría de camarero poniendo comidas rápidas, y aún estoy a tiempo. La altivez de la gente que sale a cenar como si eso les concediera estatus de clase, los hace muy predecibles y estúpidos. Espero que no me haya confundido con uno de ellos.

-No lo creo, esto no es el restaurante de la ópera, tan solo es una cafetería barata de platos preparados -Erika hizo una pausa y continuó-. Hay algo que me gustaría preguntarte. ¿Te importaría que fuera el domingo a la cancha a ver el partido y cómo dirige a los chicos?

-Claro que no. Me sentiré muy halagado.

Erika sólo vio a aquella mujer una vez. Al terminar el partido, ella está fuera, al otro lado de la calle salieron los dos cogidos de la mano, lo que para Erika quería decir que habían pasado a otro nivel. Él cruzó la calle, estuvieron hablando. Sanders parecía apesadumbrado, hablaba con la cabeza baja y le daba algunas explicaciones. Ella no dijo mucho, sólo lo miraba, se dió la vuelta y echó a andar sin despedirse. Nunca la volvió a ver, no quería saber nada, no preguntó. No entendía a la gente que se ve obligada a contarle todo de sus amores pasados, y lo que es peor, a preguntar por los amores pasados a una nueva pareja, ¡Qué poca vergüenza!

En ese momento apareció Malena, iba cargada con unas bolsas de la compra, en una de ellas asomaba una barra de pan, y en otra sobresalen los tallos de unos puerros. Los chicos salían gritando y alborotando con el pelo mojado y oliendo a champú de hierbas. La escena habitual un sábado por la mañana.

-¡Qué te parece que tenemos aquí! Dicen que la nueva pareja va viento en popa -se dirigía a los dos aunque sólo miraba a Erika. Ese tipo de tonos malicioso era muy habitual en gente que tiene vidas muy andinas.

-¿Eso dicen? Pues no saben lo que me está costando, es todo un caballero -Erika respondió y Sanders sonreía.

-¿Es así? -Malena fue directa esta vez.

-Si voy a tener que seguirla hasta su habitación, quiero estar seguro de que no va a abusar de mí. Eso sería muy desagradable. Además, la casa de sus padres me cohibe.

-Bueno ya veremos cariño, mi colchón no hace ruido. Tu déjate llevar -miró a Malena y continuó-, ¿era a esto a lo que venías?

-No te enfades reina, como no pasas a visitarme pensé en dar un rodeo de vuelta a casa, supuse que te encontraría por aquí. Me gusta verlos juntos. ¡La pareja del año!

-No empieces de nuevo, no tienes motivo para sentirte tan molesta. Podemos quedar un día.

-Veo que sigues siendo la organizadora de eventos sin garantías, no es extraño que el chico te tenga miedo.

-¿Tú crees? -respondió Erika. Habían empezado con el pie cambiado y aquella conversación no tenía trazas de llegar muy lejos-. En serio, yo te llamaré, pero no para pasar la tarde metidas en tu casa aburridas como dos colillas

-Ya nadie fuma, esa expresión ya no se usa. No sé por qué fiarme de tí. La última vez dijiste que me llamarías y sigo esperando. Lo comprendo, soy muy exigente.

-La indulgencia con los viejos amigos no es una cualidad de nuestro tiempo.

Erika podía buscar todo tipo de argumentos para justificarse consigo misma, o al menos para intentar adivinar por qué había dejado de estar cómoda con Malena. Digamos que ella era como un conejo, siempre hacia adelante, sin detenerse más de lo necesario, mientras que Malena era como un perro dando vueltas sobre sí mismo antes de encontrar la postura más cómoda para relajarse un rato y apoyar la cabeza. Eso siempre había sido así, un complemento crítico. Tal vez le había venido bien los últimos años, pero desde el matrimonio la cansaba con sus prejuicios. Había dejado de contarle del profesor, de los chicos que le

gustaban y sobre Sanders lo cierto era que no había mucho que contar, pero tenía sus planes: era demasiado personal, y tampoco.

De nuevo debemos hacer notar, que a las amigas no tiene por qué darles bien cada nuevo marido de las otras. Erika no se sentía inclinada a hablar de eso ni tenía intención de solucionarlo. La llamaría, se vería un rato en cualquier cafetería y evitaría temas personales. Pero claro, Erika no era en absoluto inocente, y sabía que los matrimonios podían encontrar grandes diferencias el primer año. Era por eso que la costumbre de verse y hablar no debía desaparecer, porque también era darle una oportunidad a la otra, de desahogarse. No sabía qué hacer. No estaba bien mostrarse tan hermética, y a la vez esperar que Malena pudiera contarle algún tormento, alguna diferencia marital que la atormentara. ¿Eso era de mala persona? Y luego estaba la posibilidad más que probable de un embarazo, Era lo que le sucedía a los matrimonios recientes, ¿no? Y por rizar el rizo empezó a pensar, ¿Y si está embarazada y resulta que lo suyo no ha cuajado y desea separarse? Bueno los mejores ingredientes no siempre hacen un buen pan.

Tal y como se iban desarrollando los acontecimientos, todo lo que probablemente podía suceder, tenía que suceder. Pasó un tiempo y la pareja empezó a tomarse su relación cada vez más en serio. Erika, sin embargo, empezó a perder todo su ilusionado entusiasmo, al descubrir que Sanders quería casarse por la iglesia, y más aún, no pasaba por menos que el oficiante fuera el párroco de la parroquia: “Verás querida, él ha sido muy bueno conmigo, me ha conseguido este trabajo, y mantiene a los chicos lejos de terribles vicios de la calle. Lo respeto mucho”.

Erika no estaba dispuesta a casarse de ninguna manera, ni por la iglesia, ni por el juzgado ni por un rito balinés, así pues la única solución era irse a vivir juntos, sí, en pecado, pero alimentando la idea de que uno de los dos, con él tiempo, se dispusiera a cambiar de idea.

Desde ese momento todo avanzó con cierta rapidez, alquilaron un pequeño piso en el centro ella le presentó a sus padres y un día inesperado, en una de las cenas que Sanders organizaba una vez al año con el equipo -lo que era una forma de agradecer a los chicos por su esfuerzo por no cobraban ni un euro-, él la condujo hasta el restaurante sin aclarar el motivo de tanto secretismo. Todos se pusieron de pie cuando la vieron entrar, y ella se puso roja como un tomate. Era la única mujer entre los veinte chicos de la plantilla, el mismo Sanders y un utillero.

Erika intentaba descubrir cómo funcionaba aquel deporte, pero se había atascado en el fuera de juego. Se dedicaba a preguntar a cualquiera que lo pudiera saber cómo era posible para un linier tener un ojo en el pasador, y otro en la última fila de jugadores, porque le parecía imposible hasta para un bisco poder saber lo que realmente era legal, o no. Afirmaba la incipiente futbolera, argumentando con toda la pasión posible, que el porcentaje más alto posible correspondía a los fueros de juego declarados como tales que no lo eran.

En ese momento en que ya había decidido permitir que su vida avanzara, el profesor volvió sus ojos en clase haciendo ella. Es verdad que con la edad, había aprendido a bajar el escote y comprar faldas más cortas, si uno de los ojos del profesor se concentraba en la longitud de la cremallera sobre el pecho, el otro intentaba saber si el color de las piernas de Erika era natural o se debía a alguna licra de la mejor calidad que sólo lo aparentaba. Y un ojo arriba y otro abajo le estaba produciendo tal grado de desviación libertaria en la visión, que la chica concluyó que aquel hombre podría pitar un fuera de juego, con mejor aptitud que muchos profesionales. Demasiado tarde Patrick, hay trenes que sólo pasan una vez. Siguiendo la

reacción despegada de la holandesa, se lo había quitado de la mente. Es posible que los hombres comprometidos fueran mucho más interesantes, de eso no cabía duda, pero lo que no tenemos nada claro, ni aún como avezados lectores, es que el morbo que les produce a algunas chicas demostrarse a sí mismas que pueden romper una relación, incluso conseguir un hombre que parece imposible, se desvanece en el momento que vuelve a ser libre. Dicho así puede parecer una forma de culpar a las chicas de todo lo malo que tiene el amor, pero claro, nada de esto sucedería, si cuando un hombre, muchos con familia, pudieran evitar que se les cayera la baba viendo que lo único que están haciendo es jugar. El profesor perdió su compromiso con la holandesa y mantener a Erika embelesada, al menos durante el tiempo que duraba su clase. No sé trataba de una gran pérdida, disfrutó durante un tiempo de subsistencia y su posición, y antes de que pudiera hacer nuevos planes, ya tenía nueva pareja.

Erika continuó con su vida. Cursaba su último año en el instituto. Buscaba y encontraba la forma de hacer encajar la su relación con todo el resto. Claro, Sanders aceptaba los cambios como avances, las cosas como iban sucediendo le parecían bien.

Entonces, llegando al final del curso, cuando todo apuntaba que Erika no volvería a acordarse de Patrick y por fin centrarse en su nueva vida -Por algún motivo que ni ella conocía, no dijo nada a Sanders de la importancia de un simple deseo había tenido entre sus pensamientos. A esas alturas, Sanders no sabía ni que Patrick existía-. El último día de clase, antes de las vacaciones, los dejaron salir un poco antes y tuvo la que creyó una idea excelente, ir al encuentro de su amor. Todo sucedió muy rápido y apenas tuvo tiempo de coger aire, al otro lado, Sanders estaba hablando con una chica que se abalanzaba sobre él. Seamos completamente honestos, él intentaba evitar que la chica se acercara tanto que pudiera sentir sus labios a punto de rozarlo. Ella seguía hablando, él intentaba apartarla y evitar que le cogiera los brazos mientras lo hacía.

¿Nunca han sentido esa sensación de que alguien los observa, levantar la cabeza, y descubrir una mirada inoportuna o curiosa entre la multitud? Pues eso fue lo que terminó por pasar, sus miradas se cruzaron, sus ojos chocaron en la distancia. Ella a punto de vomitar, él a punto de cruzar la calle entre el tráfico. No le dio tiempo, Erika salió corriendo sin esperar. El mundo cedía bajo sus pies.

De vuelta en casa, apenas pasaron unos minutos antes de que él volviera. Estaba muy nerviosa, y gritó. Era la primera vez que hacía algo así, no con él ni con nadie. Sanders intentó excusarse, estaba seguro de que no había hecho nada malo. "Esa chica es la encargada del gimnasio. Tengo que pasarle la lista de asistentes y las lesiones", estuvo a punto de decirle que también era la masajista, pero tuvo la precaución de ponerle freno al discurso en ese instante. Hizo bien, hubiese sido demasiado.

Malena no recordaba haber visto nunca, una Erika tan alterada. Esta era, con toda seguridad, una mujer endemoniada, pero no incapaz de asumir el golpe bajo, como siempre había hecho con sus derrotas. Claro que había puesto tanto esfuerzo en su nueva vida, la mudanza, el baño compartido, acostumbrarse a los ronquidos o la costumbre de Sanders de dejar la ropa interior tirada en el baño, que no se podía comparar con cosas tan pueriles como unas malas notas, las broncas en casa por llegar tarde, los desamores de juventud, o la mala conciencia por haber liado al hermano de Malena en una experiencia de juventud sin ningún futuro.



Tbonetvesky

2026.07.05 07:40

Reciprocidad entre mendigos

-Puedes enseñarle a Erika su habitación. Eso sería estupendo -Fiodor no resultó tan distante como había pensado.

Cómo la idea de que pasara un tiempo con ellos mientras no encontraba un alojamiento permanente, había sido de Malena no había mucho más que hablar, aunque a Erika le había dicho que fuera idea de Fiodor, porque había pensado que le daría confianza pensar que así fuera.

Por supuesto, Erika podía volver a casa de sus padres, pero eso la haría sentirse aún más fracasada. Volver a la habitación de juventud con las paredes cubiertas de pósters con los actores macizos de "Los vigilantes de la playa", eso la podía convencer de que sería una adolescente definitivamente, inmadura y alocada toda su vida.

No recordaba cuál de las dos había tenido novio primero. Que ella fuera más programada y que se casara antes, no quería decir nada. Ese tipo de pensamientos eran muy apropiados en la situación que vivían, porque si Malena quería ayudarla, le gustaría saber cómo se sentía, si recordaban las mismas cosas, o si su rivalidad era pasado. En la habitación de invitados empezaron a desempacar y cubrir las perchas del armario con la ropa de Erika. Era una habitación pequeña, que en cualquier momento pasaría a llamarse la habitación de los niños, porque si algo tenía claro Malena, es que tener al menos dos hijos era lo que deseaba.

Le faltaba muy poco para tenerlo todo listo e ir a por el primero. Dicen que el primer hijo es el más difícil de criar por la inexperiencia, pero cuando llegara, iba a estar todo perfectamente programado y esperando por él.

-A Fiodor le han prometido un ascenso dentro de un año. Creo que para él es muy importante, porque sabe tan bien como yo que tal y como estamos ahora no nos lo podemos permitir. Siento hablar así, parece que estoy hablando de comprar un coche. Si al menos llegará por sorpresa, a veces aún pasa. En ese caso tendríamos que hacerle su sitio como fuera.

Malena hablaba sin tener en cuenta que eran cosas que estaban muy lejos de preocupar a Erika. En el plano mental que se movía en el laberinto cerebral, algunas ideas se movían con patitas de insecto haciéndole creer que algún día tendría un lugar fijo al que poder volver. Sanders le había fallado. No era algo tan serio, ella no era así, pero tampoco para que se lo tomara como una aventura que a su vez le permitía tener otras. "A los hombres para que se tomen las cosas en serio, lo mejor es endeudarnos hasta las cejas", dijo Malena.

-Hay algo que quería hablar contigo, y se debe a que te veo muy tocada. Me gustaría que le dieras menos importancia. De las dos yo siempre he tenido más miedos, lo quería todo bajo control. Tú eras atrevida y soñadora. Siempre intenté cambiarte, tenía una protección maternal hacia ti, que me salía sin pensar. Te decía que estabas equivocada y que lo pensaras todo más, que los errores se pagan caros, ¿Y sabes que? Ahora ya no pienso igual. Ya no quiero

que cambies, tu tenías razón, quiero que sigas siendo la misma de siempre, que este pequeño contratiempo, no te cambie.

¿Pequeño contratiempo? Malena estaba rara.

Podía verla con sus propios ojos, un año después de su matrimonio parecía haber perdido toda su luz. Tal vez se tratara tan solo de agotamiento, y faltaba lo peor, los hijos, porque si estaba tan animada, sabía tan bien como ella (todas las mujeres lo sabían), que los hijos le chuparían la energía sin piedad. Todos fuimos esos cachorros siempre pidiendo más, no debería ser nada nuevo.

-¿Todo el mundo pasa por algo parecido? -preguntó Erika.

-Al menos una vez en la vida. Bueno, supongo que no todos pero nadie está libre de una infidelidad -contestó la amiga cabal. No lo podía evitar, siempre parecía preparada para hacer grandes descubrimientos.

-Me hubiese gustado ser una de esas excepciones -respondió encogiéndose de hombros.

-Puedes reconciliarte con la vida pensando que la próxima vez, tal vez y sólo tal vez, la infiel seas tú.

Una vez terminaron de ordenar la ropa de Erika, se dirigieron a la cocina y de camino, Erika preguntó -¿Qué tiene de importante en la vida perdona una infidelidad? ¿Eso nos pone en un plano superior sobre las emociones primarias?

-Es muy de la nobleza no darle importancia a casi nada. Ya nadie se bate en duelo, imagina entre las clases populares. ¿Estás pensando en perdonarlo?

-Lo creí medio curita. Me siento muy decepcionada. Defraudada de mi misma por pensar en casi todas las ocasiones, que la gente es mejor de lo que parece.

Tal vez, nada nos puede hacer sentir mejor que el dinero y la seguridad que supone. Todo el mundo londice, lo que tienes muestra la dimensión de cuan importante eres, de tu grandeza, de cómo sientes de justificada tu existencia. No eres mejor por lo que das, por lo que has aprendido, eres mejor si tienes bienes materiales, es el signo de nuestro tiempo, y tal vez siempre fue así, no se trata de una moda.

Ahora bien, si has encajado en un trabajo básico y estás condenado a vivir de tu sueldo toda tu vida, con estrecheces y sacrificios, sólo el amor te puede salvar. Si amas y si consigues que te amen, eso tan difícil para la mayoría, aunque sea por tiempo limitado, sales de tu mediocridad. De pronto te sientes grande, afortunado, y si te dejas llevar por el entusiasmo, indestructible. Hay gente para todo. Pero demos la vuelta a este argumento, y pensemos en ese pobre niño rico que nunca consiguió ser amado, porque el amor que conoció siempre fue de compraventa o por el interés. En un caso así, tal vez algunos pensaremos que cambiaría todo por el amor, se ofrecería para un pacto con el diablo, jugaría su fortuna a una carta y la perdería, tan sólo por conocer el amor de verdad. Este pensamiento, a los pobres curritos que nunca ahorrarán ni un euro, les debe producir una gran satisfacción, el gran hombre no es invisible. Pero no, os estáis yendo al terreno de la fantasía, desde ya os digo que lo único que puede haceros sentir como señores, felices, y os atraerá grandes amores, es el dinero.

Malena y Erika discutieron sobre esto hasta que se quedaron dormidas. Malena representaba a la mujer que busca seguridad, Erika, en cambio sólo podría ser feliz cuando encontrase al hombre de su vida, a la criatura que había nacido para complementarla, y que la entendería sin hablar, sólo con verla a los ojos.

-creo que hay gente que no es consciente de la suerte que tiene de tener alguien que los ame. No creo que Sanders sea uno de esos hombres tan enamorados. ¿Te acuerdas de aquellos dibujos, en que el gato le tiraba un ladrillo a la gata y a ella le salían corazones de la cabeza que flotaban en el aire? Pues así, uno de esos amores devotos es lo único que podrá calmarme.

-Krazy cat. ¿Tú cuál eres?

-Parece mentira que me hagas esa pregunta, me conoces bien, yo soy la que tira el ladrillo. Voy camino de convertirme en la niña sin corazón de Grandes Esperanzas. Todos los hombres son Pip para una mujer libre. Son tiempos en los que cada uno valora su independencia.

-Esto es lo que quería, volver a verte dispuesta a romper corazones, fuera dramas.

-Quería decirte que hoy no hubiese seducido a tu hermano.

-No te preocupes, le vino bien. Le hacía falta espabilar. Las mujeres estaban haciendo con él lo que querían.

-¿Las mujeres como yo?

-Tu no lo engañaste, no le pusiste la cabeza loca. Tal vez, lo utilizaste un poco, pero al día siguiente todo quedó claro. En serio, no te preocupes. Está bien.

Esos días, como suele suceder, estuvo pensando en todo lo ocurrido y en su pareja. Sanders no entendía nada, y cuando ella estaba segura de que no había nada entre él y la chica, le dio otra oportunidad. Lo de dar oportunidades, lo pone a uno en un plano superior, es como si tú jefe te pillara en un renuncio y accedería a darte otra oportunidad.

No duró mucho, estuvieron un año intentando entenderse, y a pesar de todo lo que ella admiraba la religión, el sacrificio, el celibato de esos hombres santos y todo, nunca entró en misa. Bueno al menos lo intentaron.

Erika se casó tres años después, tuvo tres hijos y trabajó toda su vida llevando la contabilidad y toda la parte administrativa de una pequeña empresa de reparación y sustitución de electrodomésticos. Servicio oficial de algunas marcas punteras, todo eran ventajas. No fue la vida que había soñado, pero la disfrutó todo lo que pudo a pesar de los chismosos, las críticas y los inconvenientes económicos.

FIN DEL RELATO



Tbonetvesky

2026-07-12 11:54

La mirada torva de un dios pagano

Creer que podía detenerse en cualquier parte sin consecuencias, a veces sin avisar ni intermitentes, era potestad tan solo de los taxistas en medio de la gran ciudad. Tal vez el camión de la basura o los autobuses, pero no, ellos tenían paradas programadas, desde luego no era lo mismo. Aquel tipo levantó la mano en el lugar más concurrido, sin arcén, sin apenas luz y con una actitud prepotente que ni un árbitro mostrando una tarjeta roja podría parecer más arrogante. Cualquier taxista veterano habría pasado de largo, era un sitio peligroso, los coches circulaban a bastante velocidad y podía ser embestido mientras los viajeros abrían la puerta para intentar entrar, pero Dolly era la persona más inconsciente de los trabajadores nocturnos. Recogía tipos con pinta de delincuentes o asesinos en serie. No tiene nada que ver la inconsciencia con la valentía, y además en su caso tenía dos niños que criar, y la manutención del papá no representaba la parte necesaria suficiente para tantos gastos.

El tipo llevaba un abrigo caro, un bombón sin sujetador, vestido de manga corta a 8 grados, y una botella de champagne del más caro. Ese tipo de personajes sí que era peligroso y no los pequeños delincuentes del barrio -estaban todos fichados y sus caras era reconocibles, al menos con ellos nunca tuvieron problemas, salvó aquella ocasión en que uno se tiró en marcha porque no tenía para pagar la carrera-. Entró en el coche y le dijo que se diera una vuelta por la ciudad sin prisa. Inmediatamente comenzó a besar a la chica, se abalanzó sobre ella para poder llegar a los rincones más insospechados. Con eso quedó claro que ninguno de los dos tenía el más mínimo asomo de pudor y que la iban hacer asistir a un espectáculo que no deseaba. Hay gente que paga por ver estás cosas y otros pagan porque los vean, así de rara es la gente. Si echara del taxi a cada uno que le desagradaba no iba a ganar para gasolina, ni a poder pagar la renta. Tampoco era tan estirada y podía evitar mirar el retrovisor, después de todo ya no era una jovencita inocente dispuesta a creer que el mundo funciona con respeto a normas, morales o dignidades ajenas. Tenía cara de niña pero había pasado de los cuarenta en una vida llena de experiencias, la mayoría por contrariedades. Eso que se dice que la vida no se lo pone fácil a nadie, es la verdad más grande jamás descubierta. Pese a todo, había adquirido el nivel de dureza y capacidad de resistencia necesario para conducir un taxi toda la noche. Llevaba una gorra de béisbol con una visera que apenas dejaba ver sus ojos, a ninguno de sus clientes le resultaría fácil adivinar su edad.

El tipo en un momento empezó a desabrocharse y todo indicaba que iba a quitarse la chorra allí mismo, así que Dolly paró el auto y dijo: "Fuera, este taxi no da ese tipo de servicio" .

La chica parecía contrariada, y empezó a componerse la ropa que se había ido desabrochando. Pueden imaginar la magnitud del cabreo de aquel hombre. Insultos, gritos y

patadas contra el asiento delantero. Salió del coche y dió un portazo mientras seguía con una cantidad insostenible de amenazas. Dicen que el que amenaza no se atreve a más. Bajo el salpicadero Dolly puso su mano en el botón del pánico, lo que hubiese desplazado a la policía hasta allí en unos minutos, pero no hizo falta. Aquel gallito era muy ruidoso pero no se le veía capaz de hacer todo lo que prometía. Se alejó enseñando el dedo corazón mientras Dolly le gritaba que le debía la carrera y que con lo que había tardado en ponerse duro habían dado vueltas por veinte minutos, y eso no iba a ser barato.

A pesar de su dedicación por el oficio, Dolly hacía cuadrar sus horas de sueño, con el cole de los niños, Wilbur y Edie. Había logrado crear una atmósfera de entendimiento, los chicos temían que se enfadara y hacían cualquier cosa para evitarlo. Comían juntos sin hablar demasiado alto, o pedirle demasiadas cosas -a mediodía estaba recién levantada y el trabajo de noche era como una resaca aunque no probará una gota-. A pesar de tanto trabajar para que los chicos estuvieran bien, no lograba entenderlos, se hacían mayores y se distanciaban, uno siempre rodeado de chicas no perdía el tiempo, y el otro aficionado al deporte se lo pasaba en el gym o entrenando para una maratón.

Fedora la esperaba cada día a media tarde en la oficina del radiotaxi, sacaba dos cafés de máquina y charlaban un rato mientras atendía el monótono servicio de conocer una solicitud sobre dirección conocida, y enviar el taxi más cercano.

Los ruidos del micrófono al encenderlo o apagarlo era como si estuvieran quemando mosquitos a doscientos veinte voltios. La miró mientras operaba, "taxi para avenida de los conquistadores", de nuevo ese ruido rápido.

-Anoche tuve un incidente pero no quiero hacer un parte o me van a matar con citas y declaraciones -Dolly no parecía precisamente feliz.

-¿Algo grave? -se interesó Fedora.

-Un tipo se metió en el taxi con una de las chicas de la calle Vírgenes del Suplicio. Se ve que no tenía para pagar un hotel. Me hizo dar vueltas hasta que me harté y lo puse fuera. El contador marcaba 69 euros. Se piró sin pagar.

-Tengo una llamada tuya registrada desde la avenida del atlántico . Poco después le dieron una paliza a un tipo muy cerca. De noche la oscuridad ocupa las calles con las farolas vandalizadas, ya te digo , pero en los ajustes de cuentas no suelen equivocarse. -le ofreció el periódico abierto en la foto de la noticia.

-Sí, es él. ¿Está muerto? -La foto era mala pero se le veía entubado con los ojos cerrados mientras lo metían en la ambulancia.

-le golpearon hasta dejarlo inconsciente y con las piernas rotas, pero está vivo. Horrible. ¿Qué habrá hecho?

-Si quería desahogarse en un taxi, es que no tiene dinero ni para pagar sus deudas.

-Piden que si alguien puede dar información que se preste a ayudar.

-No sé quién es, no puedo ayudar mucho. Tal vez, contar la escenita que me montó. Pero sabes qué, voy a ir, tengo curiosidad.

Las dos chicas procuraban darse ánimo mutuamente cada vez que surgía una mala sorpresa en sus vidas. Pero en este caso, parecía más necesario que otras veces. Dado que no sólo el dinero estaba en juego, sino también el orgullo, y la mano de aquel hombre obscuro levantando su dedo, el deseo de humillarlo y obtener un poco de justicia lo hacía todo más

sangrante. Iría al hospital, más tarde o más temprano sabrían quién era, no era tan difícil con las huellas de sus dedos. Ella podía relatar la poco edificante noche que lo tuviera en el asiento de atrás, pero su objetivo era tener su identidad. La idea era propia de una venganza retorcida. Una mujer puede sufrir mucho por causas de la vida cruel que siempre se manifiesta, pero consentir la humillación de un chulo nunca está en sus planes. Nadie puede culpar a nadie por eso, se vuelven feroces e impías.

Que las malas experiencias en su turno del taxi, afectarían a su sueño, empezaba a ser monedas corrientes, pues estaba llegando a la conclusión de que no se trataba de casos aislados, sino que debía aceptar que nada iba a cambiar, es decir si aceptaba que siempre iba a ser así, porque si el trabajo era bueno en salario y porque conducir le gustaba, aprender a tratar con clientes difíciles era la otra parte del todo.

Antes de entrar en el turno de noche, pasó por el hospital. Si tenía suerte y llegaba a conocer la identidad del individuo, más tarde o más temprano podía recuperar el dinero que le debía. Aunque siguiera inconsciente, sabía que la policía podría saber de quién se trataba en un par de días. Lo de la prensa participando en la búsqueda de delincuentes peligrosos o fugados, o como era el caso, buscando alguien que conociera al sujeto, era un protagonismo que les gustaba, pero daba buenos resultados.

Le contó su historia a un enfermero ocultando que le debía dinero, no quería parecer tan interesada que fuera a aprovecharse de la invalidez del enfermo, pero visto lo visto, la noche en que todo había sucedido, y como había sido tratada, conseguir la devolución hasta el último euro, se había convertido en un tema más de orgullo que económico.

No sé alegraba de que le hubieran dado una paliza, no le deseaba algo así ni a su peor enemigo, pero era de ese tipo de gente que solía pensar en que el Karma alcanzaría a sus peores enemigos (no sé si eso es tan mezquino como parece).

El enfermero la puso en contacto con un superior y ya no parecía tan importante su aportación, el enfermo había despertado y su hermano estaba con él.

Dolly sintió una leve inquietud, ya no estaba segura de que estar allí era lo mejor que podía hacer aquella tarde. Escuchó la conversación entre el hermano y el médico, a nadie le molestó que estuviera allí. Rudy intentaba tomar un yogurt que le acababan de llevar. Ella se pasó la mano por la frente, después se puso la mano en las cervicales como si le molestarán. Dio un paso adelante y se ofreció a ayudarlo, puso la mano hacia arriba delante de él y Rudy le entregó el yogurt aceptando su ayuda. Se lo abrió y se sentó a su lado llenando la cucharilla para arrimarla a la boca del enfermo, él la aceptó. No la reconoció, las gorras con visera alargada daban buen resultado. El tiempo que duró la operación todos en la habitación la miraban en silencio incluido el vecino de cama que estaba solo y pensaba que si ella lo ayudará también tendría suerte. Les dejaron un zumo diminuto en la mesa, todo funcionaba con eficiencia como era costumbre en la sanidad pública. Todo la hacía sentirse útil, por eso creyó que había olvidado el motivo de su visita. De pronto se dijo, "de eso nada, soy una luchadora". Ferguson, el hermano, vestía con ropa cara, llevaba un perfume muy invasivo, gorro enorme y pañuelo al cuello. Era obvio que era un tío con dinero justo lo que necesitaba. Pidió la parte que se le debía y le contó la escenita del taxi sin reparar en detalles.

-Siempre se mete en líos, ya no sé qué hacer con él. Ahora tengo que hacer que se respete a la familia, ¿Lo imaginas? Seguramente se lo merecía y me involucra?

-Me debe la carrera, se fue sin pagar. Cien euros.

-¿Cien? Es mucho.

-Por las molestias.

Le pagó sin poner problemas.

-Necesito que alguien lo cuide hasta que pueda levantarse e ir sólo al baño. Ya sabes. Te pagaría bien.

-Ya tengo trabajo y no tengo sitio en casa.

-Treinta euros al día. 900 euros por un mes, desayuno comida y cena aparte. Asearlo y ayudarlo con el resto.

Dolly hizo una cuenta rápida sobre las facturas y lo bien que le vendría ese dinero.

-Hay horas en que no hay nadie en casa, estará sólo.

-¿Unas revistas y una tele portátil? -Ferguson parecía dispuesto a solucionar el problema en ese instante-. No es caprichoso, pero si se pone tonto una llamada de teléfono y le pongo las pilas.

Dolly esbozó una sonrisa confusa y afirmó con la cabeza mirando al suelo y dijo "de acuerdo".

Le había costado mucho divorciarse, para ella, el divorcio no sólo era reconocer que se había equivocado, sino que también que había vivido una mentira. Debía ser algo parecido a lo que le pasa a los gays que salen del armario a una edad avanzada, ¿cómo se lo explican a su mujer y a sus hijos? No pueden decir : " si, os he estado engañando a todos". Del mismo modo la forma en que se había entregado al matrimonio, sin reservas ni excusas, la hacía sentir del mismo modo. Nada era lo que había parecido.

Y llegado ese momento, tenía que asumir las consecuencias, el trabajo era esclavo, sacar dos hijos adolescentes adelante era difícil, y el dinero nunca era suficiente. No podía decir que no a un dinero extra, pondría al enfermo en su cama y ella dormiría en la cama de Wilbur el hijo mayor, lo levantaría un poco antes para mandarlo al insti, sacudiría las sábanas y dormiría hasta mediodía, como venía haciendo. Nada cambiaba tanto y el dinero le venía bien. Un mes, eso era lo acordado.

La ambición no es buena cosa. Al menos ya había cobrado una parte pero no temía que no le pagaran por atenderlo. ¡Vaya paliza le habían dado! Se fiaba de su hermano, no le quedaba otra. Hay un tipo de ambición que te lleva a tener deudas y se acaba mal, es mucho mejor conducir un taxi, se decía Dolly. Al menos no te rompieran las piernas. Pero hay otra forma de ambición de la que se habla poco, querer saber. Pasarte de listo te puede llevar a la tumba. La ambición de saber, eso sí es peligroso.

El amigo especial de Dolly (con todo lo que eso significa, aunque sólo lo viera un par de veces al mes), entró de puntillas en un pequeño jardín que daba la vuelta al edificio hasta la puerta trasera. Es lo que tiene vivir en un bajo, nadie está seguro de hacer una vida normal sin sospechar que alguien puede verlo desde la calle. Las persianas estaban echadas, no había luz dentro, silencio total y Rudy, ya instalado en la habitación de la mujer taxista, dormía intensamente intentando que las horas pasaran rápidamente. Galore era muy celoso y fisgón, se quedó inmóvil delante de la ventana que daba a la habitación de la chica, intentó ver a través de los puntitos de la persiana, pero sus esfuerzos eran inútiles. Otra de sus características era vestir con ropa deportiva, lo que le permitía adoptar la posición de estatua, como una figura de hielo, casi eso era necesario para pasar desapercibido.

Se creía muy seguro detrás de un arbusto cuando Dolly lo descubrió. Lo hizo pasar a la casa y discutieron, era lo propio con un tipo de hombre que no sabe hacer otra cosa que pedir explicaciones.

-¿Qué está pasando? No soy el hombre más listo, ni siquiera tengo una pequeña parte de la intuición femenina, pero reconozco cuando la normalidad está en juego

-Galore sabía que no estaba en posición de pedir cuentas. Se arriesgaba demasiado a perder sus dos citas mensuales. El amor no tenía que ver con conocerse o necesitarse, en ese caso, era más cuestión de avanzar en sus limitaciones. La protección incondicional que los hombres quieren ofrecer a sus parejas no parecía ser bien recibida por ella. Su actitud hablaba por sí misma, ella podía con todo sin ayuda masculina extra. Se otorgaba ese orgullo independiente que lo frenaba. Poseía la fuerza y la resistencia que anunciaba, no soy la mujer vulnerable que muchos imaginan.

Se oyó la voz de Rudy desde la habitación.

-¡Tío pesado! -exclamó Dolly.

-¿Qué es eso? ¿Un hombre?

-Es un enfermo, lo estoy cuidando.

-¿Un enfermo? -fue todo lo que se le ocurrió

Ella lo miró como si no lo conociera.

-¡Vete! -intentó replicar y ella insistió-. Es un trabajo por un tiempo. Quiero que te vayas.

No lo tuvo que repetir.

Los cuidados eran los propios en estos casos, todo se hacía en la cama, desde el aseo a las evacuaciones.

No parecía dispuesto para complicar la tarea, solo pidió una botella de agua. Se preguntó por qué cambia tanto el carácter de alguna gente cuando te necesitan en serio. Todos nos podemos volver insoportables en ocasiones, pero ella lo conocía, recordaba todo lo desagradable y mala gente que podía ser por la noche inolvidable que le había dado en el coche.

Cada día al volver del trabajo lo atendía en lo fundamental, una limpiadita rápida y lo necesario para mantenerlo con vida hasta el mediodía, algo de comer, una jarra de agua limpia y abrir la ventana para ventilar. No era trabajo, y él había aprendido a no quejarse. En sus condiciones, de alguna forma no expresamente dicha, se entendía que quejarse suele llevar a los cuidadores a no ser más rápidos, eficaces o prestar mejor atención, al contrario. Lo había entendido, no resultaba molesto.

Había que asumirlo, ni él estaba allí por gusto, ni el trabajo (eso nunca iba a suceder) se convertiría en un placer.

Cualquier idea, o vicio inconfesable, que hubiese movido la vida de Rudy hasta el momento de caer inconsciente había sido reducido a la nada. A cada persona la mueve algo interior que lleva consigo, el dinero, la popularidad o las drogas, pero también, el amor a la familia, su creatividad, la obsesión de mejorar humanamente o, en muchos la religión, que puede sustituir todo el resto. Nada de todo esto estaba en su cabeza, ni sueños ni ambiciones, solo tener paciencia, ponerse bien y curarse, eso era todo. Dolly, así lo creyó y lo valoró, por eso intentaba ser amable desde el principio.

-Tu te portas bien con nosotros y viceversa. Los exigentes no le gustan a nadie. Mis hijos son buenos chicos, si necesitas algo y yo no estoy te lo pueden traer.

Rudy movió la cabeza con un signo de conformidad. No era difícil adivinar que en su situación, no le apetecía hablar y economizar las palabras de tal forma, también iba a ser bueno para todos. Ser lacónico no siempre responde a un sentimiento de desagrado con el interlocutor, en su caso, era sólo la necesidad de un poco de tranquilidad. A su hermano, cuando recibió la llamada semanal de Dolly para decirle que todo iba conforme a lo esperado y que mejoraba, lo de aquella actitud parca en emociones y palabras, le hizo expresar espontáneamente, “bueno, tal vez esté reflexionando y deje de darme problemas”. Dolly miró al techo de la habitación, suspiró y pensó, “sí, ojalá sea eso”.

Para Wilbur, el hijo mayor, pensar que sólo una semana antes podía llevar chicas a dormir a casa mientras su hermano dormía y su madre trabajaba, era una preocupación más a la inminente caída de sus calificaciones. No necesitaba la aprobación de sus profesores, ni de sus amigos, ni siquiera de su madre, había entrado en un estado personal de desprecio total por su futuro. Su afán por tener chicas, por dejarse querer y cambiar una por otra como si se tratara de un juego había llegado a unos niveles que Dolly desconocía.

La primera semana se contuvo, quería saber cómo discurriría aquella novedad de cuidar enfermos. No le hacía ninguna gracia, su hermano era discreto, pero aquel tipo podía descubrir que se había convertido en un conquistador sin corazón. Veinte años, malas notas, hijo predilecto, y toda su energía la concentraba en conocer chicas, cuántas más mejor.

La segunda semana, volvió su frenética actividad sexual, llevar chicas a casa, retozar con ellas viendo pelis en el salón y llevarlas a sus casas antes de que Dolly aparcara el taxi en el parking delante de la ventana.

Rudy había expresado la necesidad de desaguar a media noche y tomar un analgésico y Dolly lo había solucionado proporcionándole un matasuegras que las navidades anteriores había entrado en casa en una bolsa de velas y confeti. El ruido que hacía era como esas trompetas diminutas de los payasos, pero no tan elevado, desagradable pero eficiente.

La primera vez que lo usó fue al oír los gemidos de una película de subida de tono que Wilbur había puesto con unas cervezas para animar la fiesta. El chico no supo calcular que por la noche, el más mínimo ruido, se magnifica y traspasa las paredes como un puñal. Hasta la voz de la chica había llegado a los oídos de Rudy, que podría invitarla para poner en valor su chantaje, si el joven no atendía sus peticiones se chivaría a su madre, pero tan sólo lo dió a entender.

-¿Tienes una chica en la casa?

-Claro que no. ¿Qué has bebido?

-¿Te parece que tú madre me esté ayudando proporcionándole bebida? Eso es lo que necesito para relajarme. Esto es peor que el hospital, y sabes que me dice, que si me porto mal se lo dirá a mi hermano. Me busca la ruina.

Cómo se puede observar, la conversación era muy básica, de dos cerebros así no podía salir nada especialmente interesante, pero cuando Rudy le dijo que tenía mucho dinero y cuando se recuperarse podría pagar bien sus servicios, Wilbur casi le creyó.

Hablaron un rato hasta que la chica se asomó a la puerta y dijo que se iba. Cómo era de esperar de dos mentes tan desahogadas, apenas la escucharon. Rudy quería una botella de licor y una chica, una chica de pago por así decirlo, se dispuso a esperar unos días, pero lo único que consiguió fue una lata de cerveza y revistas de chicas en paños menores que Wilbur llevaba meses guardando bajo la cama en una caja de cómics viejos.

Si Ferguson no hubiese encontrado a Dolly en el hospital y ella no hubiese sido tan comprensiva, se le hubiera complicado bastante encontrar atención para Rudy, por eso le estaba muy agradecido. La llamó por teléfono a mediodía, en el momento preciso en que acababa de saber que Edie había mandado un mensaje alarmante, "he recibido un golpe que me ha dejado tocado. Tengo la pierna derecha con dolor e hinchado. Wilbur se fue con una chica que tiene una moto. No sé qué hacer", respuesta de Dolly, "no te muevas de ahí, búscate como solucionarlo". Edie se quedó tan ancho, tenía un juego nuevo en el móvil de carreras de fórmula uno.

Mientras tenía a Ferguson al teléfono se asomó a la habitación para dejarle a Rudy la bandeja con la comida y un refresco.

La llamada entraba dentro de lo pactado para interesarse por cómo iba todo, pero además, anunciaba que estaba de camino porque había conseguido una silla de ruedas buenísima de segunda mano. Dolly estaba tranquila, si la patada recibida en el entrenamiento fuera grave habrían llamado una ambulancia, conocía muy bien a su hijo, y comprendía que era un comodón sin remedio.

Le preguntó a Ferguson si de camino lo podía recoger, y eso fue de mucha ayuda.

Si Ferguson no hubiera hecho aquella llamada hubiese perdido la oportunidad de ser útil y conocer a Edie, lo que le parecía muy adecuado porque realmente le gustaba la idea de colaborar. Si hubiese creído que la situación se complicaba o que su hermano no estaba bien atendido, aún en ese caso, tendría que pensarlo mucho y hacer comprobaciones, porque realmente le gustaba cómo hacía las cosas Dolly. Creo que podemos decir de forma general que realmente le empezaba a gustar la chica.

Fue un viaje corto pero divertido. A Edie le habían proporcionado una muleta y no iba a volver a las clases en quince días, y por extraño que parezca, eso lo animaba. Bromeó con el chaval diciéndole que a su madre se le acumulaba el trabajo, y que todos debían ayudar. Porque, según añadió, si hiciera falta lo mismo tendría ir a vivir con ello un tiempo para echar una mano. A Edie se le abrieron los ojos muy asustado, y dijo, "no, no hace falta, en serio, esto no es una da, una patadita".

Los niños son seres muy lógicos y son duda pensó, desde su mente tradicional, a este tío no lo conocemos apenas, y se quiere venir a vivir a casa. Mientras conducía, Ferguson se reía porque la broma había llegado hasta el chico y resultaba muy chistoso ver las caras que ponía y lo forzado que rechaza la oferta.

Personajes

Dolly

Wilbur y Edie

Fedora

Rudy

Ferguson

Galore



